

Núms. 1.024 - 1.025

El Renacimiento

R
38

COLECCION UNIVERSAL

Núms. 1.024-1.025

CONDE DE GOBINEAU

El
Renacimiento

TOMO IV

PRECIO

1pta

ESPASA-CALPE, S. A.

COLECCION UNIVERSAL

El Conde de Gobineau

—
EL RENACIMIENTO

—
Tomo IV y último

MCMXXVIII

DR 8538

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, S. A.
Madrid, 1928
Published in Spain

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL CONDE DE GOBINEAU

El Renacimiento

TOMO IV y último

CUARTA PARTE
LEON X

QUINTA PARTE
MIGUEL ANGEL

La traducción del francés ha sido
hecha por A. SANCHEZ RIVERO



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

8640

ESPASA-CALPE, S. A.

1928

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

CUARTA PARTE

LEÓN X

LEÓN X

ROMA

La capilla Sixtina. Inmensos andamiajes obstruyen una parte. En los muros y en el techo hay comenzados unos frescos. Ciertas partes aparecen acabadas; en varios sitios se ve el dibujo desnudo, más o menos preparado. Miguel Angel, de pie, trabaja con ardor. Granacci, sentado a pocos pasos en un escabel; en medio de montones de cal, tarros de color, vigas y utensilios de todos géneros.

GRANACCI

Vuestras reflexiones no son alegres, maestro.

MIGUEL ÁNGEL

Veo así las cosas.

GRANACCI

¡Nunca han estado tan florecientes las artes!
¡Jamás se han dado a luz tan bellas obras! ¡Qué
de pintores, de escultores, de arquitectos ilustres,
más que humanos!...

MIGUEL ÁNGEL

Yo no conozco hombres más que humanos. Esas palabras son ridículas. No blasfeméis.

GRANACCI

Blasfemia, si queréis; yo os tengo por un semi-dios; otros piensan como yo. No frunzáis el entrecejo y dejadme continuar. Casi a diario asistimos a fiestas tales como jamás habíanse contemplado otras semejantes. Aquí, en Roma, como en Florencia, como en Venecia, en Milán, Bolonia y Nápoles, las invenciones grandiosas de los antiguos en este género de magnificencias han sido con mucho superadas. Respecto a sabios, poetas, escritores, no carecemos de ellos. Producense de continuo otros nuevos: Sannázaro, Sadoletto, Bembo, Navagiero; el inimitable, el sublime Ariosto; Bibbiena con su *Calandria* y el señor Nicolás Machiavelo con *Mandrágora*. ¿Qué más puede decirse? El Papa León X y sus cardenales aparecen a mi extasiada imaginación como iguales al gran Júpiter y a los dioses del Panteón, y hasta habitan en un Olimpo infinitamente más bello que el de sus fabulosos precursores, puesto que aquel antiguo Olimpo era el viejo Urano quien lo había arreglado, un pobre dios sin gusto y sin malicia; al paso de hoy somos nosotros los artistas quienes hemos creado el firmamento, quienes lo embellecemos iluminándolo a cada hora con ma-

tices admirables, haciéndole resplandecer con estrellas centelleantes; y yo os digo, yo, que allí donde vos ponéis mano, allí donde el maestro Rafael, Andrés del Sarto, el Sansovino, el Tiziano y tantos otros trabajan, la obra es inmortal.

MIGUEL ÁNGEL

Sois un parlanchín, Granacci, y un ciego incapaz de comprender lo mezquino de aquello que os encanta y la profunda debilidad de esas gentes que os arrebatan y que valen tan poco.

GRANACCI

Entonces, demostradme que yerro, pues que tan resuelto estáis a vituperarlo todo.

MIGUEL ÁNGEL

No será cosa fácil. Proponedme vuestras locuras, y os responderé.

GRANACCI

El Papa es el más apasionado protector del arte que jamás haya conocido el mundo. No podéis negar que sus beneficios llueven sobre nosotros como un maná incesante y muy sabroso.

MIGUEL ÁNGEL

El Papa León X no tiene amor a las artes. Ama al lujo, cosa muy diferente. Todo lo que bri-

lla y le atrae alabanzas le parece digno de su protección, y para él son las artes instrumentos de vanidad. En cuanto a lo que ellas expresan, tiénenle sin cuidado. El primero de los mortales que practicó el lujo tal vez comenzase a allanar el camino por el cual han venido las artes al mundo; pero el segundo echó abajo las artes para poner en su lugar la hinchazón y la mentira.

GRANACCI

¡Ah, querido maestro, cómo gustáis de acusar!
¡Con cuánta aspereza juzgáis a este Papa, nuestro gran Papa León! Acaso preferíais el feroz espíritu de su antecesor.

MIGUEL ÁNGEL

¡Julio II es el único príncipe verdadero que han contemplado mis ojos! No era hombre de satisfacciones carnales. Sólo concebía lo imponente y no admitía más que la fuerza. Su preocupación única, en todas las materias, era crear y dejar tras de sí la Santa Iglesia triunfante, quebrantando bajo su pie nervioso la resistencia de los impíos. Hubiera querido traer al bien a todo el clero; aspiraba a que los bárbaros fuesen arrojados de Italia; si reprimía las revueltas de los barones, de los Colonna, de los Vitelli, de los Orsini, tampoco aguantaba que se perturbase la policía de la ciudad; y en su tiempo..., ¡cosa que no se había

visto nunca!..., ni un ladrón, ni un cortabolsas atreviase a arriesgar su faz innoble en las calles de Roma. Lo que pedía a sus artistas era grandes monumentos, amplios, frescos, telas inmensas; no pensaba sino en lo gigantesco, cual convenía a un alma imperiosa como la suya. Todo lo he perdido al perder a aquella noble naturaleza. Pero el arte, hablo del arte celestial, el arte que es la Venus Urania y no la diosa Libertina de las encrucijadas, ¡ese arte aun ha perdido mucho más!

GRANACCI

No veo de ningún modo en qué os fundáis para pretender semejantes enormidades. Apenas el Conclave entrega a León X las llaves de San Pedro, el nuevo Pontífice se rodea de literatos y de poetas excelentes, y elige para secretarios al amable Sadoletto, de quien ha poco hablaba yo, y al elegante Bembo. Háceos a vos continuar los trabajos comenzados...

MIGUEL ÁNGEL

Me ha arrancado de las manos la tumba de Julio II, mi obra predilecta, en la cual trabajaba yo con mi alma entera y que nunca verá la luz del día. Quedará aquí, dentro de mi cabeza..., cual un niño nacido muerto... ¿Crees tú que esto no es poca pena?

GRANACCI

Convengo en ello; es una gran desventura; pero eso prueba solamente que, como todas las personas que pagan a los artistas, el Papa tiene sus caprichos. Gusta más de ocuparos en su gloria y en el recreo suyo que en la apoteosis de su predecesor, al cual, de seguro, no tenía más que un muy mediano amor... Pero os llega una visita.

MIGUEL ÁNGEL

¡Otro importuno!... ¡Voy a largarlo de buena manera!... Señor mío, quienquiera que seáis, no os toméis la molestia de trepar por esta escala. Aparte de que es áspera y poco sólida, yo no tengo tiempo de hablar con nadie.

MAQUIAVELO

Alzando la voz, desde lo bajo de la capilla.

Excelentísimo señor Miguel Angel, ¿no permitiréis a un antiguo amigo, compañero y compatriota que venga a abrazaros?

MIGUEL ÁNGEL

¡Es el señor Nicolás Maquiavelo!... Subid, ya que estáis aquí. Dispensaréis, creo, que continúe mi trabajo, y ahorraréis, igual que yo, cumplimientos ociosos.

MAQUIAVELO

No soy tan estúpido como para arriesgarme a ello; conozco vuestro humor.

MIGUEL ÁNGEL

¿De dónde venís?

MAQUIAVELO

De Florencia... Salgo de prisión; habéis podido saberlo.

GRANACCI

En efecto, habéis estado comprometido en la conspiración de Bóscoli.

MAQUIAVELO

¡Por efecto de la calumnia más atroz! Soy devoto servidor de la casa de los Médicis.

MIGUEL ÁNGEL

¿Devoto?... ¡Hum!... ¡Devoto!... Os felicito por ello... Habéis sido también devoto de otros.

MAQUIAVELO

Encogiéndose de hombros.

¿Quién de nosotros no ha sido joven? Me dejé cazar con la liga de las divagaciones de fray Jerónimo Savonarola; todo el mundo lo sabe.

MIGUEL ÁNGEL

Divagaciones, si queréis. Se divaga cuando se recomienda el honor, la probidad y la continencia; sin embargo, lo mejor que habrá habido en vuestra vida, micer Nicolás, será vuestro error juvenil.

MAQUIAVELO

Quizá tengáis razón, quizá no la tengáis; lo cierto es que mientras la humanidad sea como es, ese género de mérito no podía producir nada bueno para mí ni para los demás.

MIGUEL ÁNGEL

¿De manera que os reprocháis el haber buscado una vez el bien de la religión? Muchas ganas me dan de clavar en este muro vuestra semblanza bajo la fisonomía de un diablo con risa maligna.

MAQUIAVELO

Eso sería mucho honor para mí. En sana teología, debemos creer que los más marrulleros de todos los diablos que hoy trabajan por la gloria del infierno fueron, en sus comienzos, unos buenos angelitos que no veían más allá de la punta de sus narices. ¿Qué es lo que les pervirtió? ¡La experiencia! En resumen, he creído, como vos, como Granacci, como tantos otros, en la posibili-

dad de vivir en Florencia conservando la honestidad. Eso fué una gran desgracia para mí, y con ella me preparé una desventurada pócima, de la cual tengo que tragar algunos buches de cuando en cuando. Eso es precisamente lo que acabo de hacer. No obstante, he terminado el acto tercero de mi *Mandrágora*.

MIGUEL ÁNGEL

Será una bella obra, micer Nicolás; porque si bien sois un pobre político, en cambio sois un letrado excelente, y eso puede consolaros.

MAQUIAVELO

¿Un pobre político? El juicio me parece severo; pero, en último término, quizá tengáis razón. ¡Cómo! ¿No habré meditado tanto sobre la historia, comentado tanto a Tácito, hojeado tanto nuestros Anales florentinos y examinado los caracteres y los gobiernos de todos los pueblos sino para reconocer a la postre y confesarme a mí mismo que no soy más que un pobre político?...

Se sienta en un escabel, en un rincón, y permanece pensativo, con las piernas y los brazos cruzados.

¡Un pobre político! Confieso, desde luego, que me he equivocado; y lo peor es que, teniendo razón, no he sabido inspirar confianza en mis ideas. Alegaré en mi excusa que no hay ciencia más conjetural que la política ni una cuyas previsiones sean

más susceptibles de ser trastornadas por los incidentes imprevistos, por el menor soplo de aire. ¡Ved! Si la seguridad del golpe de vista, la firmeza en la ejecución, el genio en la disposición de las cosas bastasen para asegurar el triunfo, sin duda ninguna que el señor de Valentino hubiera fundado un reino italiano y determinado nuestro porvenir.

MIGUEL ÁNGEL

Eso habría sido lo bastante para hacer ruborizarse a Dios Padre.

MAQUIAVELO

Dios Padre ha visto reinar a Heliogábalo y no se ha ruborizado lo más mínimo; todos los días ve a los peores pillastres y los últimos granujas pasarse el triunfo de mano en mano; no por eso está un punto menos satisfecho. El difunto Papa Julio II, después del hombre a quien acabo de nombrar, no ha sido superado por nadie en cuanto a la importancia de las intenciones y a la energía de los actos.

MIGUEL ÁNGEL

Es verdad.

MAQUIAVELO

No tenía enfrente más que locos y majaderos, excepto el duque de Ferrara; pero daba la casualidad de que era viejo y hubo de morir.

MIGUEL ÁNGEL

No volverá a verse otro parecido...

MAQUIAVELO

¡Bien! No por eso es menos verdad que el mundo sigue girando y se acomoda a lo que encuentra. Hoy es el triunfo de los necios. Sforza de Milán no vale una nuez vana; Fregoso, en Génova, es un intrigante de baja ralea, con la traición en la mano, el oído atento a todos los rumores, incapaz de poner la vista alto y lejos. Francisco María de Urbino, un pobre plagiario del señor de Valentino: da la puñalada con tanta presteza como el otro, pero eso es todo; los Médicis de Florencia no durarían tres días si no reinasen en Roma con el Papa; los venecianos viven, vivirán, serán fuertes, gloriosos, potentes, pero no son crisálidas destinadas a adquirir alas lo bastante fuertes para elevarse en la atmósfera más allá de la región media. De suerte que, en definitiva, no quedan en Italia más que tres potencias: el Papa, los franceses y los españoles.

MIGUEL ÁNGEL

Os oigo discurrir con viva satisfacción. Pues bien; exponednos ahora cómo consideráis a cada una de esas potencias y de quién estimáis que quedará el cetro.

MAQUIAVELO

Os lo repito: he aprendido a mis expensas que, si la astrología es poco segura, la política no lo es mucho más. No tengo empeño en hacer de profeta. En lo que atañe a los franceses, vedlos por el momento abatidos, expulsados; excepto la ciudadela de Milán y tres o cuatro bicocas, han perdido pie entre nosotros. Su nuevo rey, el señor de Angulema, parece más dispuesto a fanfarronear y darse buena vida que a ejecutar virtuosas empresas. Creo, pues, que el Papa León X, que odia a esas gentes tanto por haber sido prisionero suyo en la batalla de Ravena cuanto por buen número de otras menudas razones, debe tenerse por des-
embarazado de ella.

GRANACCI

¡Mejor que mejor! Yo soy buen florentino y detesto a esos alborotadores vanidosos. Jamás han estado francamente ni con los republicanos ni con el partido contrario. Y ahora, ¿que pensáis vos de los españoles?

MAQUIAVELO

Su rey Carlos es muy joven. ¿Quién sabe lo que valdrá? Es hijo de un guapo mozo, bastante nulo, y de una pobre loca. ¡Mal presagio! Por añadidura de dificultades, más flamenco que cas-

tellano, y además borgoñón, austríaco; sus intereses están dispersos por todas partes. Si se considera la suma de sus fuerzas, parecería cosa de gran importancia; pero sus miembros no se mantienen unidos y se perjudican entre sí. Además, no le sería fácil llegar siempre a tiempo. Para ir de Valladolid a Brujas necesita permiso del rey Francisco. Luego, otro escollo se alza en su misma ambición, si la tiene. Cuando el emperador Maximiliano, su abuelo, llegue a morir, el joven Carlos pretenderá sin duda la corona imperial. Ya podéis prever el conflicto; también el francés dirige a esa parte la vista; el inglés acaricia igual esperanza; los electores tienen sus proyectos... Esas gentes van a devorarse; el rey Carlos, tan ocupado ya en cada uno de los aposentos de su propia casa, se trocará en el monigote de una banda de rivales, y, por consecuencia, no tendrá más que una pequeña autoridad en Italia y, por tanto, saco la conclusión de que el Papa León X reinará en ella a su antojo. No sé si me engañan mis cálculos; pero no será mucho.

MIGUEL ÁNGEL

Pero ¿y si por caso valiera Francisco I más de lo que os parezca, y por su parte Carlos no careciera de entendimiento ni de corazón?

MAQUIAVELO

Con esas dos suposiciones no hace falta presagiar nada. Todo dependerá de la fuerza de cabe-

za y del apetito de esos dos señores. Lo imposible puede llegar a ser el hecho corriente de todos los días... No se producen con frecuencia los grandes príncipes.

GRANACCI

Tenéis razón. Sin embargo, en estos tiempos hasta los débiles tienen fuerza; todo tiende hacia lo grande, y los reyes deben llegar a ello más fácilmente que los demás.

MAQUIAVELO

Durante mi vida he hallado más incapaces y más propietarios de pequeños cerebros de lo que yo me esperaba encontrar. Permitidme, pues, que no cuente demasiado con el brote del mérito y que os repita que, por el momento, el más próximo a poseerlo todo aquí es el Papa.

MIGUEL ÁNGEL

Yo no tengo de él un gran concepto.

MAQUIAVELO

Ni yo tampoco; le creo sencillamente un honrado gran señor, de costumbres fáciles, que se cuida el espíritu como se cuida las manos. Pero, a la vez que las antedichas manos tan admirables, posee en su cuerpo un par de ojos grandes, saltadores, a flor de cara y que no ven gota, lo cual

le hace parecerse a Nerón, con quien además tiene de común el rasgo de ser aficionado a todas las curiosidades; asimismo, en su entendimiento, tan cultivado y con tanto esmero, nótanse defectos ingratos para el conjunto. Despliega un gusto exquisito en todas las cosas y tiene buen corazón. Habla tan satisfecho con los más viles bufones como con Sadoleto o el Ariosto; os pide frescos y estatuas y mandará hacer cuadros a Rafael, porque son juguetes dispendiosos; y para ostentar más gloria, el Santo Padre gustoso jugaría al boliche con una estrella. Pero, estad convencido de ello, en su fuero interno prefiere, a la contemplación de vuestras obras maestras, una partida de caza de liebres en su finca de Magliana o una cena alegre en el Vaticano. En ella servirán albóndigas de crin tostada y de paja hecha pasta, que obligarán a hacer gestos a los convidados, con inmenso regocijo del Soberano Pontífice, mientras que un vigoroso asalto de invectivas burlescas pondrá en todo su relieve los talentos de Evangelista Taresconi y del Aretino.

MIGUEL ÁNGEL

Eso es poco más o menos lo que acabo de decir a Granacci. De semejante hombre nada puede esperarse.

MAQUIAVELO

Perdonadme. Bien considerado todo, los acontecimientos se van arreglando tan bien para doble-

garse bajo sus manos que, sin tener el entusiasmo de Savonarola, ni la resuelta ambición del señor de Valentino, ni la energía de Julio II, a la vez que juguetea y hace pompas de jabón, acabará por darnos una Italia unida. Recobrará a Nápoles, feudo de la Iglesia, quitándoselo a ese pobre Carlos de España, que no sabe cómo retener sus bienes; y no podrá dejar (tan fácil es el esfuerzo de pegar perfectamente al costado de Francia a ese rey de Inglaterra, pedante, escritorzuelo, ciegamente devoto de la Santa Sede, que jamás Francisco I se atreverá a abandonar su país para venir a poner los dedos en el maestro. Entonces León tomará el Milanésado y lo conservará como Julio II hizo con la Romaña.

MIGUEL ÁNGEL

· En cierto modo, esa es una buena perspectiva; pero no me alegra.

MAQUIAVELO

Ni a mí tampoco. ¡Siento y sé por qué! Jamás Italia fué tan brillante cual hoy. Sin embargo, ese fulgor no es puro. Hay excesivos vicios, hasta corrupción, y si caemos en las manos del más corrompido de todos los poderes y a discreción de la corte más rapaz que hubo nunca, Italia quedará libre sin duda del extranjero y reunida en un haz; pero a la vuelta de pocos años la veremos

tan agotada moralmente como físicamente. Frailes y curas la habrán debilitado de tal suerte, que nunca más podrá restablecerse.

MIGUEL ÁNGEL

Os creo; soy hijo devoto de la Santa Iglesia; pero mientras los clérigos sean lo que son, de ninguna manera los quiero para gobernantes. En resumen, que estamos en tiempos bien miserables.

MAQUIAVELO

De lo más miserable, y yo no espero ya en nada.

GRANACCI

¡Apíadese el cielo de vosotros dos! A creeros, nos deslizamos por la decadencia. Veamos, micer Nicolás: ¿habláis sinceramente? ¿Y es ante mi maestro y ante la capilla Sixtina donde nos echáis esos discursos? ¿Habéis conocido una época más grande? ¡Vamos, micer Nicolás, no penséis más en eso! En cuanto a mí, cada día bendigo al cielo por haber nacido en semejante tiempo. A menudo, cuando hablo con alguien, no pongo atención a lo que él me replica; me pongo a considerar los rasgos de mi interlocutor y digo para mis adentros: he aquí un personaje cuyo nombre quedará en alguna página de la historia. Olfateo un perfume de ambrosía y de inmortalidad en los

aires; lo respiro con todas mis fuerzas. En todas partes admiro y me complazco, y vosotros acabáis ambos de pretender... ¡Vamos, que sois unos espíritus fúnebres, unas imaginaciones enfermas, unos ingratos, y ciertamente los peores de los ingratos, puesto que debiéramos mostrarnos más reconocidos para con Dios por las bellas cosas que a cada uno en vuestro género os ha dado los medios de ejecutar!

MAQUIAVELO

Yo no sé si ejecuto bellas cosas; pero lo que de ninguna manera ignoro es que si el reverendísimo cardenal de Bibbiena no me hubiera puesto en los dedos esta mañana media docena de escudos, no tendría con qué comer. No digo más; y ahora, maestro Miguel, y vos, mi amable Granacci, os abandono contento de haberos visto y deseándoos a ambos que os conservéis en salud.

MIGUEL ÁNGEL

Adiós, maestro Nicolás, amigo mío. Dignaos terminar la *Mandrágora*; es vuestra obra más bella.

EN EL MONTE PINCIO

En medio de grupos de plátanos y cipreses, sobre la hierba, hállanse desparramados, a lo lejos, corrillos de personas de diferentes edades, que han acudido allí para pasearse y gozar de las bellezas de la tarde. Se ven ciudadanos, sacerdotes, frailes, mujeres, hombres jóvenes, niños; unos están sentados o semitendidos encima de alfombras; otros se pasean; éstos comen frutas y pasteles; aquéllos conversan gravemente. Oyense carcajadas. El tiempo es magnífico. El horizonte, inmenso. En medio de varios muchachos y muchachas, la mayoría coronados de flores y elegantemente vestidos, un mancebo de veinte años lee versos.

EL MANCEBO

“Estrella de mi cielo, divina encantadora, vuestras miradas llenas de fuegos encendidos por el amor, vuestros labios cuya embriaguez hubiera devorado Baco, vuestra frente tan pura como la aurora del día;

”vuestros cabellos cuyo ébano redondea cada trenza; vuestro pie, vuestra mano, admirados sucesivamente, ese cuerpo del cual los escultores más orgullosos de Grecia hubieran querido copiar hasta el menor contorno;

"el candor difundido en tu alegría infantil, ese hechizo que se esparce, polvo adamantino, sobre la menor acción de tu ser adorado,

"¿qué valdrían esos tesoros, fáciles de describir ante esta breve frase, iluminada por una sonrisa, ¡*Te amo!*, si alguna vez la hubieses profesado?"

Aplauden, riéndose; levántase una muchacha, palmotea y se lanza hacia el poeta.

LA MUCHACHA

¿Es para mí, Troilo, para quien habéis escrito eso? ¿Para mí, para mí, para mí sola?

EL MANCEBO

¡Por mi alma, Jacinta, estad segura, es para vos y no para otra ninguna!

LA MUCHACHA

¡Pues bien; tomad, he aquí vuestra recompensa!

Se arroja en sus brazos, le besa y le pone en la cabeza una corona.

OTRA MUCHACHA

Vos, Emilio, puesto que no sabéis dirigirme el menor verso, por lo menos tendréis el talento de contarnos una historieta. Poneos ahí y hablar; os escuchamos.

EMILIO

Yo no sé gran cosa que deciros.

TODOS

Palmoteando.

¡Vamos, nada de excusas; contad, contad!

EMILIO

Pues no hay otro remedio, sabed que en otro tiempo vivía en Verona un viejo mercader, llamado ser Jácopo, que tenía una muy joven y lindísima mujer. Su vecino, un hidalgo de los más amables de la ciudad, habíase acostumbrado a mirar por encima de la cerca al jardín de ser Jácopo, y...

Continúa la historietta.
Pasan tres ciudadanos, paseando juntos.

CIUDADANO PRIMERO

Estoy perfectamente seguro de lo que digo. Mi hijo Giulio no tiene más que diez años y será una de las lumbreras del siglo. Esta es la opinión de fray Felipe. No la oculta y la repite a cuantos encuentra.

CIUDADANO SEGUNDO

Mi hijo Tomás es completamente parecido a vuestro hijo Giulio, y no tiene más que nueve años, ni siquiera un día más... o, por mejor de-

cir, ¡sí!, tiene ocho días más, porque nació el 14 de junio, hace precisamente nueve años, y estamos hoy a 22. De manera que tiene nueve años y ocho días, y el padre Roberto me grita todas las mañanas: "Maese Pompeo, vuestro hijo..." ¿Cómo decís vos eso, maese Aníbal?

CIUDADANO PRIMERO

"¡Será una de las lumbreras del siglo!"

CIUDADANO SEGUNDO

Eso es exactamente lo que me grita el padre Roberto.

CIUDADANO TERCERO

Señores compadres míos y buenos vecinos, os doy más sinceros parabienes. El hermano Felipe y el padre Roberto deben de ser gentes muy entendidas.

CIUDADANO PRIMERO

El fray Felipe es el confesor de mi mujer desde que ésta comenzó a cometer su primer pecado. Tenemos en él toda confianza. Me permito preguntaros si podría equivocarse un sujeto de tales prendas.

CIUDADANO SEGUNDO

Absolutamente como en mi casa. Cuando yo me casé, el padre Roberto era ya como el amo de ella.

No compraría mi mujer un huevo sin haberle pedido su parecer antes; y cuando tiene mal humor, lo cual ocurre bastante a menudo, yo no sé lo que sería de ella si no estuviese allí el padre Roberto para calmarla. Dado esto, ya comprenderéis que cuando dice de mi hijo lo que él dice, puedo yo tenerme por seguro de que es cierto.

CIUDADANO TERCERO

Comprendo vuestra tranquilidad. En cuanto a mí, tengo dos hijos muy ordinarios; el uno tiene dieciocho años, el otro dieciséis. Del primero haré un mercader, y del segundo un notario.

CIUDADANO SEGUNDO

¡Dispensadme, pero os desapruébo del todo! El padre Roberto se encogería de hombros si os oyese.

CIUDADANO PRIMERO

Y fray Felipe lo mismo. Estoy muy satisfecho de que en este punto se halle también conforme el padre Roberto. Por nada del mundo consentiría él que nuestro hijo llegara a ser mercader o notario. ¡Esta sola idea le llevaría al colmo del furor!

CIUDADANO TERCERO

¿Pero cuáles son, pues, las ideas de vuestros buenos religiosos acerca de vuestros hijos?

CIUDADANO PRIMERO

Son unas ideas llenas de sensatez. Mi hijo será pintor.

CIUDADANO SEGUNDO

Y el mío será escultor. En estos tiempos no hay como los artistas para ganar mucho dinero, convertirse en grandes personajes y reírse de todo el mundo.

CIUDADANO TERCERO

Es verdad que en este momento los artistas ocupan el lugar más alto. No era así en mi juventud; se les consideraba como unos harapientos y muertos de hambre.

CIUDADANO PRIMERO

¿Harapientos? ¿Muertos de hambre? Mirad, os ruego, allá lejos, en el camino, al pie de la colina.

CIUDADANO TERCERO

¡Bueno! Ya miro.

CIUDADANO PRIMERO

¿Qué veis?

CIUDADANO SEGUNDO

¡Ah, sí!... ¡Calla!... Es verdad... Decid, ¿qué veis vos?

CIUDADANO TERCERO

Yo no veo nada... sino dos señores jinetes en caballos ricamente enjaezados y seguidos de espoliques. ¿Qué hay en ello de extraño?

CIUDADANO PRIMERO

¿Tomáis a esas gentes por unos señores? ¡Limpiaos bien los vidrios de las antiparras! Son el maestro Marco Antonio Raimondi, grabador, y el maestro Giulio, uno de los discípulos del maestro Rafael. Ni uno ni otro son de mejor ni aun tan buena familia burguesa como yo; y de cierto, si sus padres les hubieran hecho mercaderes o notarios, no llevarían tan gran tren.

CIUDADANO SEGUNDO

¿Sabéis bien lo que gana el maestro Valerio Belli esculpiendo figuras pequeñas en piedras finas? ¿Y los maestros Bridone y Marchetto, cantantes y tocadores de guitarra? ¿Y el padre Mariano, que de una sentada se come cuatrocientos huevos y veinte carpas? ¡Yo os digo que para hacer gran figura en este mundo no hay como ser artista!

CIUDADANO TERCERO

Sin duda; pero cada cual no puede entregarse a un oficio como esos; necesitase algo así como

cierto talento natural. Y por lo que a mí atañe, lo reconozco muy francamente, si quisieran forzarme a tragar en mi comida veinte carpas o construir una catedral, me pondrían en un apuro.

CIUDADANO PRIMERO

Eso consiste nada más en que os falta costumbre. El padre Felipe me ha repetido cien veces que si en mi juventud me lo hubieran enseñado, yo haría ciertamente tan grandes muñecos de mármol como el mismo maestro Buonarotti.

CIUDADANO SEGUNDO

Eso es perfectamente exacto. Mi hijo será escultor e irá a comer con el Papa. No hay padre de familia un poco sensato que no considere hoy las cosas como nosotros. Mi opinión es que las artes son las más bellas cosas que existen, y estoy decidido a despreciar las rancias preocupaciones e ir con mi siglo.

Sentados al pie de un árbol, dos dominicos y un agustino; pasan dos cardenales, charlando y riendo, montados en mulas, magníficamente enjaezadas; junto a ellos, en caballo español, un noble veneciano, vestido de terciopelo negro; una multitud de gentileshombres, sirvientes, domésticos, con bellas libreas.

DOMINICO PRIMERO

No conozco a esos reverendísimos señores. ¿Sabéis sus nombres?

EL AGUSTINO

¿Pero de veras no conocéis al cardenal Sadoleto y al cardenal Bibbiena? El gentilhombre de barba negra que les acompaña es el señor Andrés Navagiero, patricio de Venecia, literato no menos famoso que ellos mismos.

DOMINICO SEGUNDO

Tendría yo curiosidad de saber qué obras piadosas han dado a luz el Sadoleto y el Bibbiena para merecer sus capelos.

EL AGUSTINO

El primero, padre mío, preciso es hacerle esta justicia: no ha hecho gran daño, por lo menos. Es buen latinista; admíranse las rotundidades de su frase latina casi al igual de las elegancias del Bembo. Buen hombre y sin hiel; con tal de que le dejen divertirse, no hace daño a nadie.

DOMINICO PRIMERO

Al Bibbiena le conozco porque gentes bien instruídas me lo han referido. De sus costumbres, nada favorable puede decirse. Gusta de la vida alegre y fácil, y ha escrito la *Calandria*; es una bella comedia, pero no una obra de teología. El Papa Julio II puso sus confidencias en este hombre; el Papa León le ha dispensado siempre las

suyas, de suerte que no hay negociaciones y asuntos de Estado en que no meta el dedo. Cuando le queda tiempo de sobra lo pasa en el taller del maestro Rafael, su gran amigo, donde se hacen y dicen más cosas escandalosas que cosas edificantes.

DOMINICO SEGUNDO

¡Qué fausto! ¡Qué orgullo! ¡Qué exhibición de suntuosidades! ¿Adónde pueden ir estos mundanos rodeados de sus esclavos? ¿Qué meditan estos bravos sátrapas babilonios en medio de sus dicharachos y risotadas? ¡De seguro que no van a cantar los oficios!

EL AGUSTINO

Dispensad, mi reverendo padre; precisamente eso es lo que van a hacer. Van a cantar los oficios... Quiero decir, sus oficios. Una brillante asamblea de ingenios agudos, poetas, artistas, damas, prelados y señores reúnese hoy en casa del banquero de Siena Agustín Chigi. Se proponen celebrar allí un sacrificio en honor de la diosa Venus, con palomas, lacticinios, flores, sonetos, madrigales, gran copia de versos sáficos y adónicos, en griego, latín y lengua vulgar; y no habrá ni uno de los ritos empleados en tales circunstancias que lo sea sin la autoridad de algún buen autor. El señor Gabriel Merino, a quien se acaba de hacer arzobispo de Bari por la excelencia de su voz, cantará los éodos y tocará la lira de sie-

te cuerdas; Francisco Paolosa, el nuevo arcediano, se dejará oír en la viola de amor; Pedro Aarón, florentino, caballero de San Juan y canónigo de Rímini, acompañará con su rabel las loanzas de la diosa; habrá muchas flautas tibicinas para el concierto, y los asistentes serán coronados de rosas. El altar es de mármol blanco vetado de amarillo; Cirolamo de Santa Croce, de Nápoles, al esculpirlo, ha producido una maravilla. El festín, acabamiento de la fiesta, será de una abundancia y de una suntuosidad dignas de los más insignes tragones de la antigüedad. León X estará presente en la fiesta, pero enmascarado. Espero que ahora estaréis tranquilos en cuanto a la devoción de los cardenales.

DOMINICO PRIMERO

¡Qué de escándalos! Lo cierto es que el antiguo paganismo, ayudado por la depravación común, otra vez se apodera en todas partes de nosotros. No se oye hablar más que de hechos semejantes a los que vos nos denunciáis. Aquí se hacen sacrificios a Apolo; más lejos, a Pomona; en Venecia no se avergüenzan de descender hasta el hermes del dios de los jardines. Acabóse todo lo honesto y no sé qué va a ser de la fe.

EL AGUSTINO

Hará como la estrella oscurecida por las nubes lluviosas y que, sin embargo, luce en el cielo.

DOMINICO SEGUNDO

Me temo que el eclipse dure muy largo tiempo. Nuestro padre Savonarola quiso combatir la plaga y pereció en ello. ¿Quién podría triunfar allí donde ese gran santo encontró la derrota?

EL AGUSTINO

Tal vez uno mucho más pequeño. No hay que desalentarse; no hay que cesar en la lucha. El bien no debe enmudecer ante el mal.

DOMINICO PRIMERO

Y, sin embargo, se calla. Desde la muerte de nuestro bienaventurado, nadie alza la voz; y el Antecristo vence.

EL AGUSTINO

¡Que tenga cuidado!... Acercad vuestras orejas, padres míos, y hablemos quedo. Sé una nueva importante. Venid a este banco, aparte... Aquí... ya estamos los tres en seguro.

DOMINICO SEGUNDO

Antes de decirnos nada, y como prefacio a las esperanzas que parecéis querer encender en nosotros, os ruego miréis qué vergonzosa escena se ve a pocos pasos de acá. ¿No véis, en la hierba, a esos franciscanos holgándose con unos esporti-

llos y las desdichadas que a éstos acompañan? Si no me engaño, se oye a uno de esos infames religiosos celebrar en rimas tan groseras como él mismo los méritos del vino de Montefiascone.

EL AGUSTINO

El exceso del mal acerca el instante de la reivindicación. Escuchadme.

DOMINICO SEGUNDO

Mi alma está poco abierta a la esperanza.

EL AGUSTINO

En el convento hemos recibido singulares cartas de nuestros hermanos de Alemania.

DOMINICO PRIMERO

¿Qué ha ocurrido?

EL AGUSTINO

En nuestra casa de Wittemberg (una gran ciudad de Germania donde existe una Universidad bastante sabia) vive un doctor, cierto don Martín Lutero, profesor de Derecho canónico, uno de los hombres más versados en las santas letras que se conoce en nuestra época. Este gran personaje acaba de alzarse públicamente contra la venta de indulgencias; y, lo que es más grave, ha citado tan doctamente los textos y conmovido de tal

modo a su auditorio por la audacia de su lenguaje respecto a las perversidades, contra las que ha poco gemíamos, que primero sus colegas, después el pueblo y, lo que es mucho más grave, su gracia electoral el duque de Sajonia, se han puesto bajo su dirección. Esto es lo que yo quería confiaros.

DOMINICO PRIMERO

¿Y no han reclamado los franciscanos, colectores del producto de las indulgencias?

EL AGUSTINO

Así lo han hecho. Naturalmente, nosotros hemos sostenido a nuestro compañero, y me aseguran que el Santo Padre, lleno de estimación al talento de don Martín, no está inclinado a decir que se equivoque. De ello concluyo que el cielo habla al corazón del Soberano Pontífice, que podrá conducirlo a reflexionar, y estas esperanzas me hacen estremecer.

DOMINICO PRIMERO

¡Ojalá triunféis en vuestros esfuerzos, queridos hijos de San Agustín! Nos unen a vosotros los más estrechos lazos. Vuestro glorioso padre fué el inspirador de nuestro Santo Tomás; y si tras la funesta muerte de Savonarola, martirizado por las gentes de San Francisco, hemos de ver a vuestro digno Lutero en pugna con las malicias

de esos mismos perseguidores, ¡comprended cuán al unísono de los vuestros sufrirán nuestros corazones!

DOMINICO SEGUNDO

No, padre mío, no os abandonéis al desaliento; hasta en medio de la más horrible tempestad sostiene Dios a su Iglesia. Esperemos que los agustinos procurarán la salud de la religión, y consolémonos de no haberlo conseguido nosotros mismos, pensando que al menos lo hemos intentado.

EL AGUSTINO

La sangre de vuestro mártir habrá fecundado la mies.

DOMINICO PRIMERO

¡Tocan el *Angelus!*

Todas las campanas de Roma empiezan a sonar; los numerosos grupos reunidos en el Monte Pincio suspenden sus conversaciones; las mujeres, de rodillas, y los hombres, con la cabeza descubierta, hacen la señal de la cruz y recitan la Salutación angélica.

EL AGUSTINO

Recemos como esta multitud, y advertidos de lo que es preciso pedir al cielo, añadamos esta corta súplica: “¡Haced, Santísima Madre de Dios, que la reforma eclesiástica nos sea dada, porque sin este remedio acabóse el pueblo cristiano!”

Los tres frailes se arrodillan y quedan absortos en su oración.

MILÁN

El palacio ducal. Una sala, ricamente alhajada con arcones de talla, vasos de oro y plata; sentados a una suntuosa mesa cena alegremente el rey Francisco I, en compañía de su amiga madama María Gaudin, de Florimundo Robertet, de Clemente Marot, con el señor de Piennes, el señor de Lautrec y algunos otros cortesanos. Trinchantes, pajes con la librea real, circulan de un lado para el otro, presentando los platos a los convidados y sirviendo bebidas.

EL REY

¡No, el Papa no se esperaba verme llegar tan presto! He caído sobre Italia tan rápido como mis predecesores; pero ellos se volvieron a escape, mientras que yo no me dejaré echar.

EL SEÑOR DE LAUTREC

¡Brindo por el invencible Marte, el caballero de los caballeros!

EL REY

Gracias, Lautrec. Por supuesto, los tiempos son otros; yo no quiero ya que a nosotros los fran-

ceses nos traten de bárbaros y de ignorantes. ¿Por qué no habríamos de poder, igual que esas gentes de este lado de los montes, adquirir bellas costumbres, corregirnos los modales vulgares y habituarnos al estudio de las letras?

CLEMENTE MAROT

¡Saber manejar una espada y esgrimir la lanza no es una razón para desempeñar toda la vida el papel de brutos!

EL REY

Seguramente. Pero, ¡a fe de gentilhombre!, nos costará mucho hacer que penetre esta verdad en las duras molleras de nuestros compañeros. Excepto vosotros, los aquí reunidos esta noche, y unas pocas personas más, nuestros franceses son unos torpes zopencos, incapaces de aprender nada. Se estiman en tanto más cuanto más ignorantes son. La otra noche me lo decía el conde de Castiglione, y no le faltaba razón.

FLORIMUNDO ROBERTET

Razón tenía que le sobraba. ¿Ha notado vuestra majestad la sonrisa que asomó a los labios de la señora duquesa de Ferrara cuando el otro día presentasteis a ella a ese señor de Picardía, empeñado en contarme por qué el San Maclou de la iglesia de su pueblo era mucho más bello que la

obra maestra de Ghiberti, ofrecida a nuestra admiración? —¡Vive Dios!, exclamó ese bravo soldadote, retorciéndose el mostacho. ¡Nuestro señor San Maclou está todo él pintado con colores desde la cabeza hasta los pies, y vuestra figura no es nada más que una piedra blanca!

EL REY

Te confieso, Robertet, que al oír esas palabras y ver el gesto de madama Lucrecia me sentí enrojecer hasta lo blanco de los ojos. En verdad, ¡no somos más que unos ignorantes! ¡Pero yo haré cambiar todo esto! A fe de caballero, me propongo que Francia llegue a ser tan hermosa como Italia, y no menos engalanada. Lo que ha existido hasta ahora en nuestro reino nosotros lo destruiremos de arriba a abajo, y París y mis buenas ciudades, tanto unas como otras, ostentarán, bajo las miradas del Sol, tan bellos edificios, tantas obras maestras de las artes como se cuentan a este lado de los Alpes. ¡No quiero nada con nuestras viejas catedrales, nuestros castillos de los tiempos antiguos, todas las groseras prácticas de nuestros antepasados! Si Dios me otorga vida, os prometo que no seremos menos respetables en el mundo por nuestros méritos para con Apolo y sus nueve hermosas compañeras de lo que hasta ahora hayamos podido tenerlos para con el dios de la guerra y quizá también para con la diosa del amor. ¿Qué pensáis acerca de esto, señora?

MARÍA GAUDIN

A media voz.

¡Dios mío! ¡Señor, cuán agradablemente sabe vuestra majestad tornear las frases, y cómo cuanto dice penetra en los oídos cual una golondrina deliciosa para el espíritu!

EL REY

¡Aduladora!... ¿Y quién era aquel galán tan bien ataviado a quien vieron entrar esta mañana en vuestro aposento?

MARÍA GAUDIN

¡Temblad, señor: era un enemigo de los infieles!

EL REY

Pues, entonces, yo no tengo nada por qué temer... Pero ¿quién era?

MARÍA GAUDIN

Ya os lo he dicho... Un caballero de San Juan.

EL REY

Ese bravo campeón encuentra más agradable visitar a las hermosas que ir en busca de los turcos.

MARÍA GAUDIN

Algunas veces pretendéis vos que eso es mucho más peligroso... ¿Quién os dice que la crueldad sea menos grande?

EL REY

¡A fe de gentilhombre, me volvéis tarumba!

MARÍA GAUDIN

¡Señor de Lautrec!... ¡Señor de Lautrec!.. ¡El rey está celoso!... ¿Sabéis de quién?

EL REY

¡Condéneme Dios si estoy celoso!

EL SEÑOR DE LAUTREC

Por menos bella causa pudiera estarse.

MARÍA GAUDIN

Sí; el rey tiene celos de un caballero de San Juan que estuvo a verme esta mañana y me dejó dos prendas.

EL REY

¿Dos prendas?... Su corazón y...

MARÍA GAUDIN

Creo yo que el corazón no entraba en cuenta, no se habló de ello; y como me siento ahora indiscreta, os confesaré todo: el bello mensajero no venía a mí por cuenta suya, sino de parte de otra persona.

EL REY

¿De parte de quién?

MARÍA GAUDIN

Riéndose.

Ya os digo que de parte de otro. ¡Curioso indiscreto! ¿Pensáis que quiero contarlo todo?

EL SEÑOR DE PIENNES

Ya tenemos a nuestro señor en brasas de inquietud.

EL REY

¡El demonio si dices verdad! Tanto se me da del enviado como de quien le envía...; del amo como del criado. ¿Quién tuvo jamás la idea de hacer llevar misivas dulces por medio de un caballero de San Juan?

MARÍA GAUDIN

Yo no os he dicho que haya recibido una carta amorosa... Sin embargo, adivináis lo cierto, y eso

prueba la sutileza de vuestro ingenio... ¡Pero todavía no lo he confesado todo!... ¡Tomad, no os pongáis apesadumbrado!... ¡Mirad!

Pone sobre la mesa un cofrecillo y conserva en la mano un papel, que agita al aire.

TODOS LOS CONVIDADOS

A la vez.

¡Veamos, veamos!

EL REY

Tomando la caja.

¡Permitís, señores, que yo mire primero? Páreceme que estoy en ello un tanto interesado, y me confieso débil. Para comenzar, el cofrecillo es encantador...: marfil esculpido y rielado de plata y oro... Estas turquesas y estos rubíes hacen muy bien... Una llave lindamente cincelada... ¿Se puede abrir?

MARÍA GAUDIN

¡Cuán tímido sois!... ¡Abrid, se os permite!

EL REY

Obedezco... ¡Ah, vientre de Mahoma! ¡Esto es muy galante! ¡No, no, no!... ¡Es muy galante, hay que confesarlo! ¡Nadie como los italianos para hacer las cosas de esta manera y ofrecer los presentes a las damas de un modo tan fino! ¡Considerad, señores: es el retrato del Santo Padre orlado de gruesos diamantes!

MARÍA GAUDIN

Soy sensible al retrato; pero tampoco soy de bronce para el engaste.

CLEMENTE MAROT

¡Estad segura, señora, de que el señor Papa lo había previsto!

FLORIMUNDO ROBERTET

¿Para qué sirven, Dios mío, las luces del Espíritu Santo?

EL REY

¿Era eso lo que traía el caballero de San Juan?

MARÍA GAUDIN

Con el billete que aquí está... Merecíais que no se os diese... ¡No os habéis dignado estar inquieto ni siquiera un minuto!

EL REY

¿Es malo creer a ciegas en la lealtad de aquella persona a quien se ama?

MARÍA GAUDIN

¡Bonito papel de boba haría yo si me adornase con esa virtud!... ¡Tomad..., leed!

EL REY

Abriendo la carta.

“A la noble e ilustre señora madama María Gaudin..., nuestra querida hija en Jesucristo...”
 ¡Ah, esperad a que la lea yo primero!... El Santo Padre loa vuestra belleza... y después vuestra prudencia...

MARÍA GAUDIN

Pudo haber prescindido de este último punto.

EL REY

Luego os participa su deseo de recobrar a Parma y Plasencia, y os ruega me pidáis que se las devuelva... No os disgustéis; pero la intermediaria no le servirá de gran cosa.

MARÍA GAUDIN

Así lo espero; mas los diamantes son hermosos.
 ¿No es así, maestro Clemente?

CLEMENTE MAROT

¡Ay, señora, menos que vuestros ojos!

EL REY

¿Quieres callarte, serpiente? En fin, nuestro pobre Papa trata de arreglar, por medio de las

más estupendas manos que hay en el mundo, las mallas rotas de su red... Sabe que esos deditos tienen cautivos a mis brazos.

MARÍA GAUDIN

¿De verás? ¿Los brazos que el otro día golpearon tanto con la espada en Mariñán?

EL REY

Sí; este solo dedo meñique, que beso con vuestro permiso, podría derribarme más pronto y mejor que las alabardas de los cantones suizos; y, sin embargo...

MARÍA GAUDIN

Y, sin embargo..., yo espero de la cortesía de mi paladín que no querrá desaprobar lo que yo declaré esta mañana al enviado del Santo Padre.

EL REY

¿Qué declarasteis? Me dais miedo.

MARÍA GAUDIN

Dije al caballero de San Juan: —Señor, si el rey, en su respeto filial a la Iglesia, se sintiera dispuesto a condescender al voto del Papa y devolverle Parma y Plasencia, lo cual su predecesor el rey Luis no ha querido nunca escuchar, y

por si acaso el rey me otorgara el honor de pedirme mi parecer, me echaría a las plantas de mi señor y le suplicaría que nunca cediese ninguno de los derechos de su corona...— Y como le extrañara un poco la vivacidad de mis palabras, le tendí el cofrecillo y la carta; pero no quiso recogerlos y se marchó, después de hacerme muchas reverencias.

LOS CONVIDADOS

¡Muy bien respondido! ¡Muy bien hecho! ¡Viva madama María Gaudin!

EL REY

En voz baja.

Mañana por la mañana os llevarán las perlas que apetecéis, y yo me encargo de pagar la tierra que compráis en Turena.

MARÍA GAUDIN

¡Ah, señor, eso es enterament inútil!... ¡Yo no podría amaros con más tierno amor! ¡Habéis comprado la *Gioconda*, de Vinci?

EL REY

Sí, y he encargado en Florencia al maestro Andrés del Sarto que compre todas las obras maestras de que tenga noticia. El rey de España, lo sé, tiene los mismos deseos que yo; pero, sabedlo,

amigos míos, no cederé ante él en este terreno más que en los otros. Después de la muerte de Maximiliano, y es un suceso que no puede hacerse esperar mucho, Carlos querrá la corona imperial. ¡A fe de caballero, yo seré quien la obtenga! Están tomadas todas mis medidas. El hijo de Juana la Loca pretende también tener vara alta en Italia. ¡Yo le retorceré la muñeca! Quiere conseguir el renombre de amar a los sabios y merecer sus alabanzas; yo haré mucho más que él en este orden, y para mí quedará el honor de lograrlo. ¡Ja, ja! Tendría que ver: ¡Salamanca más docta que la Universidad de París!

CLEMENTE MAROT

¡Al pensarlo, lloro de contento! ¡Jamás tuvo Francia un monarca semejante! ¡Vuestro nombre, señor, será glorificado hasta en la última generación de los hombres!

EL REY

Amigos míos, ¡ah!, Dios os oiga y me haga sobreponerme a todos mis rivales. ¡Gloria, sí, yo quiero gloria! Y mucha alegría, y mucho placer, y más que mucho de todo lo que hace encantadora la vida! ¡Magnificencia, ingenio, brillo, ruido, amor; más amor que pueda contener el corazón, hasta lo infinito, arriba, muy arriba, por encima de la cabeza!

MARÍA GAUDIN

¡Viva el Rey!

TODOS

¡Viva el Rey!

EL REY

En cuanto al señor Papa, hermosa niña mía, mis caros amigos, ¡que se quede con sus proposiciones! ¡Acabáronse los días en que, asustando a los pueblos, pudo hacer doblegarse a los príncipes!

FLORIMUNDO ROBERTET

¿No hemos visto a vuestro predecesor, el rey Luis, excomulgado de malos modos por el difunto Papa Julio, y encontrarse, a pesar de eso, mucho mejor?

EL REY

¡Lo hemos visto! Ninguno de nuestros vasallos se ha movido. Nadie se cuida ya del Papa en el mundo. Todos saben lo que vale la corte de Roma, y en qué se parecen los prelados a los apóstoles. León X no pide a los cristianos ni fe ni esperanza, ni caridad, sino sólo la bolsa; y yo he resuelto detener sus extorsiones.

EL SEÑOR DE LAUTREC

Yo prefiero ver el dinero en los bolsillos del rey y de sus servidores que en los de los cardenales.

FLORIMUNDO ROBERTET

Ningún hombre razonable piensa de otro modo.

MARÍA GAUDIN

Ni tampoco una mujer razonable.

EL REY

A fe de caballero, nosotros somos tan buenos para hacer saltar los escudos de nuestros pueblos como los Borja, los Róvere o los Médicis. Pero ¿sabéis que también los alemanes comienzan a encolerizarse contra los colectores pontificios? Tengo curiosidad de saber qué piensa mi hermano Carlos de los alborotos de Witemberga.

EL SEÑOR DE LAUTREC

¡Majaderías, como no tome consejo de vuestra majestad!

EL REY

No me molestaría absolutamente nada ver a la Iglesia conducida al modesto tren recomendado por el Evangelio.

MARÍA GAUDIN

El Papa debiera daros las bellas cosas de que, en el fondo, no tiene ninguna necesidad. Nos regalaríais parte de ellas; ¿no es así, señor?

EL REY

¡A fe de caballero, jamás guardaría nada para mí! ¡Todo para vos, hermosa mía, y para mis amigos!

MARÍA GAUDIN

¡Yo no quiero más que el corazón! ¡A vuestra salud, mi dueño!

TODOS

¡Viva el rey mil y mil años y aun más!

R O M A

Una sala en el Vaticano. León X, sentado junto a una ventana; el cardenal de Bibbiena, el cardenal Bembo, el cardenal Sadoleto. Al fondo de la sala, junto a la puerta, el señor Carlos de Maltitz, gentilhombre sajón, aguardando a que le manden acercarse.

LEÓN X

Yo mismo intervendré en este asunto de Witemberga, y pretendo dirigirlo de tal modo que ponga fin a las tonterías, con las cuales lo han embrollado. Ese Lutero, contra quien tan fuerte reclamar los franciscanos, no es tonto; no es un fraile sin letras, como la mayoría de ellos. Tiene talento, saber y razón. Me ha escrito en el tono más conveniente, y yo le sostendré contra los Tetzel, los Eccio y esa banda de fanáticos ridículos. ¡Tales gentes quieren pegar fuego a Alemania! Yo no estoy dispuesto a eso.

BIBBIENA

Me parece que Vuestra Santidad está en el camino de la justicia y del acierto.

LEÓN X

Estad seguro de ello. Aquí no se trata de una cuestión religiosa; es, sencillamente, una dificultad de forma. Nuestras gentes se las han arreglado muy mal para obtener el dinero que necesitamos, y yo no daré la razón a nuestras gentes.

SADOLETO

Si los antecesores de Vuestra Santidad hubieran obrado siempre así con arreglo a principios tan sensatos, no habríamos tenido que deplorar las funestas historias de Juan Huss y Jerónimo de Praga.

LEÓN X

Y, sobre todo, la de Savonarola. Estad seguros de ello: no permitiré que la vuelvan a empezar. Aquel fray Jerónimo que, después de todo, no era más que un energúmeno, un enemigo de mi casa, se ha conseguido que hagan de él un santo por la severidad absurda que con él emplearon. Martín Lutero no tendrá de mi mano el honor del martirio.

BEMBO

Este buen Padre escribe de una manera admirable.

LEÓN X

Siento el asco más completo por las susceptibilidades del convento y de sacristía. El Papa es un gran príncipe; no perdáis de vista esta verdad; dentro de algunos años, en cuestión de potencias, no habrá más que él, el emperador, los reyes de Francia e Inglaterra y el turco. Los otros soberanos no serán más que señores ricos y sin autoridad. Importa, pues, que el Papa no dirija su conducta conforme a los pareceres y prevenciones de los frailes. Decid al señor de Maltitz que se aproxime.

SADOLETO

Acercaos, señor de Maltitz; Su Santidad os llama.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Estoy a las órdenes de Su Santidad, y solicito el favor de besarle los pies.

LEÓN X

Haciendo sobre él la señal de la cruz.

Señor de Maltitz, somos antiguos conocidos. Me habéis servido bien. Los capitanes generales de la Iglesia me han hablado de vuestras hazañas, de vuestro ingenio y de vuestra fidelidad, dándome informes tan ventajosos, que en una ocasión de tal

importancia como la que voy a hablaros, no he juzgado oportuno emplear otra lealtad que la vuestra.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Santísimo Padre, este momento me recompensa más allá de todos mis méritos.

LEÓN X

Para la comisión que voy a daros necesito un hombre de guerra y, al mismo tiempo, un cortesano desenvuelto y un sabio. En vos encuentro esos tres personajes y bendigo mi dichosa fortuna.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Todo cuanto puedo está ciertamente al servicio de Vuestra Santidad.

LEÓN X

Iréis a buscar de mi parte a vuestro señor natural, el duque Federico de Sajonia. Es un príncipe eminente en la prudencia y me complace saber que le respetan todas las coronas y todos los políticos reflexivos. Le diréis que le veo con gusto conceder su protección a nuestro amado hijo en Jesucristo don Martín Lutero. Este religioso de la orden de San Agustín es un doctor lleno de ciencia; no quiero que sea acosado por gente in-

discreta o torpe, como parecen serlo el inquisidor Tetzal, Eccio, el profesor Hoffmann u otros. Rogaréis a su alteza electoral que os ponga en relación con don Martín y que intervenga entre Nós y el buen padre para que nos entendamos fácilmente. Es preciso que los malintencionados no continúen dañando a la reputación de un hombre tan hábil con difundir el rumor de que se subtrae a la santa obediencia, cosa de la cual sé que es incapaz en absoluto; y a fin de testimoniar al augusto elector con una prueba irrefragable todo mi afecto paternal, entregaréis a su alteza la Rosa de Oro. He dado ya expresamente mis órdenes acerca de ella.

EL SEÑOR DE MALTITZ

El elector, mi señor, quedará ciertamente penetrado de un reconocimiento sin límites.

LEÓN X

No dejéis de persuadirle con empeño, así como a don Martín, de que no pretendo promover necias querellas ni controversias malsonantes. El Santo Padre está instruído de que muchos abusos se han deslizado en las opiniones sostenidas, con más o menos razón, por doctores cuya ortodoxia no esté tal vez al abrigo de todo vituperio. Acomodemos nuestros disentimientos sin estrépito y como un espíritu de mutua caridad.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Es probable que tomándolo de esta manera desaparecerían todas las dificultades. Vuestra Santidad sopla tan suavemente sobre ellas, que la menor irritación no podrá subsistir.

LEÓN X

Cardenal Sadoletto, dadme las dos cartas que hay encima de aquella mesa.

SADOLETO

Aquí están, Santísimo Padre.

LEÓN X

Os las entrego, señor de Maltitz. Una va dirigida al señor Jorge Spalatin; la otra, al respetable maestro Degenhard Pfeffinger. Entre los consejeros de vuestro soberano, no sé de otro alguno de quien convenga hacer mayor caso.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Tal vez merecen semejante honor por su respeto a la Santa Sede apostólica y de su devoción a vuestra sagrada persona.

LEÓN X

Lo sé, lo sé, señor de Maltitz. Rogadles en mi nombre que tengan a bien recordar al elector el

verdadero punto de vista de la cuestión. Es esencial que ni él ni don Martín se equivoquen sobre ella. Sin duda se ha abusado un poco en la venta de las indulgencias; y, sobre todo, en la manera de proceder, no me sorprendería que se hubieran deslizado algunas irregularidades. Que me propongan los remedios convenientes, y estoy pronto a aplicarlos. Lo importante es que nos llegue, como de ordinario, el dinero de que la cámara apostólica no podría ni querría prescindir; los medios poco importan.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Desde ahora doy por supuesto que no puede entrar en las intenciones del Elector imponer un perjuicio pecuniario a la cámara apostólica.

LEÓN X

Yo tampoco creo, y no quisiera admitirlo en ningún caso; porque en este punto, os lo declaro con sinceridad, comenzarían las dificultades graves. Así como daré toda clase de facilidades para las otras cuestiones, en esta otra me mostraré inflexible. Habéis vivido lo bastante en Roma y en mis Estados para saber que nuestras rentas y los tributos cobrados por la Iglesia en los países cristianos no podrían disminuirse sin acarrear inconvenientes, con los cuales es honor mío no gravar a la Iglesia. Esta es mi decisión. Estoy dispuesto

a seguir siendo conciliador en todas las materias, a cambio de que sean satisfechas las necesidades de la cámara apostólica. Adiós, señor de Maltitz.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Solicito la bendición de Vuestra Santidad.

Arrodíllase y besa la mano pontificia.

LEÓN X

Alzando la mano derecha y haciendo la señal de la cruz.

Benedico te in nomine... Os enviaré un excelente vino de Sicilia para ayudar a vuestras comidas de viaje. Adiós, Maltitz. Cardenal Bibbiena, venid esta noche a nuestro pequeño concierto. Y vos, Bembo, ¿no cazaremos hoy juntos?

EL CARDENAL BEMBO

Me muero de ganas de hacerlo así, Santísimo Padre.

LEÓN X

Seguidme, pues, Nemrod. Me dicen que la batalla es excelente; no perdamos más tiempo.

Salen.

BIBBIENA

Querido Maltitz, ya comprenderéis que no tenemos empeño en que el dinero llegue por el ca-

mino de las indulgencias o de otro modo cualquiera; pero recordad que en todo caso queremos dinero, no queremos más que dinero; y no hay que llegar a imaginarse que cedamos nosotros ni un óbolo de ese dinero.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Me ponen en un poco de aprieto el temor de que al Elector, como a vosotros, no le interese esta cuestión más que todas las otras.

BIBBIENA

Peor para él en ese caso. Decid a Federico el Prudente que no irrite nuestra hambre; nos volveríamos tigres.

EL SEÑOR DE MALTITZ

Mi elocuencia se portará lo mejor que pueda. Adiós, reverendísimos señores; necesito acabar mis preparativos para ponerme en camino mañana. Bésoos las manos, y a vuestro favor me encomiendo.

Sale.

SADOLETO

¿Y si fuese a fracasar en su misión?

BIBBIENA

Es difícil que triunfe en ella. Por lo demás, todo cruje bajo nuestros pies.

SADOLETO

Y sin embargo, nosotros trabajamos en elevar nuestro edificio hasta el cielo.

BIBBIENA

Son los cimientos los que se deshacen.

SADOLETO

Nosotros los fortalecemos en la medida de nuestras fuerzas con bloques de dinero, grandes bloques de plata, y cada día es más apremiante la necesidad de estos materiales.

BIBBIENA

Y cada día se hacen más difíciles de extraer. A todo recurrimos. ¡Los impuestos suben, suben, suben! Ciudadanos y campesinos murmuran y amenazan. Redúceseles a la mendicidad, y el comercio, atormentado, se extingue. Se atacan los privilegios de las ciudades, y a través de las grietas que nosotros hacemos, introducimos todos los dedos de ambas manos para apoderarnos de lo poco que se encuentra. Vendemos los oficios, vendemos los curatos, los obispados; vendemos los patriarcados, vendemos el cardenalato. Inventamos diariamente algo eclesiástico que vender. ¿Qué será lo que nosotros no vendamos? Hicimos morir con bastante apresuramiento al cardenal Pe-

trucci en tiempo de la guerra de Urbino y por la conspiración de Bautista VerCELLI; y si los cardenales Sauli y Biari han escapado, ya sabéis lo que su salvación les cuesta.

SADOLETO

Sí, a ellos y a otros muchos. Se ha acuñado moneda sobre los lomos del Sacro Colegio por medio de aquel disparate.

BIBBIENA

Tenéis razón. Las treinta y cuatro promociones hechas a consecuencia de aquel asunto, bajo el pretexto de procurarnos fidelidades, ¿las recordáis? El producto de esa operación financiera ha sido importante; pero jamás la conciencia pública había aún tenido que soportar una carga tan pesada. Si consideramos ahora nuestro modo de conducirnos en el extranjero, es absolutamente parecido. Miramos al interior de todos los bolsillos. Vamos arrebañando lo que podemos con las anatas, con el Dinero, con las permutas, con estas famosas indulgencias (el apuro del momento); y a pesar de tantas fatigas y cavilaciones, hablemos claro, de tantas rapiñas, no logramos llenar el vacío, y cada día que pasa nos empuja a una más lamentable miseria. Nos es forzoso pedir a gritos auxilio lastimosamente; nuestra indigencia nos inquieta, nos aplasta; cada vez sabemos menos cómo salir de ella, y, ¡estad bien persuadido

de ello!, acabaremos por atraernos una violenta protesta de la cristiandad indignada; nos van a aturdir con un *tolle* universal. Los gobiernos grandes y pequeños nos harán oír este fallo supremo: "¡Basta de empobrecernos; ya no obtendréis nada más!"

SADOLETO

Mi querido amigo, eso espero. Ya se pregunta la gente qué derecho podemos alegar nosotros para devorar la substancia universal.

BIBBIENA

Algunas buenas razones pudieran alegarse en favor nuestro. La Iglesia representa la inteligencia; los tesoros que nosotros absorbemos sirven para nutrir y vigorizar la ciencia, las artes y otras buenas disciplinas.

SADOLETO

También sirven, ¡convenid en ello!, para la glorificación y el cultivo de la molicie, del vicio y de la perversidad.

BIBBIENA

Lo admito; pero no hay tela sin revés. Toda sociedad culta es una sociedad corrompida. ¿Es que por eso hay que volver a la barbarie? Tal vez ésta sea insensible a los halagos pagados de las bellas cortesanas; pero despanzurra a los pri-

sioneros de guerra y tizna con sangre la faz horrible de sus ídolos... Perdonadme si interrumpo aquí nuestra conversación. He dado cita en mi residencia a nuestro querido Rafael; quiero reñirle por cierto asuntillo. Si no tenéis algún quehacer muy apremiante, venid conmigo y añadiréis vuestra moral a la mía. ¿Qué decís a esto?

SADOLETO

Que con mucho gusto, amigo mío; bajemos.

Bibbiena y Sadoletto salen con majestad de la sala, cruzan las galerías y los aposentos pontificios; la multitud de funcionarios y soldados del Sacro Palacio les deja paso y les saluda con respeto. Al pie de la escalera encuentran a sus propios oficiales, secretarios, caudatarios, camareros, gentileshombres y servidores de todos los grados. Acercan las mulas engualdrapadas; sostienen por los sobacos a los dos dignatarios para ponerlos en la silla de montar. Se ponen en marcha y entran en las calles de Roma. La escolta abre paso por en medio de la muchedumbre, que se aparta y vuelve a reunirse. De vez en cuando, uno u otro de los dos príncipes de la Iglesia levanta el brazo y da la bendición a los frailes, a las mujeres, a los mercaderes, a las gentes del pueblo, que se arrodillan al verlos.

BIBBIENA

¡Contemplad ese conjunto abigarrado de caras y vestimentas!

SADOLETO

Es un espectáculo que nunca me cansa. Me parece propio para excitar la imaginación más perezosa. Vemos aquí una muestra de todos los pueblos del globo.

BIBBIENA

¡Qué estampa tan arrogante tienen esos españoles! Es el pueblo dominador en nuestros días; y desde que han descubierto las Nuevas Indias, no tienen límites ni su orgullo ni su rapacidad. El último de ellos se considera como un pequeño rey.

SADOLETO

¡Y allá, en aquella rinconada, esos tres portugueses! En la expresión de su rostro se nota que los conquistadores de Goa y de Diu no ceden en altanería y en presunción a sus vecinos del Guadiana. ¡Pero mirad también a esos franceses, cuellerguidos, arrastrando la espada, burlones y encantados consigo mismos!

BIBBIENA

¡Y allí, allí, esos bravos suizos, más que medio borrachos, que se pelean con unos alemanes!

SADOLETO

Por mi parte os mostraré esos dos ingleses, fríos como estatuas; páranse a contemplar con desprecio a un grupo de sirios y de griegos. Por fortuna, ved ahí al señor Pompeo Frangipani con sus hombres de armas; atropella a los insulares y los echa de su lado. ¡Muy bien hecho! En todo el día no se hubieran movido... ¿Sabéis qué reflexiones acuden a mi mente?

BIBBIENA

¡A mí se me ocurren infinitas! Mi cabeza hierve, sobre todo cuando contemplo esas largas filas de palacios magníficos, esas iglesias, esas torres de tres cuerpos, esas gloriosas columnas liberadas por el esfuerzo de los tiempos de sus destruidos arquivadas y que parecen proclamar todavía los recuerdos de la inimitable antigüedad. ¡Qué marco para un cuadro tan vivo!

SADOLETO

Yo me pregunto a mí mismo cuántos años aún todas esas gentes de un origen tan heterogéneo van a permanecer adheridos a la gran metrópoli, que no parece prestarles otro servicio sino el de quitarles cuanto ganan.

BIBBIENA

Témome que los años no sean en lo sucesivo más que meses.

SADOLETO

¡Dios mío, estáis en extremo pesimista! ¿Es muy seguro que esos pueblos se darán alguna vez cuenta de lo útil y de lo nocivo? Desde hace largo tiempo, la Santa Iglesia vive de la substancia de ellos; y la costumbre es un yugo bastante extraño. Basta que exista una cosa para que la mayor parte de las inteligencias juzguen que debe existir. Por otra parte, en materia de religión, ¿qué desea el vulgo? ¿Pureza? ¿Verdad?... Ni siquiera las sospecha. Ni sus sentidos ni su corazón experimentan la menor necesidad de ellas. Necesitan frases convencionales, y siempre próximamente el mismo bagaje de supersticiones más o menos necias que hemos conservado del paganismo y que éste a su vez tenía desde más antiguo. Eso es para las masas lo que se llama religión, y de eso tendrá siempre sed. El peligro actual estriba en algunas ideas que renacen de continuo, lujo de una minoría, y una minoría necesita muchísimo tiempo para abrir brecha en la locura general.

BIBBIENA

¡Os lo ruego; conceded vuestra bendición a esa anciana que, de rodillas, os presenta sus dos hijos!

SADOLETO

¡Con mucho gusto!... Tiene la cara más respetable del mundo... Que le den un ducado... Prosi-go. Los sabios nos ocasionan sumo daño con su inmoderada manía por el pasado.

BIBBIENA

Tenéis razón; sin embargo, preciso es convenir en que el estilo de los padres es lastimoso; y en cuanto al de las decretales, francamente, me llena de confusión.

SADOLETO

No lo niego; pero tened presente que de eso vivimos. Nos estropean nuestros bienes, nos los denigran... Nosotros mismos los denigramos: vos, Bembo, yo... ¡Y qué más! El Papa en mayor grado todavía que todos nosotros. No deja nunca de soltar una zumba, buena o mala, contra los frailes. Todo el que tiene ingenio y gusto hace lo mismo. Yo no pretendo que no tengamos razón. Pero ¿cómo mantener una institución en cuya santidad afirmamos desde la mañana a la noche que no creemos absolutamente nada?

BIBBIENA

¿Sabéis algún remedio?

SADOLETO

Enfermedades hay que provienen del temperamento. El temperamento de la Iglesia consiste en vivir del engaño. ¡Serían menester tantas reformas y tan profundas! ¡Yo me supongo reformador y consintiendo en hacerme tapicero como San Pablo para cenar una cebolla cruda en una taberna sucia!

BIBBIENA

Sonriéndose.

Me hacéis estremecer.

SADOLETO

¡Juzgar lo que responderían a la proposición de hacer otro tanto León X y cada uno de nuestros reverendísimos colegas! Por lo demás, compartirían su indignación todos los arzobispos, obispos, curas, priores, frailes, prebendados de la cristiandad; como también los príncipes, que me encontrarían sospechoso de hipocresía, de fanatismo, de demagogia, y acaso no les faltara razón. Sin embargo, no estoy lejos de admitir que no tendría sus ventajas una tentativa de ascetismo de vez en cuando. No está mal que cualquier maestro loco, buscando en el fondo de su celda espirituales aventuras, se ponga a pan y agua y se azote de firme. Aparte de que tales accesos de

frenesí placen al pueblo bajo, manteniendo la tradición de los anacoretas de la Tebaida, sucesores de los honrados Coribantes y de todos los isíacos que dieron en la flor de zurrarse a sí mismos desde que el mundo es mundo; eso sirve más tarde para edificar bellas iglesias de pórfido, de mármol, bajo la advocación del santo hombre y hacer en honor suyo pinturas, estatuas de maravillosa belleza... y, finalmente, crear ricos beneficios para eclesiásticos que nada tienen de común con su respectivo santo. Pero ¿hay otros resultados? Yo no puedo percibirlos.

BIBBIENA

¡Dios mío, cuán locos son los hombres! Vivir y dejar vivir: ¿hay nada mejor y más cómodo? ¡Es tan hermoso el mundo! ¡Cuando por todas partes abundan los objetos amables! ¡Cuando tan dulce y fácil empleo puede hacerse de su tiempo, de su mente, de su corazón!

SADOLETO

Y a falta de otra cosa, ¿no bastaría la curiosidad para encantar la existencia? ¡El aspecto de los negocios tiene un interés insuperable! Por ejemplo, la sagacidad de los venecianos es de una enseñanza muy grave; la inconsistencia de los florentinos está llena de sorpresas divertidas. Y ved cómo los franceses adquieren como nosotros

amor a las artes. ¡Cuán curioso es observar los primeros pasos del nuevo César germánico, Carlos V, ese joven de quien todavía nada se sabe!... ¿Gritan?... ¡Qué ruido!... Pero ¿qué hacéis, Ambrosio? ¿Por qué detenéis a ese hombre?

EL OFICIAL

Interpelado.

Monseñor reverendísimo, ¡es un ladrón! Le persiguen los esbirros y él trata de escaparse... ¡Nosotros le hemos cogido!

SADOLETO

¡Dejadle marchar a ese pobre ladrón!... Vete, hijo mío; huye y trata de corregirte... Pues decía yo... Pero ya estamos en vuestra puerta, y precisamente veo al maestro Rafael. Parémonos.

RAFAEL

Seguido de algunos discípulos,
se acerca a los dos cardenales.

¡Excelencias reverendísimas, bésoos los pies!

BIBBIENA

Salud; estoy encantado de verte.

SADOLETO

Salud, querido maestro, dadme la mano.

Los cardenales echan pie a tierra. Entran al palacio, cruzan cumplidos; sígueles Rafael y, hablando los tres, suben la ancha escalera. Su séquito se detiene en una vasta galería; siguen ellos adelante y entran en una sala, adornada con pinturas y dorados, e inmensas cortinas de tejidos de Levante.

BIBBIENA

Amigo, os ruego toméis asiento en este sillón; siéntate tú, Rafael, hijo mío; ponte en este taburete; vienes aquí para que te echemos una buena felpa.

RAFAEL

Sonriéndose.

Me lo sospeché por el estilo de vuestro billete... ¿Es a causa de mi conversación de ayer con dos de vuestros reverendísimos compañeros?

BIBBIENA

¿Qué les has dicho?

RAFAEL

Estaban delante de mi cuadro de los apóstoles, y pretendían que San Pedro y San Pablo estaban demasiado rojos. Yo les contesté que no podían

estar de otro modo, al ver cómo está gobernada la Iglesia. Os aseguro que esas dos señorías partieron sin preguntar más.

BIBBIENA

A Sadoleto.

¿Oís? Es el comentario de nuestra conversación. Ahora se trata, Rafael, de otros asuntos..., ¡de tus intereses, hijo mío! El cardenal Sadoleto quiere tu bien, como yo mismo, y delante de él podemos hablar con claridad.

RAFAEL

Uno y otro me colmáis de bondades. Yo sería el último de los ingratos si lo desconociese.

BIBBIENA

Desde la muerte de tu prometida, mi pobre sobrina, mi querida María, yo no sé qué imaginar para establecerte. Dínoslo tú mismo: ¿no tienes algún designio sobre este particular? Ya es tiempo de pensar en ello. No siempre serás joven, y dentro de muy poco cumplirás treinta y siete años. Por mi parte, me voy haciendo viejo. Quisiera ver asegurado tu porvenir y presentarte ante ti la vida sólida, serena, tranquila y tal como la necesitas para producir libremente las obras maestras que hay derecho a pedirte, porque eres en esta tierra una criatura única.

SADOLETO

A ti y a Miguel Angel se os puede llamar como Horacio a los Dióscuros: *Lucida sidera*.

RAFAEL

He llorado la prematura muerte de mi prometida, María de Bibbiena. La he llorado a la pobre joven por sus cualidades propias y también porque, tocándoos tan de cerca, habría venido a mí como esposa. No obstante, yo no os lo oculté: jamás he pensado con confianza en el matrimonio. Son bienes que no me atraen. Gusto de mi libertad, pláceme ante mis ojos una lontananza sin barreras; tengo amor a la vida; y para enseñaros sin velos el fondo de mi corazón, amo hasta la idolatría el recuerdo de otra que perdí, única en el mundo que hubiera podido hacerme cambiar de opinión.

BIBBIENA

No hables de tu pobre Beatriz... No hables de ella... Ese recuerdo te affige.

RAFAEL

Si me affige, me ennoblece. Aquella criatura adorada me hizo el bien de darme a conocer a qué desinterés y bondad puede llegar el afecto más noble; desde el seno de la muerte me envía aún

esa renovación de una celeste melancolía, fuente pura que sin ella jamás habría conocido. Su memoria me envuelve como un velo de crespón cuyos pliegues nada tienen de pesados y que yo no quisiera arrojar. El cariño que nos unió arde en mí cual una lámpara encendida en las antorchas de la inmortalidad. Por agradaos consentí en una alianza a la cual bien sabíais que no me llevaba mi voluntad... El cielo me lo ha permitido... No hablemos más de nada semejante.

BIBBIENA

¿Pretendes entonces permanecer en la inconstante independencia de la juventud? Respeto tus motivos; pero no es menos cierto que tú consientes en seguir siendo el hombre de lo imprevisto, de la aventura y no conocer nunca esa madurez de existencia que conduce, ella sola, a la consideración civil, sin la cual no puede pasarse ni el genio mismo.

RAFAEL

¿Desde qué altura tan grande tomáis las cosas, reverendísimo señor! Y en el semblante de monseñor Sadoleto noto que participa de vuestras ideas.

SADOLETO

Hijo mío, el arte es una gran creación de Dios y enteramente igual, en mi sentir, a la literatura

por dignidad y poder. Sin embargo, una existencia sentada y bien equilibrada trae a quien la posee consuelos necesarios en las miserias de la vida.

RAFAEL

Paréceme que esa meta puede alcanzarse sin que sea necesario tomar mujer. Tengo horror al desorden de usos y costumbres; es una causa de esterilidad para un artista y la peor de las esclavitudes. Pero no me faltan medios ni voluntad para librarme de él. Soy de seguro el más rico de los artistas, y a pesar del tren, un poco dispendioso, que gasto y que me parece obligado para satisfacción de mis gustos y libertad de mi espíritu, no dejo de llevar la atención convenientemente a ese género de interés. En este momento poseo en la ciudad de Roma una propiedad de dos mil ducados, la cual me produce una renta de cincuenta escudos de oro. La superintendencia de las obras de San Pedro me ha sido conferida por el Papa desde la muerte de Bramante, y me vale un sueldo anual de trescientos ducados; además, estoy en vías de obtener dentro de poco otras ventajas de la misma suerte. Su Santidad, al encargarme pintar una nueva sala en el Vaticano, me ha señalado al efecto mil doscientos ducados. Estos últimos días me nombraron inspector de los monumentos antiguos, cargo que me asegura amplios beneficios; y por todas partes me piden cuadros, por los cuales obtengo el precio

que me place. En tal situación, me rodeo a mi antojo de sirvientes fieles y atentos, llevo una existencia sin igual y no tengo ninguna necesidad de instalar en mi casa una esposa y un hogar, fuente de enojos más que de satisfacciones. Dicho esto, haríais bien en venir a visitar conmigo mis trabajos en San Pedro, y después iríamos a tomar sorbetes en mi viña.

SADOLETO

No razona mal, ¿no os parece? En verdad, es un sacerdote como vos, aun cuando sirve a una divinidad profana; y lo que más aprecio entre mis deberes eclesiásticos es la feliz desdicha del celibato.

BIBBIENA

Sea; no volveré a hablar más de todo esto. Pero, Rafael, yo quisiera verte cuidar más de tu salud. Trabajas demasiado, te diviertes demasiado. Tus accesos de fiebre me inquietan; tengo mucho miedo de ellos; te consumes más de prisa de lo que conviene.

RAFAEL

Nunca me he sentido tan fuerte y tan libre en mis miembros. Acabo ahora de asistir a las excavaciones del Campo Vaccino. He estado cuatro horas dentro de las zanjas. ¡Cuán arrobado estuve esta mañana! Ahora, vamos a San Pedro.

BIBBIENA

¡Bien; vamos! Lo menos hace dos días que no te había visto, hijo mío, y el tiempo me parecía largo.

SADOLETO

¡Reparémoslo! Esta noche, cuando hayamos descansado bien, os leeré la deliciosa elegía dirigida por nuestro amigo Guidus Posthumus Sylvester al Papa. Es una de las más pasmosas poesías latinas de que jamás tuve conocimiento:

*Heu! Quam nostra levis, quam non diuturna voluntas.
Quam juvat ingratum saepe quod ante fuit!*

Y todo continúa en este tono. ¡Es admirable!

EL TALLER DE MIGUEL ÁNGEL

Habitación fría y tenebrosa. La obscuridad es profunda. Una estatua, apenas desbastada, sobre la cual cae la luz de una pequeña lámpara de cobre, que tiene en la mano Antonio Urbino, el criado del artista. Este último se ocupa en terminar una especie de cascos de cartón, cuya cimera está abierta y dispuesta de modo que sirva de recipiente.

MIGUEL ÁNGEL

¿Ves, Urbino? ¡Decías que yo lo conseguiría! Pues lo he conseguido perfectamente. Ahora, dame la lámpara.

URBINO

No se tendrá ahí dentro. Se va a caer y os quemará el pelo. ¡Buena invención se os ha ocurrido!

MIGUEL ÁNGEL

¡Te digo que se tendrá! ¿Por qué no quieres que se tenga?

URBINO

No es que yo no quiero que se tenga, sino que no se tendrá.

MIGUEL ÁNGEL

¡Vamos, testarudo! Dame tu lámpara, arrolla fuertemente este alambre alrededor de la base...; dale otra vuelta más... ¡Bien! Ahora meto la máquina ahí dentro; sujeto aquí el alambre... ¡Bueno! ¿Lo ves?... Se sostiene.

URBINO

Al moveros a un lado y a otro, cuando tengáis esto en la cabeza vais a prender fuego al cartón.

MIGUEL ÁNGEL

¡De ningún modo! La abertura es ancha, y la llama tiene todo el sitio necesario para oscilar a derecha e izquierda. ¡Magnífico! En lo sucesivo trabajaré por la noche y con efectos de luz sobre el mármol, que me darán los más bellos resultados.

URBINO

Mejor haríais en acostaros. Siempre tenéis unas ideas como nadie las tiene.

MIGUEL ÁNGEL

Esto es muy cómodo de llevar. No siento ninguna incomodidad en la cabeza. Dame el mazo y el cincel plano... aquí... en la caja de madera.

URBINO

Yo os digo, yo, que mejor haríais en ir a acostaros en vez de trabajar como un pobre mercenario. Bien sabéis que su excelencia la señora marquesa no está contenta cuando os fatigáis demasiado.

MIGUEL ÁNGEL

¡Bueno! Mañana por la mañana vas a preguntar por ella y le dices que es mi mujer la que no quiere que yo me acueste.

URBINO

¿Vuestra mujer? ¿Vuestra mujer? ¿Qué es eso?

MIGUEL ÁNGEL

Está ahí, a mi lado, mirándome con sus hermosos ojazos. Me empuja el brazo y me dice: "Miguel Angel, trabaja, trabaja para tu gloria y mía." Y me enseña la punta de una hoja verde que tiene en la mano y que es de laurel.

URBINO

Esos son modos de hablar que no os impiden fatigaros hasta morir.

MIGUEL ANGEL

¡Desde hace mucho tiempo no había sido tan feliz! Hay una obscuridad profunda, y a la luz de esta lamparita percibo mundos de ideas... ¿Qué hora será?

URBINO

Supongo que no debe faltar mucho para media noche. Haríais bien en acostaros.

MIGUEL ÁNGEL

Llueve a cántaros. Se oye golpear el agua en los tejados y caer a las losas del patio como un ancho río. La tempestad ha sido terrible. Relámpagos surcan la negrura reluciente de los vidrios. Pero en el fondo de esos ruidos severos, ¡qué calma! A lo lejos retumba la tormenta sorda y majestuosamente; pero ninguna voz humana, ninguna voz falsa, embustera, chillona, presuntuosa o estúpidamente arrogante se alza para irritarse. ¡Puede uno crear..., tiene uno la inteligencia libre..., es uno dichoso!... Se está por eso todo entero en lo que merece la pena de que a uno le posea; y el seno compacto y prieto del mármol

se entreabre; comienza ya a desprenderse esta cabeza viviente... Blanca, blanca, estremécese bajo el cincel que liberta cada uno de sus rasgos... Salen de la materia..., hablan... ¡Urbino!

URBINO

¡Señor!

MIGUEL ÁNGEL

¡Que te estás durmiendo en ese escabel! ¡Tú eres quien haría bien en irse a buscar la cama!

URBINO

No puedo. Cuando durmáis vos, dormiré yo; pero no antes.

MIGUEL ÁNGEL

¡Vaya una extraña terquedad!

URBINO

Cierto es que no soy joven, y el velar me fatiga; pero la señora marquesa me ha dicho: "Mientras tu amo no descansa, no descanses tú tampoco, y veremos si pretende abusar de las fuerzas de su viejo sirviente."

MIGUEL ÁNGEL

Concédeme unos instantes más; tengo que terminar una cosa.

URBINO

Algunos instantes, pero nada más. La señora marquesa desea expresamente...

MIGUEL ÁNGEL

¡Bueno, bueno!... Cuéntame una historieta para tenerme despierto.

URBINO

Hoy he ido a casa de vuestro notario.

MIGUEL ÁNGEL

No hablemos de eso.

URBINO

Dice que las dos muchachas a quien habéis dotado son personas muy respetables.

MIGUEL ÁNGEL

Lo celebro. Quisiera que fuesen felices; son unas criaturas amables, aunque muy feas.

URBINO

También he visto a vuestro sobrino; vino después que salisteis.

MIGUEL ÁNGEL

Muy bien. Si por acaso volviese, dile que me deje en paz y se vaya a sus quehaceres.

URBINO

Piensa, y con razón, que su ocupación más urgente es daros las gracias por los tres mil escudos que le habéis dado; y eso que no sois rico.

MIGUEL ÁNGEL

Sabe que le quiero; no tiene por qué darme las gracias.

URBINO

Señor, da la una..., una hora después de media noche...

MIGUEL ÁNGEL

He terminado...; estoy muerto de hambre. ¿No tienes aquí nada de comer? Mira en el arcón.

URBINO

Voy a ver... ¡Ah, vuestra casa no está, ciertamente, puesta a lo grande. Tan pronto como tenéis dinero es para dárselo al primero que llega.

MIGUEL ANGEL

El hombre no tiene necesidad de mucho para su cuerpo. Pero sus fuerzas no bastan para elevar su alma.

URBINO

Aquí hay pan...; está un poco duro..., y un pedazo de queso, y hasta un poco de vino en el fondo de la botella.

MIGUEL ÁNGEL

¡Excelente! Tráeme todo eso.

Se quita el casco de cartón. Pone la lámpara sobre una tabla y come de pie, mirando a su estatua. Llamen a la puerta con violencia.

¿Quién puede venir a estas horas? ¡Mira por el ventanillo!

URBINO

¿Quién llama?

UNA VOZ

Soy yo, Antonio Mini... ¡Abrid, señor! Soy yo, vuestro discípulo. ¡Tengo grandes noticias que daros!

MIGUEL ÁNGEL

¡Mi discípulo, Antonio Mini!... ¡Abre!... ¿Se trata de alguna desgracia?

ANTONIO MINI

¡Ah, señor, una gran desgracia!

Entrando.

MIGUEL ÁNGEL

¿Qué tienes?... ¡Estás muy pálido!

ANTONIO MINI

¡Rafael se muere! Sin duda que a estas horas habrá muerto.

MIGUEL ÁNGEL

¡Rafael!... ¡Dios del cielo!...

ANTONIO MINI

Estaba yo en su taller, con dos de sus discípulos: Timoteo Viti y el Garófalo. Serían eso de las tres. Un criado vino a decir que el maestro se encontraba malo. Tenía fiebre desde ayer tarde.

MIGUEL ÁNGEL

¿Desde ayer? Eso no me extraña. Es un hombre de complexión delicada, muy femenina, medio infantil. Pasa demasiado tiempo en el trabajo y mucho más en sus placeres. Hace cuatro días le encontré en las excavaciones de Campo Vaccino, y recuerdo haberle prevenido que desconfiase de las tierras removidas en semejante estación. ¿Dices que está peor?

ANTONIO MINI

Si no ha muerto, no llega al amanecer. Se hizo conducir a su taller; sí, yo le he visto blanco

como un sudario, medio muerto, con los ojos fijos en el cuadro de la Transfiguración... Junto a la cama, que le habían hecho a escape, hallábanse sus amigos los cardenales Bibbiena, Sadoletto y Bembo, así como otros señores a quienes no conozco... A la cabecera estaba el Santo Padre. León X lloraba y se enjugaba los ojos.

MIGUEL ÁNGEL

Urbino, dame mi gorra, mi capa. ¡Tengo que ir allá!... ¡Rafael, morir!... ¡Ah, Dios mío! ¿Es posible?... ¡Dame pronto, partamos!

URBINO

¡Aquí, aquí, señor! Dadme tiempo a encender una linterna; quiero alumbraros.

MIGUEL ÁNGEL

¿Dices que ya no hay ningún recurso? ¿Estás seguro? ¿Habían llamado a los médicos?... ¿Qué han dicho, que han hecho? ¡Vamos!

ANTONIO MINI

Médicos no faltaban; estaban allí el del Santo Padre, el maestro Jacobo de Brescia; además, el maestro Gaetano Marini y otros. Todos tenían un aire muy triste y meneaban la cabeza, haciendo señal con los ojos de que su ciencia se había agotado ya.

MIGUEL ÁNGEL

¡Vamos!... Urbino, ¿estás listo?

URBINO

¡Señor, aquí estoy!

MIGUEL ÁNGEL

¡Marcha delante, ligero!

Salen a la calle, profundamente obscura; en el entretanto ha cesado de caer la lluvia; se hace un desgarrón en las nubes, rápidamente empujadas unas sobre otras por el viento, y deja percibir parte del disco de la luna, cuya blanca luz ilumina un poco lo alto de la casa y el camino. Se oye un gran ruido de pasos.

¿Qué tumulto es ese?

URBINO

Lo sabremos después de doblar la esquina de la callejuela.

ANTONIO MINI

¡Avancemos!... ¡Cuidado con ese charco, maestro!

Sostienen a Miguel Angel por un brazo. Pasa rápidamente y en desorden una numerosa tropa de oficiales y soldados, sirvientes y portadores de antorchas, las cuales proyectan una luz roja en las fachadas de las casas; en medio de ese cortejo, avanza la litera pontificia, con las cortinillas echadas.

MIGUEL ÁNGEL

¿Qué significa esto, señor?

A un camarero.

EL CAMARERO

Es el Santo Padre, que regresa al Vaticano.

MIGUEL ÁNGEL

¿Es que Rafael?...

UNA VOZ

Rafael ha muerto, y Miguel Angel queda solo en Italia.

Pasa el cortejo. Miguel Angel cae sentado en un banco de piedra. Las nubes se han separado. Brilla la luna, en medio de una atmósfera profunda.

MIGUEL ÁNGEL

¡Quedo yo, es verdad!... Me quedo solo. El año último se fué Leonardo... Ahora, él; y todos aquellos a quienes los tres conocimos y escuchamos, partieron desde hace largo tiempo. Es verdad; me quedo solo. Hubo un tiempo en que me hubiera gustado ser solo, el único, el más grande, el confidente exclusivo de los secretos del cielo creador. Me figuraba que el parecerme al sol, en medio del mundo, sin par, sin rival, era la más admirable parte de la felicidad que pudiera apetecerse... ¡Como si hubiera alguna cosa peor que estar solo en la tierra!... Durante años, no amé a Leonar-

do... Reñía a Rafael en el fondo de mi corazón. Para convencerme de ello, me repetía a mí mismo que no les estimaba... Sí, sí; hubo días en que tú, Miguel Angel, no fuíste sino un pobre miserable, corto de vista y limitadísimo de alcances, al vituperar y desconocer lo que no era a ti semejante; y, porque es verdad te lo digo, ¡a quien valía tanto como tú y tal vez más! ¡Ahora tengo lo que deseaba mi necesidad! Los astros se han extinguido en el cielo, y ya estoy solo... bien solo, ¡y me ahogo en mi aislamiento!... Sin embargo, aun queda el Tiziano: es un gran genio, es un alto espíritu... Queda Andrés del Sarto... Queda... Pero no, ¡ay de mí! Por grandes que sean, no son iguales a Leonardo ni a aquel que está tendido ahora allá abajo... ¡Ah, cuánto valía éste!... ¡Belleza, finura, gracia, gentileza, y en sus dichos y en sus miradas, la miel divina!... ¡Todo lo que yo no tengo, lo que no alcanzo!... ¡Todo lo que no soy!... ¡Aquél que fué tan amado y que tanto lo ha merecido!... ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¿Qué es lo que siento? ¿Qué es esto que en mí se agita y me arranca lágrimas de estos ojos que no querían llorar nunca?... ¿A qué pensar en ello? Sí, un río doloroso surge y corre por el fondo de mi pecho, brotan las lágrimas de mis párpados y surcan mis mejillas, cayendo sobre aquel de quien rezongué siempre, de quien huí, que era mejor y más amado del cielo que yo. Ella me lo había dicho, ella... Victoria... Ella me lo ha dicho siempre y yo no quería admitirlo. Pero, bien lo sé, en

el fondo estaba yo conforme; y ahora que el rayo de la muerte acaba de cruzar entre él y yo, que permanezco aquí con los pies en el fango del mundo, mientras se me aparece en el seno de Dios su noble y encantadora faz resplandeciente de claridades celestes, veo cuán poco sincero y cuán pequeño era yo. No..., no. Tiziano y los demás, por admirables que sean, no son iguales a esos grandes hombres; ¡ahora, idos ya! En torno de ellos y de mí, que aun quedamos, la luz se empaña y aleja, alárganse las sombras... Sí, ya estoy solo; y el aire glacial del sepulcro que acaba de abrirse me azota el rostro. ¿Qué será de las artes? Y nosotros, los que tanto hemos esperado, querido tanto, imaginado tanto, trabajado tanto, en definitiva, ¿en qué habremos sobresalido y qué legaremos a la posteridad que nos sigue? ¡Ni siquiera la cuarta parte de lo que habría sido preciso hacer!

Se cubre la cara con las
manos.

URBINO

Vamos, señor, vais a coger frío.

ANTONIO MINI

Dadme el brazo, y entremos en vuestra casa.

MIGUEL ÁNGEL

Cierto; hay que conservar las fuerzas y trabajar por tan largo tiempo como nos agarrote la cadena de la vida.

LA PLAZA NAVONA

Un caballero francés, un caballero inglés, un franciscano
flamenco, un cicerone.

EL CICERONE

Desde que os vi de lejos, excelentísimos señores, dije para mí: "Esos son unos personajes de la mayor importancia, a quienes el deber te obliga a ir a hacer reverencia cuanto antes y ofrecerles tus servicios."

EL FRANCÉS

Yo soy de Champaña, y mis tierras de Brandicourt son bien conocidas. Mi amigo viene de Londres, y hemos tomado a escote para nuestro servicio a este buen padre; él nos sigue, nos cepilla la ropa y anota las observaciones que hacemos en nuestro viaje.

EL CICERONE

Mi felicidad llega al colmo por haber tenido un encuentro tan halagüeño como el de vuestras

excelencias ilustrísimas. Disfruto en esta ciudad una consideración bastante grande, y (¡Dios mío!, puedo decirlo) se concede mucho menos a mi pobre mérito que a la grandeza de mi nacimiento y al crédito de que gozan mis parientes con el Santo Padre. Me veis dichoso al poner a vuestros pies todo cuanto soy; os haré contemplar a Roma en sus más preciosos detalles, y os explicaré punto por punto todos sus atractivos.

EL INGLÉS

Eso será muy agradable; pero ¿nos llevaréis, quizá, muy caro?

EL CICERONE

Magníficos señores, me daréis lo que os venga. En todo caso, estad convencidos de ello, me tendré por pagado con exceso por vuestra bondad. No aspiro más que al honor de servirlos.

EL INGLÉS

¡Es que yo quiero conocerlo todo!

EL CICERONE

No hay nada más fácil.

EL FRANCÉS

Ya comprenderéis. Mi amigo y yo no hemos venido a Italia con otro fin sino el decir después

en las buenas reuniones: “¡Yo he visto esto, lo otro y lo de más allá!” Sería para nosotros muy mortificante llegar a saber demasiado tarde que había alguna cosa que no hubiéramos visto.

EL CICERONE

No temáis nada de eso. Comenzaremos ahora mismo, si os place. Tenemos esta calle. Voy a hacer admirar al paso el Campo Vaccino; era el sitio donde los antiguos romanos celebraban sus asambleas.

EL INGLÉS

¡Quiero verlo en seguida!

EL CICERONE

Al instante vais a verlo. Allí es donde fué asesinado el famoso Pompeyo...

EL FRANCÉS

Padre Juan, apuntad esto en vuestro cuaderno.

El padre Juan escribe.

EL CICERONE

Luego iremos a visitar el Vaticano, donde uno de mis primos, que goza de mucha confianza con el Santo Padre, nos dejará pasear por una friolera.

EL FRANCÉS

Quiero ver los cuadros de ese pintor que murió el otro día y a quien le hicieron tan bonito entierro... ¿Cómo se llamaba?

EL CICERONE

El maestro Rafael, querréis decir.

EL FRANCÉS

Dicen que era un hombre de lo más..., de lo más... habilidoso. Me han dicho que hasta el rey le había encargado trabajo.

EL INGLÉS

¡Ah!, sí, era un hombre a quien me hubiera gustado mucho ver... Pero, en fin... ¡Como ha muerto!... Cuando hayamos visitado el Vaticano iremos a comer a la hostería donde mejor se coma.

EL CICERONE

Ilustrísimos señores, no era otra mi intención, y haré que os sirvan una comida que os pasmé.

EL INGLÉS

Padre Juan, tomaréis nota de los platos y del modo de prepararlos.

EL FRANCÉS

¿Y no nos proporcionaréis también el conocimiento de algunas amables damas?

EL CICERONE

¡Estoy pensando en ello! Se me ocurren dos, en este momento, y a casa de las cuales pienso llevaros esta noche: quedaréis encantados de ellas. Cenaremos en su casa, tendremos un concierto instrumental, y toda la vida me daréis las gracias por la tertulia donde seréis admitidos; porque no os oculto que son unas personas admirables y relacionadas con todo lo más eminente que hay en Roma. Como gustan mucho de los señores extranjeros, tengo el placer de llevárselos algunas veces.

EL INGLÉS

Padre Juan, pondréis por escrito el nombre de esas damas, a fin de que podamos honrarnos en decirlos cuando estemos de regreso en nuestro país.

EL CICERONE

Pongámonos en camino, si gustáis; porque allá veo a derecha e izquierda dos caballeros que parecen dispuestos a venir a ofrecérseos como guías, y no quisiera que cayeseis en tan malas manos.

EL FRANCÉS

¡Diablo! ¡Bonito palacio! ¿De quién es?

EL CICERONE

Es del Ammirato.

EL FRANCÉS

Al traile.

Escribir, padre Juan, que hemos visto un palacio de Amurates... ¿Es el gran sultán turco?

EL CICERONE

¡Precisamente, magnífico señor!

Siguen andando.

F E R R A R A

Gabinete de madama Lucrecia, en el palacio ducal. Madama Lucrecia está sentada junto a una ventana abierta, que da a un patio interior. Viste traje sencillo, de tafetán de aguas negro, y las mangas y el cuello son de muselina, con muy pocos bordados. Sus negros cabellos, arreglados con primor bajo su cofia de terciopelo, dejan entrever algunas hebras grises y blancas. El carácter de su fisonomía es grave y reposado. Madama Lucrecia está leyendo con atención un tomito, encuadernado en taflete leonado, y en cuyo lomo hay puesto el título, *De Imitatione Christi*. Al cabo de unos instantes deja el libro abierto en el alféizar de la ventana, va hacia una gran mesa, se sienta, toma una hoja de papel y entintando la pluma escribe la siguiente carta:

"A su excelencia reverendísima monseñor cardinal Bembo, en Roma.

"Al servirme aquí de la lengua latina, respetadísimo y muy caro señor mío, estad seguro de que no cedo a un vano deseo de ostentar a vuestros ojos mis humildes conocimientos. Aun mucho menos debéis pensar que me atreviese a competir en elocuencia con el genio superior que ha hecho revivir entre nosotros el bello estilo y el honesto lenguaje de quien antaño escribió acerca de la Vejez y del Deber. Tal vez en otro tiempo hu-

biera podido ser esclava de tan frívolos pensamientos; hoy empleo el latín por la doble razón de ser una lengua grave y adecuada a nuestras edades, y además por seros cara; yo quiero siempre aparecer ante vuestro espíritu de la manera más propia para ser bien recibida.

"Si no contesté inmediatamente a vuestra carta de los idus de septiembre último, consistió en que tenía cuidados con los cuales no quise entristecer vuestra fiel adhesión. Monseñor el duque ha estado enfermo, y de tal manera que llegó a causarme vivas inquietudes. Ya no es joven; y el cúmulo de fatigas guerreras y de cavilaciones de gobierno hácese sentir cruelmente en todos sus miembros. Pasé tristes días junto a su lecho de dolor; ahora ha mejorado y vuelvo a vos un poco consolada, fortalecida en mi ánimo, mas no curada sin duda. La existencia se ha prolongado harto para mí. Excesivos recuerdos tristes, sobrados pesares por muchas cosas pretéritas gravitan sobre mi corazón. El amor a las letras, antes tan poderoso para recrear a mis ocios, ha perdido parte de su prestigio; sólo me sostiene la religión; junto a sus promesas tiene también bastantes amenazas.

"No son estas impresiones las que a una le gustaría que compartiese un amigo tan querido como vuestra excelencia reverendísima. Vos tenéis vuestras penas, vuestras inquietudes; yo quisiera consolarlas. ¿Sería para ello buen medio el fatigaros con mis preocupaciones? Yo no lo creo,

y por esa causa os escribo poco; pero lo mismo que estoy bien segura de vivir constantemente en vuestra memoria, debéis pensar también vos que vuestro recuerdo vaga de continuo por los escondrijos de mi corazón. Pensadlo, pues; y pensadlo sobre todo en aquellos momentos en que podáis asociarme al servicio de Dios. Sólo Dios me sostiene; espero solamente en Dios, y me asombra el haber jamás dirigido a otra parte mi vista. Tiemblo ante sus juicios, cuyo rigor, sin duda, he merecido harto. Pero vos me enseñasteis a esperar también en su misericordia; y paréceme a ratos que mis culpas, haciéndome más sumisa a los afectos de su bondad, me sirven a lo menos para redoblar los fervores de mi amor a Él.

"Adiós, amigo mío. No dejéis de dar gracias a Su Santidad por las afectuosas palabras con que recientemente se ha dignado honrar a su sierva, y rogad vos una vez más por la que tanto lo necesita.

"Dado en Ferrara, a dos días de la calenda de Enero.—*Lucretia Borja, Duchess. Ferrar.*"

BRUJAS

Un salón con techo artesonado de roble esculpido. En los frisos, los escudos de las provincias belgas, pintados y dorados; sobre la gran chimenea, el blasón del Imperio; sobre la pared, frente a una ventana con vidrios de colores, un gran cuadro de la escuela alemana, representando el Juicio final. Es de noche. En una mesa, una lámpara encendida y unos despachos abiertos. Carlos V, en un sillón ante la mesa, ocupado en escribir.

UN PAJE

Entrando.

El reverendísimo cardenal de Utrecht se pone a los órdenes de Vuestra Majestad imperial.

CARLOS V

¡Que entre!

ADRIANO

¿Me ha mandado llamar el César?

CARLOS V

Acabo de saber la nueva de la repentina muerte de León X. Quiero hablar de esto contigo.

ADRIANO

¿Ha muerto León X? No era de esperar; sólo tenía cuarenta y seis años. ¿Os dan detalles?

CARLOS V

Mis embajadores me escriben que el Papa ha sufrido un sofoco con la alegría de saber la toma de Milán y que sus tropas habían hecho huir a los franceses. Pero aquí tengo un informe secreto del maestro del Sacro Palacio, Paris de Grassis, que me da motivo para creer en un envenenamiento.

ADRIANO

¿Habrán asesinado al Papa? ¿Y por qué?

CARLOS V

¿No había él hecho dar muerte a Petrucci y despojado a mucha gente? Sea lo que fuere, León X ha muerto. Siéntate.

Adriano se sienta junto a la mesa.

¿Qué piensas de este suceso?

ADRIANO

La cristiandad permanece en un triste estado. Los franceses fueron batidos, pero volverán a la carga.

CARLOS V

Tienes razón; Francisco I no vivirá en paz; es de un carácter travieso; tiene muchos defectos y cualidades temibles. Quería la corona imperial. Yo la he cogido. Quiere la Borgoña, quiere Flandes; todo lo que él quiere sería menester que me lo arrancase a mí; mas, con ayuda de Dios, no lo permitiré.

ADRIANO

Graves consideraciones son esas; pero os confieso, señor, que en este momento, y contemplando en mi mente que la cátedra de San Pedro está vacía, me entristezco por causas aun más graves. Nunca se vió la religión en tan grave peligro. Desde hace unos años va camino de la catástrofe; ha llegado al borde del abismo.

CARLOS V

Ha llegado al borde, y el precipicio no tiene fondo. Dices verdad cuando aseguras que ese peligro es más intenso y más temible que los otros, porque todo en el mundo, todo en el universo depende de este poder, la religión, encargado de dominar cielo y tierra; y si peligra este poder, todo habrá de hundirse sin misericordia. Yo no dejaré que se hunda.

ADRIANO

Grandes cosas habéis realizado ya en el manejo de los asuntos religiosos de Alemania.

CARLOS V

Son inmensos los riesgos por ese lado; y si yo no hubiese detenido bruscamente el carro al que arrastraban fogosos caballos, el mal no tendría ya remedio. ¡Yo no quiero tolerar la herejía! Jamás pactaré con los peores de todos los rebeldes; no dejaré que sigan respirando, en un reposo para mí nocivo, los fautores de esos escandalosos, ponzoñosos, imperdonables desórdenes. ¡Cómo! ¿La fe de Cristo está amenazada? ¿Y quién la defiende? ¡Yo, el César! En cuanto al vicario de los apóstoles, cree (me equivoco... ¡por fortuna!... creía, quiero decir) que Lutero escribe bien; gustábanle sus cartas; no hablaba de este incendiario más que de dulzura y paciencia... ¡Pero aquí estoy yo!... ¡Sin mí hubiera triunfado el infierno!

ADRIANO

Dios os ha suscitado como un Gedeón.

CARLOS V

Extraño es que ni el Papa ni Francisco I hayan comprendido adónde nos llevan esas noveda-

des. Basta ver el apresuramiento con que los pequeños príncipes las adoptan y los particulares se engríen con ellas. Esas condenables doctrinas respiran el veneno de la independencia y de la anarquía. Darían razón a los electores contra mí, a los vasallos contra los soberanos, a la canalla inquieta contra los habitantes de las ciudades. Imaginábase el Papa que dejando a cada uno el derecho de despotricar a sus anchas no resultaría de ello mayor mal que de permitir a los villanos emborracharse el domingo por la tarde. Pero llega un momento en que el borracho está lo bastante enfermo para caer en frenesí; y lo veo con claridad: ya es tiempo de ahogar la licencia... El mundo se llena de insolentes libelos de cierto Ulrich de Hutten. Sin contar otros. ¿Eres de mi parecer?

ADRIANO

No lo dudéis. Dos vicios se dan la mano y con la otra fomentan el desorden, mortal enemigo de la religión y, por ende, del mundo: la perversidad eclesiástica y la tolerancia impía, hermana de las malas costumbres.

CARLOS V

¿Admites, pues, mi opinión de que el Papa futuro debe romper con los hábitos mundanos de los pontificados precedentes?

ADRIANO

¡Si titubea, estamos perdidos! Es menester que sea un Papa y no un príncipe, un teólogo y no un letrado, un asceta y no un voluptuoso, que viva de pan mohoso y hierbas groseras y no de sofisticados manjares servidos en platos de oro. ¡No quiero para él sino escudillas de madera! Es preciso que con su palo de mendigo rompa los ídolos de los antiguos paganos de que están llenos los sacros palacios, con horrible escándalo de las conciencias; y que, lejos de escuchar con delicia las redundantes frases de los Bembo y de los Vida, mande esas gentes a las prisiones del Santo Oficio y les haga gustar allí la más amarga penitencia. ¡Sí, César! ¡Penitencia, penitencia: esto es únicamente lo que puede salvar el mundo! Digo salvarle en esta vida mortal de las terribles convulsiones excitadas por la ciencia; y en la vida inmortal, salvarle de las llamas vengadoras, cuyos castigos merecemos cada vez más.

CARLOS V

Un Papa austero y santo, un emperador resuelto a compartir sus trabajos y no desmayar nunca en la defensa y glorificación de la fe: ¿crees tú que esas dos potestades, bien unidas una contra otra, pudieran conseguir salvar al mundo?

ADRIANO

Existe aquí abajo cierta suma de dominación: jamás es más grande ni más pequeña; pero las diferentes épocas, las diferentes razones de Estado la distribuyen de muchas maneras. Lo que en este momento quieren Lutero y sus fautores, lo que toleran los alocados sacerdotes de la corte pontificia, es la extrema subdivisión de esta preciosa fuerza, la cual va perdiéndose en manos de los indignos. Pero si el Papa y el César están de acuerdo para concentrar en ellos la autoridad soberana entera y no emplearla sino para el triunfo de la Cruz..., ¡qué espectáculo, qué felicidad universal!

CARLOS V

¡Yo soy el César y tú eres Papa!

ADRIANO

No temo decirlo: eso sería para mí una gran desventura, para mí cuyos años postreros necesitan descanso; pero sería una dicha para las almas, pues nada escatimaría yo en el negocio de su salvación.

CARLOS V

No me has comprendido. ¡Lee estos despachos! El conclave se ha reunido inmediatamente des-

pués de morir León X. Presenté la verdad a la vista de los cardenales, viéronla ellos y te han nombrado. El Espíritu Santo ha descendido sobre ti. Tú eres el Papa, digo, como yo soy el Emperador.

ADRIANO

Junta las manos y las tiene apretadas contra el pecho. Cierra los ojos y sus labios murmuran una oración en voz queda. Un momento de silencio.

Me he recogido. ¿Qué circunstancia podría exigirlo más de una criatura débil? La mano de Dios está sobre mí; hágame según su santa voluntad. Yo no sé, hijo mío, si en lo que me sucede no habrá obrado vuestra prudencia humana contra la libertad de la elección. Ya no es tiempo de escrutarlo. Yo no he querido, yo no he deseado la tiara. Con vos o a pesar vuestro, Dios hace bien lo que hace. Soy un pobre hombre, de baja extracción, perdido hasta este día entre las brumas de las ciudades del Norte; jamás vi la Italia; y entraré en el Vaticano como un harapiento mendigo cuya presencia se juzga insultante para el resplandor del palacio de los reyes. ¡En efecto, yo insultaré a ese esplendor! ¡Yo lo heriré con severidad! Y si le place al Señor que me llama, ¡yo pondré en el lugar suyo a la humildad y la frugalidad cristiana de que tanto necesitamos!

CARLOS V

Contad conmigo, Santísimo Padre, como un hijo obediente. Entre los dos lo podremos todo para el bien; ¡también lo necesitaremos todo para realizarlo! Los ejércitos, los tesoros, la inteligencia, el pensamiento del César, para vos trabajarán... Pero también debo declarároslo (porque en este momento, mano a mano, nada debemos ocultarnos): ¡no seáis débil, no retrocedáis, no caigáis!... Porque yo iré adelante siempre, y si la Iglesia se doblega o vacila, ¡la llevaré arrastrando a pesar suyo!

FIN DE LA CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

MIGUEL ÁNGEL

MIGUEL ÁNGEL

DELANTE DE ROMA

1527

Campamento de las tropas imperiales. Las tres de la madrugada. Largas líneas de hogueras indican la extensión de los vivaques; las grandes guardias están en pie; las compañías, los batallones están tendidos en el suelo; duermen los soldados. A veces interrumpe el silencio; suena una descarga de mosquetería o se oyen gritos. Una sola tienda está armada, la del general el condestable de Borbón. Mesa de madera basta, con una vela de sebo. El condestable, de pie, armado completamente, salvo el casco; pásese, presa de viva agitación. Don Fernando de Ávalos, marqués de Péscara, general español.

EL CONDESTABLE

¿Qué soy, después de todo?... ¿Qué soy yo para tan gran desaguisado? ¿Una monstruosidad tal como no podrán comprenderla los siglos futuros, ni menos aun perdonarla? ¿Tomar a Roma por

asalto! ¡Tomar a Roma, deshonrarla, saquearla, violarla!... ¡A Roma!... ¡Osáronlo los más brutales de los bárbaros! Sólo a ellos reservó ese honor el cielo. ¿Habré de repetirlo yo? Sí. ¿Quién soy para asociar mi nombre a semejante infamia? ¡Soy vástago del tronco más ilustre que jamás hubo! Descendiente de reyes, de santos, de conquistadores, de victoriosos... ¿Y habría yo de salir de esta acción destilando sangre y vergüenza?... ¡Pero, no; yo no soy de ningún modo lo que os cuento, marqués!... No creáis ni una palabra de semejante patraña. ¿Yo? No soy, de ningún modo, el condestable de Borbón. ¡Soy un nadie, un hombre cualquiera, insultado por madama de Saboya, por el señor de Bonnivet, por los favoritos, por el más mínimo cortesano, por los alcahuetes, por las rameras, los groseros, los honrados con las confidencias del rey! Me han traicionado, burlado, beñado, despojado, expulsado. He querido resentirme por ello; y con la rabia en el pecho, el rubor en la frente y el honor ante mí, una mañana desperté al servicio del Emperador. En este momento, bajo el apodo de jefe, de general, he llegado a ser menos que el sirviente de una política baja, tortuosa, feroz, indigna; ¡os digo que indigna!... He caído hasta el punto de ser el juguete de una soldadesca hambrienta, que me empuja ante sí para que yo la conduzca adonde se quiere que vaya ella, imponiéndome la responsabilidad de sus desmanes. Y detrás de esa turba, el César me grita: "¡Anda!... ¡Anda!"

EL MARQUÉS

Eso es verdad, monseñor. Jamás conocí a un hombre tan desdichado como vos.

EL CONDESTABLE

¿Qué podía yo hacer? ¿Qué intentar para salir del aprieto en que me veo desde hace años? Lo más cómodo hubiera sido dejarme caer en brazos de madama de Saboya y vivir de sus complacencias. Me hubieran colmado de favores; hubiéranse dignado... ¡dignado!... remunerarme mis trabajos concediéndome por tan vil oficio el patrimonio de mi sangre. Hubiera entrado a la parte con sus familiares en las dilapidaciones, ¡y me hubieran felicitado!... ¡El honor no lo ha querido!... ¿Concebís, marqués, cuán mal bicho es este honor?: contrariante, desordenado, odioso para todo hombre de humor apacible. Yo hubiera consentido en retirarme, echarme a un lado, vivir en mis tierras, convertirme en hidalgo de gotera, extinguir, apagar cuanto en mí sentía de actividad y apetito del bien. En fin, me resignaba a no figurar en la genealogía de mi familia sino como uno de esos buenos señores haraganes únicamente merecedores de loa por no haber dejado apagarse la especie. ¡No; yo era una mancha! ¿Huir de la corte? ¡No saludar, no incensar, no decir *amén* en la santa misa perpetua cantada en veneración de la muy sacrosanta realeza!... Tenía yo el aire de un

descontento. ¿Podrían sufrirme en mi reposo? Véame acosado, amenazado, ojeado; me escapé de allá, y, según la jurisprudencia actual, me vi al punto convertido en un monstruo, y ese pobre buen hombre a quien hemos visto morir ante nuestros ojos, marqués, ese señor de Bayardo, bastante afortunado al haber recibido del cielo la insigne ventura de una existencia lisa y llana, me maldijo al expirar. ¡Por mi alma!, tentaciones me dan a mi vez de maldecir al cielo y a los ángeles y a Dios, que me han traído aquí, donde por mi plena voluntad libre jamás me hubiera entrado la tentación de venir.

EL MARQUÉS

Son rudas pruebas las vuestras, monseñor. Sin embargo, ¿quién podría predecir su fin? Tal vez se os llegue a hacer justicia.

EL CONDESTABLE

Yo os digo, ¡yo!, por haberlo experimentado desde largos años, que no hay justicia. ¡Es una palabra hueca, una engañifa odiosa! No hay más que necesidades sanguinarias, cuya razón ignoramos; eternamente quedará oculto su manantial. Lo que yo veo es que el mal y el bien cambian en lo sucesivo de nombres, vestimentas y papeles. Ya no hay en nuestros días príncipes, ya no hay caballeros, porque (para decirlo todo) ya no hay hombres, pues las cualidades de caballeros y

de príncipes no servían antaño sino para designar a hombres más hombres que los otros. Ahora hay amos, hay lacayos, hay perros a quien se trata a latigazos; y cuando los lacayos no se arrastran lo suficiente ante los amos, también se les da con la tralla, como a los perros. ¡Ved lo que hay y lo que habrá en adelante en el universo! El rey Luis XI inventó esa manera; ella se irá perfeccionando.

EL MARQUÉS

¿Se ha sometido el Papa Clemente a la voluntad del Emperador? ¿No ve el peligro que corre? ¡Nada puede salvarle, fuera de la obediencia más completa!

EL CONDESTABLE

El Papa no da señales de vida desde ayer. Debe de estar tan aterrado, que ya no sabe tomar consejo ni obrar; o bien recurre a la triste malicia de esos insectos que, viéndose en peligro, se encogen apelotonados con las patas metidas bajo el cuerpo y la cabeza dentro de su collarín, dejándose caer sin movimiento y entregándose en definitiva a la fortuna.

EL MARQUÉS

La fortuna le dará sin piedad el golpe de gracia; llámase Carlos V, y no perdona.

EL CONDESTABLE

No perdona, es cierto. Heriré, pero yo soy su cuchillo, y el César no dejará de decir que jamás tuvo intención de causar tanto daño. El cuchillo será arrojado con un desprecio bien representado. Se me desaprobará. Tan convencido estoy de ello, que quise resignar el mando. Lo han previsto, y ya sabéis si soy libre.

EL MARQUÉS

Salvo nuestros regimientos, bien poco numerosos, lo cierto es que vuestras bandas alemanas o italianas se componen de la gente más desalmada que jamás hubo.

EL CONDESTABLE

Acabáis de llegar al campamento y lo juzgáis a primera vista. Antes de la experiencia, yo mismo ignoraba lo que el Emperador pondría en mis manos: es un hierro al rojo. Los aventureros alemanes, de quienes se ha conseguido purgar a Alemania, tal es el fondo de mis tropas. Se suena que en otro tiempo los papas Alejandro y Julio II alistaron turcos; éstos deberían de ser unos corderos en comparación de mis herejes, para quienes insultar o matar a un clérigo es obra piadosa. Yo me paseo sobre la haz de esta desventurada Italia, respondiendo de las hazañas y gestas de esos miserables.

EL MARQUÉS

Ha recibido del cielo el César un profundo ingenio; sabe Dios quién podría llevar la mirada hasta las honduras tenebrosas de las razones que le mueven a obrar.

EL CONDESTABLE

Yo no lo podría en lo que no me atañe; pero en mi propia causa veo claro. Nada aguza los sentidos del entendimiento como el hábito de la opresión y de la infelicidad. Presiento, adivino, penetro lo que contra mí se obra; pongo en claro sus motivos. El César me da tan mal trato como al caballo que no os pertenece. A sus generales españoles, alemanes y flamencos no quiere imponerles cargas agobiantes que derrengan y manchan los costados del sirviente; pero echa sobre mis costillas una de ese género, sobre mí, sobre uno cuya mala estrella ha puesto en sus manos, cuya vida y cuyo honor le son en absoluto indiferentes. ¡Necesita que se haga una enormidad! Sin decirme nada, me pone a la cabeza de su ejército; y sólo cuando me he ido informando, cuando he mirado en mi derredor, cuando he visto a mis oficiales y soldados, solamente entonces es cuando en los unos reconozco espías, en los otros la hez del género humano. Sí, marqués; por gracia del César, soy un capitán de bandidos. Esta

es la suerte y la profesión del condestable. ¿Os parece que dió hartos frutos la maldición del señor de Bayardo?

EL MARQUÉS

Cada una de vuestras palabras me oprime el corazón. Reconozco la verdad de cuanto decís. El César, bajo las falsas apariencias de una generosidad que su alcurnia le ordena, no ha querido en vuestra persona más que el mal de la casa de Francia: rebaja, humilla tanto como puede la estirpe de su rival. Sí, monseñor; tenéis grandemente motivo para quejaros del cielo. La suerte no tenía derecho a trataros de ese modo. Al abandonar vuestra tierra materna y a vuestro señor natural, hicisteis lo mismo que hubiera hecho yo de estar en vuestro caso. Sé que en nuestros días tiende a implantarse la máxima de que el hombre debe aguantarlo todo: la injusticia, la crueldad, el insulto; aceptarlo todo bajando la cabeza, cuando esas indignidades se infligen por gentes con el poder de tirar de los hilos del hueco y ridículo títere que se llama patria. Es un ídolo de madera. Agita brazos y piernas, abre y cierra la boca, gira unos ojos muy saltones. El primer charlatán que llega pónelo en movimiento y habla en nombre suyo, pues por sí mismo no existe. Sin embargo, en provecho de esos bigardos y en nombre de ese armatoste ficticio, se han inventado no sé cuántas pomposas sentencias; pero son preceptos

de esclavos, de ilotas, de miserables que han perdido dos tercios de su virilidad. Un hombre tiene derecho a recibir tanto como él diere; si la patria y el soberano pretenden respeto, que respeten ellos también; sin ello nada se les debe. Si vuestro soberano, si vuestra patria os dieron de puñadas en el rostro y se las habéis devuelto, hicisteis bien y no merecís en lo más mínimo la odiosa pena de incurrir en la mala voluntad del César y ser arrastrado por ese torrente contra los muros de Roma, los cuales vais a hacer derrumbarse para vuestra positiva desventura.

EL CONDESTABLE

Ya es tiempo de que partáis, marqués. El Emperador os trata con las consideraciones que a mí no cree deberme. Las órdenes que habéis recibido son expresas: debéis abandonar el ejército con vuestras compañías y marchar contra Nápoles esta misma noche.

EL MARQUÉS

Mi corazón sangra. Quisiera permanecer junto a vos y apoyar vuestros esfuerzos para impedir un poco de mal.

EL CONDESTABLE

¡No podéis, no debéis hacerlo! El Emperador es para vos un señor magnánimo. Obedecedle. ¡Adiós!

EL MARQUÉS

Volveremos a vernos.

EL CONDESTABLE

No lo sé..., no lo deseo. ¡Adiós! Cuando os reunáis con la noble marquesa, aseguradle de los respetos de su servidor.

EL MARQUÉS

Madama Victoria conoce bien la grandeza de vuestra alma, y he visto con frecuencia sus ojos arrasados en lágrimas al oír el relato de vuestros sufrimientos.

EL CONDESTABLE

¡Adiós! Hasta el fin de mi vida me acordaré de ti, noble Fernando Dávalos. Rememoraré tu amistad para con el hombre desheredado..., tu sin igual valentía en los combates, la nobleza de tu alma, aun más grande que la de tu alcurnia... ¡Me acordaré de ti, Fernando!... ¡Abrazame!... ¡Adiós!

EL MARQUÉS

Adiós, monseñor, y que el cielo se canse al fin de abrumaros con pesadumbres que no merecéis.

EL CONDESTABLE

¡Poco importa!... Adiós... Parte... La primera claridad del alba no debe hallarte aquí. Por otra parte, sigo a mis carceleros, a mis amos, a mis oficiales... Vienen a imponerme su voluntad so pretexto de ejecutar la mía. Yo no quiero que se encuentren la lealtad más pura y la bajeza más innoble... ¡Parte!

Apriétanse la mano; sale el marqués.

Entra el capitán Jorge de Frundsberg, comandante de los lansquenets luteranos, celoso adicto al reformador, verdadero soldado, saqueador en grande; lleva una larga barba blanca que le cueiga sobre la coraza. El capitán Alejandro Vitelli y Pedro María de Rossi, comandante de la caballería ligera italiana; don Antonio de Leyva, comandante de los tercios; Alarcón y Lannoy, generales españoles.

FRUNDSBERG

Monseñor, estamos a vuestras órdenes. Si os place, vamos a celebrar consejo y convenir las últimas medidas, a fin de que inmediatamente, lo más tarde al rayar el día, se dé el asalto.

EL CONDESTABLE

Tomad esos escabeles, señores, y sentáos. Tengo que someteros una idea.

DON ANTONIO DE LEYVA

Escuchamos.

EL CONDESTABLE

Si todos o el mayor número de vosotros, capitanes, aceptáis mi parecer, enviaremos de nuevo ahora un parlamentario al Papa.

FRUNDSBERG

¿Para qué? Iremos todos de parlamentarios, y cuando estemos en presencia de Clemente VII y Clemente VII en presencia de nosotros, nos entenderemos más de prisa.

EL CONDESTABLE

Yo no creo que entre en las intenciones del Emperador precipitar tanto las cosas y llevarlas al extremo.

LANNON

Ciertamente, monseñor, sabéis mejor que nosotros lo que pensáis acerca de las intenciones del César; pero, en cuanto a nosotros, me refiero a mis compañeros y a mí, hemos venido para cobrar la soldada de las tropas, a quienes no se les paga desde hace más de dos años. Nos habíais prometido el pillaje de Milán, luego el saco de Florencia y por último el de Bolonia. ¿Habéis cumplido vuestra palabra?

FRUNDSBERG

No, en verdad; monseñor no ha cumplido su palabra, y ya es hora de acabar. Es preciso que el soldado pueda comer.

LANNOY

Por tanto, nuestro negocio es tomar a Roma; ¡y concluyo diciendo que éste no es momento de frases! ¡Marchemos!

EL CONDESTABLE

Señor de Lannoy, me habláis muy altanero.

LANNOY

Soy franco como una espada; os respeto infinito, pero haré lo que convenga.

FRUNDSBERG

Y nosotros lo mismo. Vamos, hablad, Lannoy; lo que vos digáis está muy bien dicho.

LOS OTROS GENERALES

Perfectamente dicho. ¡Basta de vacilaciones!

LANNOY

Así, puesto que, como veis, expreso la opinión del consejo, ¡decidid, monseñor! Yo estoy resuelto,

y a todo escape, en cuanto amanezca, y ciertamente ahora mismo, porque está amaneciendo..., el alba me verá a la cabeza de mis bandas... ¿Oís los tambores? ¿Oís trompetas y clarines? ¡En marcha, monseñor! ¡Al asalto! Si no venís con nosotros, si titubeáis en ponerlos a nuestra cabeza...

EL CONDESTABLE

No me niego..., pero digo...

FRUNDSBERG

¡Yo digo, yo, que marchais! ¡Adelante, monseñor! ¡Terminó el consejo! ¡He transmitido yo a mis hombres las órdenes que vais a darnos vos mismo! ¡Que abran la tienda! ¡A caballo!

Descórrense con violencia las cortinas de la tienda. El sol aparece; óyense por todas partes los toques militares de llamada; las tropas empiezan a moverse; caballería, infantería precipítanse hacia las murallas de Roma. Truena el cañón por la izquierda, y terribles aclamaciones se mezclan con las múltiples descargas. Compañías tumultuosas rodean la tienda.

LOS SOLDADOS

¡Al asalto, al asalto! ¿Dónde está el condestable? ¡Que se dé prisa! ¡Adelante, adelante! ¡Monseñor, monseñor de Borbón, venid! ¡Muera el Papa! ¡Mueran los cardenales! ¡A saco, a saco!

FRUNDSBERG

Decididamente, monseñor, ¿qué queréis? ¡Si tardáis, no respondo de nada!

EL CONDESTABLE

¡Venga mi caballo!

LOS SOLDADOS

¡Aquí está! ¡Montad, montad! ¡Venid! ¡Viva Borbón! ¡Muera el Papa! ¡Saqueo, saqueo!

Montan a caballo el condestable, Jorge de Frundsberg y todos los capitanes; los soldados los rodean y aclaman.

FRUNDSBERG

Espada en mano.

¡Valientes compañeros! ¡Mirad el arzón de mi silla! ¡Ved unas cuerdas! ¡Son para amarrar al Papa y a los que le sostienen!

LOS SOLDADOS

¡Sí, sí! ¡Que los cojan! ¡Que los ahorquen! ¡Mueran! ¡A saco! ¡Pillaje!

UN OFICIAL

Acudiendo a galope.

Llego de la Puerta del Pópolo. ¡Está forzado el paso! ¡La artillería lo derribó todo; sin embar-

go, los vecinos se defienden y necesitamos refuerzos.

FRUNDSBERG

¡Animo, monseñor! ¡Tendréis la gloria de entrar el primero!

Los generales parten a galope, seguidos por los hombres de armas y los lansquenets, que dan grandes gritos y entonan un salmo luterano.

LOS SOLDADOS

¡Cantad con nosotros, condestable, cantad!

FRUNDSBERG

¡Cantad, monseñor; estos buenos mozos correrán así más veloces!

EL CONDESTABLE

¡Yo no soy luterano!

FRUNDSBERG

Sois nuestro general, y no debéis descuidar nada para el triunfo. ¡Vamos, cantad, monseñor!

Se pone a cantar, con voz de trueno, blandiendo la espada, y continúa su carrera; contéstanse unas a otras las descargas de artillería, todo a lo largo de las líneas; toma parte también la mosquetería; los defensores de Roma responden, pero débilmente.

EN LAS MURALLAS

Algunos arcabuceros italianos y suizos, unos y otros en corto número; ciudadanos mal armados.

CIUDADANO PRIMERO

Después de haber hecho fuego con su arcabuz.

¡Siempre echo a uno por tierra!

CIUDADANO SEGUNDO

¡Toma! ¡Yo tumbaré a ése de al lado!

Dispara.

CIUDADANO TERCERO

¡Qué pocos soldados tenemos! ¡Muerte de Cristo! ¡Quieren hacernos degollar!

Llega corriendo una turba de jóvenes y de artistas, todos armados.

EL ROSSO

¡Fuego contra esa canalla hereje!

Descarga general.

BENVENUTO CELLINI

¡Muerte de Dios! ¡Cabeza y sangre! ¡Sitio, sitio! ¡Vais a ver un golpe de mi mano! ¡Mi arcabuz no ha marrado nunca!

Apunta y hace fuego.

UN ARTISTA

¡Fallado!

BENVENUTO CELLINI

¡Mira, ciego! ¡Ahora que se disipa el humo, mira bien! He tirado al medio de ese grupo de gentes con penachos y corazas doradas! ¡Alguien ha caído! ¡Huye un caballo con la silla vacía!

UN CIUDADANO

Los suizos nos abandonan y los arcabuceros también. ¿Por qué? ¡Hola, señor oficial! Si os lleváis los soldados, ¿qué será de nosotros?

EL OFICIAL

¡Lo que queráis! ¡Las puertas están derribadas! El Papa se ha retirado al castillo de Santángelo. Tengo orden de reunir nuestras gentes, y os aconsejo que os vayáis a vuestras casas.

BENVENUTO CELLINI

¡A fe mía que tiene razón! ¡Los alemanes aparecen al cabo de la calle! Meten ruido como sordos! ¡Sálvese quien pueda! ¡Este no es el momento de sentarse!

Salta al pie de la muralla; los asistentes se dispersan; a los últimos les alcanzan las albardas de los lansquenetes.

EL CASTILLO DE SANTÁNGELO

Una sala. El papa Clemente VII; don Hugo de Moncada, embajador imperial.

EL PAPA

Muy agitado.

¡Es un crimen de lesa divinidad! El Emperador, esta vez, ataca a Dios mismo al atreverse a atentar contra nuestra persona. ¡Responderá de ello con su salvación eterna!

MONCADA

Santísimo Padre, no dudo de que el César quedará profundamente afligido de dolor al saber lo que pasa. Vos habéis desencadenado estas grandes desdichas, esta horrible catástrofe; no es él quien debe sufrir la pena por ello.

EL PAPA

¿Cómo que no es él? ¿Os atrevéis a negar en este momento, cuando se oyen los gritos de mis

vasallos, a quienes degüellan, y cuando ante vos está el sucesor de Pedro, acosado, cual una fiera en su último escondrijo; os atrevéis a negar que los perpetradores de estas maldades son soldados del César? ¿Que esos horribles asesinos marchan bajo sus banderas? ¿No son vuestros generales quienes los guían? En fin, ¿qué queréis? ¿Vais a matarme?

MONCADA

Santísimo Padre, conjúroos de rodillas a que os calméis. ¡Calmaos! No corréis ningún peligro... en este momento, al menos.

CLEMENTE VII

¿Pretendéis que entre la violación de mi persona y esas bandas de tigres, sedientos de mi sangre, hay más que una muralla? Es débil, lo sé... ¿Mis soldados?... Los habéis contado: son poco numerosos. ¿Qué haréis de mí, señor de Moncada?

MONCADA

Os hemos suplicado que rechacéis la falaz y débil alianza de Francia. Os hemos conjurado a no hacer causa común con los venecianos, los suizos, los florentinos, ese montón de gente sin honor y sin poder, empujado contra la inmutable e invencible fortuna del Emperador por mano de ese Francisco I, ¡nuestro prisionero de ayer, un hom-

bre sin fe! ¡No habéis querido escuchar nada! ¡Vos sostenéis a los malvados! Y cuando nuestro único objeto es el de salvar a la Religión, restablecer la paz y pacificar a Italia, vos, Santísimo Padre, favorecéis el desorden y sustentáis el estandarte del crimen siguiendo los falsos extravíos de vuestros predecesores. Sin embargo, la experiencia debía haberos descubierto los peligros de ello.

EL PAPA

¡No, no, no! Yo he hecho lo que todo príncipe hubiera intentado en mi lugar. He querido mantener la dignidad de la Santa Sede, la independencia del Estado cristiano. Vuestra águila imperial clava sus agudas garras en los flancos de la espantada Europa; quiere devorarlo todo, quiere tragárselo todo. ¡Si el César llegase a la meta de sus deseos manifiestos, nada quedaría libre en este universo! ¿No lo hemos visto, sí, no le hemos visto invadir por su propia voluntad hasta la cátedra pontificia, poniendo en ella a aquel fantasma de Papa, nuestro predecesor, su maestro de escuela, un cualquiera, que, por fortuna, no puso en ridículo por largo tiempo el primer trono del universo?

MONCADA

El César quiere el bien, solamente el bien, y lo realizará. Sabedlo, pues lo habéis olvidado, al pa-

recer, sabedlo: en este mundo no existen más que dos potestades legítimas, encargadas por Dios mismo de mantener el orden: el Papa y el Emperador. El resto es del diablo, o no se produce más que por accidente. El Imperio y el Pontificado son todo; y cuando uno de los dos falta a su misión, incumbe al otro reunir en sus manos ambos cetros y realizar lo que nuestra santa Religión exige. En otro tiempo, los emperadores de Suabia hicieron traición a sus deberes: quisieron alejar a los pueblos de la cuna de Jesucristo; los grandes Papas Inocencio III y Gregorio VII les golpearon justamente con el poderoso cayado. Desde el comienzo de este siglo, y aun desde antes, son los Papas quienes a su vez se apartan del sendero: carecen de buenas costumbres, no tienen voluntad, dejan a los fieles y a su clero pastar al acaso en los herbazales de la corrupción, de la disolución, de la herejía; ¡ellos mismos son paganos! Por tanto, será el César quien saque la espada y restaure la obra del Redentor.

EL PAPA

¿Tal vez arrojando sobre la ciudad las olas inmundas de la cloaca luterana?

MONCADA

Santísimo Padre, a vos y a vuestro antecesor León se debe el haber visto nacer y desarrollarse el cáncer en el costado de la Iglesia. ¡No teníais

para el hombre de Wittemberga más que complacencias y las más ruinosas debilidades! Dejabais a los príncipes del imperio infatuarse con las palabras de ese traidor. Y bien conocido es que si sólo en vosotros hubiera estado, por un poco de dinero, ¡Dios mío!, por algunas sumas a que limitabais vuestros deseos, una escandalosa componenda os habría puesto de acuerdo con los novadores.

EL PAPA

¡Calumniáis la memoria de León!

MONCADA

¡No se ocupaba más que de estatuas, cuadros, libros, versos, lujo, fiestas y placeres! Y, fijáos bien, ¡ese renombre le quedará en la historia! Entonces, viendo a la Religión perecer en un camastro de olvido, sin tener en su miseria a nadie para que tuviera compasión de sus santos labios sedientos de piedad, el mismo César tomó la resolución de suspender la desordenada carrera del siglo y volver a la fe a las conciencias extraviadas. Al mismo tiempo hará reingresar bajo la regla imperial a esos insubordinados de todo linaje que, desde el advenimiento de los tiempos bárbaros, consiguieron, para su propia desgracia, emanciparse. El César habla en nombre de Dios; él es César, tiene ese derecho. Trátase de salvar almas para el cielo y mantener el título del em-

perador romano. No se trata de los caprichos de Italia (que no es sino una provincia), de las franquezas del uno, de los disparates del otro. Se trata, os lo repito, de la salvación universal en este mundo y en el otro; y vos, el Papa, el primero de todos, pues no quisisteis marchar de acuerdo con el César, ¡le obedeceréis y humillaréis la frente!

EL PAPA

¡Así hablaron aquellos tiranos, cuyo nombre cayó en oprobio! ¡Yo soy el jefe de la Iglesia, y en el soplo del infierno no podría derribarme! Puedo sufrir yo, desaparecer mi persona; ¡pero el Papa nunca muere!

MONCADA

¡Nosotros veneramos al Papa! ¡No quiera Dios que jamás la tome mi señor con el vicario de Jesucristo! ¡No queremos tocar a la menor de sus prerrogativas..., y mucho menos a su sagrado carácter!... Pero, si es preciso decíroslo con claridad, Santísimo Padre, nosotros, cuya fe pura es bien conocida en el mundo entero; nosotros, a quienes no podría alcanzar la más leve sospecha de heterodoxia; nosotros, que perseguimos en España, en Flandes, en las Indias, en todas partes, las menores huellas de rebelión contra la Iglesia (y con un vigor de que nunca fuisteis capaces vosotros mismos); nosotros, que no perdonamos

ninguna idea dañina o meramente sospechosa; nosotros, que hacemos morir, sin escrúpulo y sin miedo, en hogueras públicas, a toda carne sublevada contra la tradición..., os lo digo con franqueza, dejando aparte a Clemente VII..., trataremos con justa e imperturbable severidad a Julio de Médicis, le perseguiremos hasta hacer que sea depuesto, le arrancaremos de los hombros la púrpura pontificia, lo deportaremos, lo encarcelaremos, si nos hace perder toda esperanza de corregirle, de volverle prudente.

EL PAPA

Y mientras que vos, vos os dáis por un embajador de paz, enviado a nuestra persona, os atrevéis, en mi postrer abrigo, a emplear semejante lenguaje. ¡Bien habéis calculado el punto de abatimiento a que me habéis conducido! ¡En medio de mi pueblo en la opresión, de la ciudad santa devastada, de mis iglesias quemadas, de incendios y gritos, desesperación y sangre! ¡Y a eso llama el César servir a la causa católica!

MONCADA

¡Servirla es el herir a los lobos revestidos con las profanadas vestiduras de los pastores!

EL PAPA

En fin, ¿qué esperáis de mí? ¡Dejadme salir!
¡Dejadme, haced pasar a través de vuestras mal-

vadas bandas! ¡Coged todo, pilladlo todo, triunfad; y retíreme yo a cualquier sitio donde se me permita concluir en el número de días que me contáis!

MONCADA

Mis órdenes son perentorias; no puedo apartarme de ellas en el más mínimo detalle. Permaneceréis aquí, Santísimo Padre, mientras no hayáis accedido a nuestras justas demandas.

EL PAPA

Exponedlas. ¿Qué deseáis?

MONCADA

Medios para asegurar el triunfo de la razón, de la justicia, de la verdad y del bien de la Iglesia.

EL PAPA

Esas son palabras. Formulad vuestras exigencias. Decid expresamente lo que el César manda. Lo que ayer no hubiera yo consentido, lo que hubiera rehusado hace un par de horas, tal vez estoy lo bastante humillado para ceder ahora.

MONCADA

Pedimos que renunciéis a la alianza con los franceses, los venecianos, los florentinos, los suizos, con todos los mal intencionados. Pedimos que os unáis a nosotros para siempre; tan estrechamen-

te como la carne lo está con el hueso, y el báculo debe estarlo con el cetro.

EL PAPA

¡Ay, desgraciada, cien veces desgraciada Italia! ¿Habrán acabado contigo? ¿Tus príncipes, tus ciudades, ¿no serían más que esclavos de los flamencos? ¿Es a esta ignominia a lo que habrían de venir a parar tus gloriosos esfuerzos, acumulados desde hace más de un siglo? ¡Hablad, seguid, os escucho!

MONCADA

Nos entregaréis Ostia, Civita-Vecchia, Civita-Castellana, Parma, Plasencia, Módena, lo que aun tenéis en poder vuestro; guarniciones imperiales dispondrán allí a los pueblos a sentir la voluntad del César. En fin, se nos darán cuatrocientos mil ducados como indemnización a las tropas empleadas hoy en Roma, y que haré salir de ella. Como última palabra: ocuparemos el castillo de Santángelo.

EL PAPA

Oculto un instante la cabeza entre las manos y la vuelve a levantar.

¡Me niego!

MONCADA

Pues no me queda nada más que deciros. Voy a retirarme. Pero antes deseo poder avisar al César

que conocéis bien el estado de cosas y la extensión de vuestra responsabilidad. Dignaos, Santísimo Padre, contemplar lo que ocurre.

Abre una ventana que mira a la ciudad.

¡Contemplad vuestra obra! ¡Mirad, y decid si queréis que eso continúe!

EL PAPA

¡Sí, miraré, veré vuestros sacrilegios: todo lo que habéis ordenado, dispuesto, meditado, urdido desde hace meses! ¡Miraré, sí! ¡No creáis que soy una mujercilla! Puedo ver con sosiego la exhibición completa de vuestros crímenes! ¡Bien! ¡Sí, miraré, miro!... ¡Un hombre a quien persiguen... le abren el vientre con una alabarda!... ¡Ciertamente, le veo! ¿Sobre qué cabeza caerá su sangre? ¡Ay, Dios mío! Mujeres, niños, acoados por el populacho soldadesco de vuestros rufianes. ¡Ah, qué infamia!... ¡Ay, dejadme ver!... ¡Eso es espantoso! Unos frailes heridos, ensangrentados... ¡Ah, esto no es posible, no es posible! Cardenales, ancianos revestidos de la púrpura... encadenados, derribados, arrastrados por el suelo, golpeados!... ¡Ah, no, no... no quiero ver nada más!... ¡Qué espantosa pesadilla!...

Vacila y va a caer en un sillón. Don Hugo de Moncada saluda y sale.

UNA CALLE

Piqueros, arcabuceros, suizos.

PRIMER PIQUERO

Necesitamos un hombre para llevar a nuestro alojamiento el botín. Supongo que no vais a cargar esos cofres sobre vuestros hombros.

UN SUIZO

Mejor hubiera sido no haber matado al mozo; nos habría servido como bestia de carga.

PRIMER ARCABUCERO

Siempre es un gusto meter una bala en la cabeza de alguien; no siento mi arcabuzazo.

PIQUERO SEGUNDO

Además, así vengamos a nuestro general. ¡Puesto que los romanos le mataron, matemos a los ro-

manos! ¡Hombre, mira una puerta que todavía no han echado abajo!

LOS SUIZOS

¡Echémosla!

Los suizos atacan la puerta con la culata de los arcabuces y con el asta de las alabardas. Abrese y aparece el Rosso.

LOS SOLDADOS

Golpeándole.

¡Cómo, ganapán! ¡No abres cuando te hacen una visita? ¡Mereces una lección! ¡A saquear la casa!

EL ROSSO

¡Señores, poco dinero tengo; es vuestro! Pero soy pintor, y os ruego no destruyáis mis dibujos y mis objetos artísticos.

BALLESTERO SEGUNDO

Ahora vas a ver el caso que hacemos de tus objetos de arte y de ti mismo! ¡Dejadle en cueros! ¡Será gracioso emplearlo como un mulo, y así sentirá mejor los palos!

LOS SOLDADOS

¡Muy bien! ¡Desnudo como un gusano, y démosle buenas patadas!

EL ROSSO

¡Señores, os suplico!

TERCER PIQUERO

¿Dices que eres pintor?

EL ROSSO

Sí, soy pintor.

TERCER PIQUERO

Parece que es un pintor quien ha muerto al condestable. ¡Vamos a hacer contigo otro tanto!

UN SUIZO

¡Por vida del diablo, no! Hemos convenido en que lleve los cofres. No le matemos hasta después. ¡Pero saqueemos en seguida la casa!

LOS SOLDADOS

¡Bien dicho!

Mientras parte de los soldados quitan las ropas al Rosso y le pegan, otros saquean la casa; los cuadros, destrozados; vuelan por las ventanas trozos de dibujos, con los restos de los muebles y de las colgaduras; después arde la casa. Pasa un oficial.

EL OFICIAL

¿Qué hacéis a ese hombre?

LOS SOLDADOS

Nada. Nos hace el favor de llevarnos unas cajas que acabamos de comprar.

EL ROSSO

¡Señor, os conjuro, libertadme! Soy un pintor, soy el Rosso. ¡Acabo de perder todas mis obras!

EL OFICIAL

Soltad a ese infeliz, devolvedle sus vestidos. El capitán Jorge Frundsberg os manda que volváis a vuestras banderas. ¿No oís que las trompetas están tocando llamada? ¡En marcha! ¡Dejad a ese hombre os digo!

UN LANSQUENETE

Y yo te digo que no sé quién eres, ¿lo oyes? ¿Eres tú mi capitán? ¡No! ¿Mi teniente? ¡No! ¿Quién me responde de que no seas el Papa disfrazado?

LOS SOLDADOS

¡Cierto! ¿Qué viene a contarnos éste?

EL OFICIAL

Tengo orden de los generales...

LOS SOLDADOS

¡Llévese el diablo a tus generales y a ti también! ¿Oyes, amigo? ¡Largo de aquí o te va a pasar algo malo!

El oficial se retira.

UN PIQUERO

Al Rosso.

¡Y tú, como te quejes a cualquiera, recibirás una daga en medio del pecho! ¿Comprendes? Así lo espero. ¡Marcha, granuja!

Los soldados arrastran consigo al Rosso dándole de palos.

FLORENCIA

Una plaza pública.

CELLINI

¿Qué pasa aquí?

NUMEROSAS VOCES

¡Otra vez echamos a los Médicis! ¡Viva la libertad florentina!

CELLINI

Acabo de llegar de Roma, donde he visto buenas cosas.

EL PUEBLO

¿Está libre ya el Papa?

CELLINI

Está como rata cogida en trampa. No se le deja entrar nada en el fuerte de Sant-Angelo; y

de que viven él y los suyos, sólo Dios puede saberlo en su misericordia infinita. En resumen, que se mueren de hambre; y mientras tanto los imperiales continúan destruyéndolo todo.

EL PUEBLO

¿Lo habéis visto con vuestros propios ojos?

CELLINI

A eso voy. He visto en las plazas desiertas, que cruzan con paso vacilante, soldados ebrios y a la desbandada; montones de muertos, a la derecha; montones de muertos, a la izquierda; un hombre expirando junto al guardacantón de aquella esquina; una mujer caída, con los brazos colgando en el de aquella otra. Lo que he visto son las puertas de las iglesias echadas abajo; las sobrepellices, estolas y dalmáticas, arrastrando en jirones sucios por el roto enlosado de las basílicas o enganchadas, como harapos miserables, a las puntas de las rejas en las capillas laterales, y las luminarias rotas, y las lámparas de los altares, de los altares mismos derribados, con restos de vasos, cascotes de botellas y huesos de jamón, sórdidos residuos de la francachela de los aventureros; también he visto rotas las estatuas, desgarrados los más preciosos lienzos por el hierro de las picas; en cuanto a las vejaciones, los insultos y los golpes de que son objeto los más in-

signes cardenales, arzobispos, obispos, datarios protonotarios, no merece la pena de hablaros de ello. Esto es una cosa tan corriente, que cuando por las encrucijadas solitarias pasa alguno de esos reverendísimos señores de otros tiempos, zamarreado por algún granuja de arquero medio borracho, y el eco repercute el ruido del bofetón que acaba de recibir una mejilla venerable, ni siquiera se vuelve la cabeza para saber qué ocurre.

EL PUEBLO

¡Qué miseria, qué miseria! ¡Nosotros hemos maldecido la avaricia y el orgullo de los poderes pontificios! Pero ¿era menester que tantas grandezas, tanta prosperidad secular fuesen pisoteadas por unos pies tan viles? ¿Qué dice el César de estas enormidades?

CELLINI

El César, según se dice, en su lejano palacio de España, llora y se lamenta por los dolores del sucesor de los apóstoles; ordena rezos públicos por el fin de tan enorme escándalo. Pero se guarda de ponerle término, y quiere tener ante sus rodillas al mismo cuya sandalia besa respetuoso el universo. En medio de todo esto, una sola persona ha sostenido la gloria italiana y se ha granjeado un renombre, que nunca morirá.

EL PUEBLO

¿Y quién es ese hombre de quien hablas?

CELLINI

Soy yo mismo, yo solo quien de antemano he vengado a Roma de lo que sufre, porque yo he muerto de un disparo de mi infalible arcabuz al condestable de Borbón; y ya sabéis que, con Miguel Angel, soy el artista más grande de mi siglo. Ahora que ya os he referido lo que mis ojos han contemplado, informadme a vuestra vez de lo que aquí acontece.

EL PUEBLO

Florenia es libre; y si valor y virtud no quedaron reducidos a ser más que palabras impalpables, ¡jamás volveremos a la antigua servidumbre! ¡No en vano vivió entre nosotros Savonarola, el santo, el grande, el sublime fraile! ¡Sus menores palabras están vivas! Todas sus máximas resucitan, ¡y esta vez ya no será posible a nadie cegarnos! Lo que mandó Savonarola, nosotros vamos a ejecutarlo; y, en lo sucesivo, nada podrá diferirlo. Conocemos perfectamente a nuestros enemigos. Un Papa Médicis no nos quiere bien; pero ¿qué puede hacernos? El César va a volver contra nosotros su faz irritada. Pero que mire a Oriente y verá a los turcos cómo amenazan a sus Estados

imperiales; más cerca, a los venecianos extendiéndose por la Romaña; y si busca hacia el Norte, verá cómo los franceses vuelven, dando al olvido su desastre de Pavía, y llenos de un ardimiento aún más encendido que el que les vimos antes. ¡Tales son nuestros amigos, nuestros vengadores, nuestros sostenes! ¡La libertad de Florencia vivirá siempre!

CELLINI

¡Hijos míos, contad conmigo! ¡Yo os consagro mi espada; el universo sabe cuanto vale! ¡Sin duda, tampoco ignoráis con cuánto afán escucha Francisco I mis opiniones! Os lo repito: ¡contad conmigo! Florencia es ya para siempre su propia señora. ¡Ni príncipe ni tirano pondrá en adelante los pies en ella!

EL PUEBLO

¡Viva Florencia!

EN LA ESQUINA DE UNA CALLE

Maquiavelo, con las manos atrás, mira pasar a la gente, que da gritos de alegría.

MAQUIAVELO

¡Qué estruendo! ¡Cómo berrean! ¡Cómo cantan! ¡Qué ojos tan brillantes! ¡Cómo les embriaga la palabra libertad! Diríase que es la primera vez que la pronuncian y se exaltan de esa suerte. El ave vive en el aire, el pez en el agua y la canalla en el barullo.

Pasa una banda arrastrando por el arroyo con una cuerda un escudo con las armas de los Médicis. Tambores, trompetas; la multitud canta y sigue a Benvenuto Cellini, que tremola una bandera.

CELLINI

¡Viva Florencia!

Gritando a todo gritar.

TODA LA MULTITUD

¡Viva Florencia! ¡Mueran los Médicis!

CELLINI

¡Señor Maquiavelo, sois un gran ciudadano, un amigo de Savonarola!

LA MULTITUD

¡Viva Savonarola! ¡Viva Maquiavelo! ¡Viva Cellini!

CELLINI

¡Ciudadanos, sois sublimes! ¡Pueblo de Florencia, eres un gran pueblo!... Maquiavelo, ¿venís con nosotros? ¡Os llevaremos en nuestros brazos! ¡Habéis sufrido en las prisiones de la tiranía!

LA MULTITUD

¡Sí, sí, llevémosle en brazos, en triunfo!

MAQUIAVELO

¡Amigos míos, os doy las gracias! Ciertamente, mi corazón rebosa gratitud. ¡Pero soy viejo, estoy enfermo! No me encuentro útil para nada, y os ruego me dejéis en paz. Por lo demás, ¡viva Florencia, viva la libertad, viva el pueblo, viva el señor Cellini!... ¿Tendré aún que gritar otra cosa?

CELLINI

¡Vamos, hijos míos, vamos con valor, con indomable energía, a proseguir nuestra obra! Incendiamos el Juego de Pelota, donde se divertían los déspotas.

LA MULTITUD

¡Sí, vamos a quemar el Juego de Pelota!

MAQUIAVELO

¡Es una excelente idea! Id a quemar el Juego de Pelota... ¡Sin ello nunca podría establecerse la libertad!

Cellini agita su bandera y toda la multitud se aleja con los mismos gritos, las mismas vociferaciones, redobles de tambores, toques de trompetas y arrastrando siempre un escudo al extremo de una cuerda.

MAQUIAVELO

Es más cuerdo considerar a los hombres como espectador pasivo que mezclarse en sus asuntos. De ninguna manera me extraña la viva afición de muchas gentes a las conjuras, a las sediciones, a las revueltas. De todos los juegos de azar, sin disputa es éste el que más facultades pone su movimiento. ¡A cada minuto, un incidente imprevisto! Respírase una inconmensurable esperanza

de cosas indefinibles; habla uno, grita, se mueve, no se piensa en nada del mundo; y se bebe, se bebe, se bebe sin parar en una copa de emociones, cuyo sabor es constantemente variado. Ved a este Benvenuto, ese insigne parlanchín, ese fanfarrón sin igual. No tiene una virtud, pero está lleno de ingenio; en este momento se divierte como un dios; no cree la menor palabra de lo que vocifera, y tanto se le da de la libertad de Florencia como de la de Abisinia; pero se divierte, y eso es lo importante.

Entra Miguel Angel.

MIGUEL ÁNGEL

¿Estáis aquí, maestro Nicolás? Tengo mucho gusto en veros; desde hace años no se me había proporcionado ese placer; me parecéis pálido y abatido.

MAQUIAVELO

Antiguo compañero, estoy como un instrumento de música deshecho. Lo han pisoteado excesivamente. Algunas de sus cuerdas aun emiten sonidos; la mayor parte están rotas; el resto, desentonado. Pienso con algún placer en la probabilidad de abandonar dentro de poco esta envoltura mortal que tan mal me sienta.

MIGUEL ÁNGEL

Comprendo vuestro disgusto. Pero no hablemos de tal cosa; nos entenderíamos harto bien. ¿Qué

va a ser de Italia, adónde va? Yo he dejado a Roma por no caer en manos de los vándalos imperiales; llego a Florencia, y encuentro aquí todo patas arriba, y una revolución después de otras muchas. Los franceses, que no saben defender al Papa ni hacer nada ventajoso para nosotros ni para ellos, acaban de entrar en Pavía a sangre y fuego. En todas partes matanzas, matanzas, matanzas... Ya sé que en nuestros años juveniles se mataba lo mismo...

MAQUIAVELO

Con una gran diferencia: entonces la vida salía de la muerte, y hoy lo que sale de la muerte es otra muerte. ¿Me comprendéis?

MIGUEL ÁNGEL

Sí... casi casi.

MAQUIAVELO

¡Bien! Pero en aquellos tiempos en que éramos jóvenes vos y yo, los saqueos, las matanzas, las violencias de todo género no impedían de ningún modo a Italia, joven como nosotros, crecer y adquirir con nuevas fuerzas nuevos encantos. Ahora no pasa igual. ¿No notáis que los negocios de los italianos los hacían a la sazón los italianos mismos? Pues en la actualidad son los franceses, son los imperiales quienes dirigen, siembran, labran y cosechan. Entonces llamaban en su ayuda

a los bárbaros (muy erróneamente, de seguro), pero se les consideraba como auxiliares, a quienes uno u otro día, tras la derrota y destrucción del compatriota enemigo, contábase con echar a un lado. Así fué como los Sforza, el Papa y los venecianos, respectivamente, invocaron a los reyes Carlos VIII, Luis XII y Fernando de Aragón. El señor de Valentinois no tenía otro pensamiento. Los adversarios más opuestos en mira y en ambición entendíanse sobre este punto, lo cual era honroso para ellos. Al presente, el Papa, los milaneses, los florentinos, los napolitanos, no son sino maniqués cuyos hilos mueven Francisco I y Carlos; y nuestro valor no es más que una añadidura al valor de los dos grandes monarcas.

MIGUEL ÁNGEL

Hemos llegado a ser unos provinciales conquistados o por conquistar.

MAQUIAVELO

¡Peor que eso! Somos unos viejos agotados por la rabia inmoderada de todas las pasiones: somos ricos, y nos saquean; hábiles, y nos hacen trabajar para otro; célebres, y nos roban la gloria; sabios, y nos chupan la ciencia para transmitirla a extraños. Estamos perdidos, y rodamos más abajo de la ignominia.

MIGUEL ÁNGEL

¿Recordáis lo que nos decíais un día, en la Sixtina, a Francisco Granacci y a mí?

MAQUIAVELO

Razonaba entonces conforme a las probabilidades, y creía a la Santa Sede destinada a concentrar en sus manos todas las herencias. No adivinaba yo que Carlos V valiese lo que vale, ni aun Francisco I. ¡El primero es el verdadero Papa! No quiere reformas, ni mejoras, ni cambios. Pretende continuar el viejo mundo, con sus muertos méritos y su decrepitud activa; y hollando con sus pies al incapaz Pontífice y a la impotente corte de Roma, lo que ha resuelto asegurar es el mantenimiento y el triunfo de esa incapacidad y de ese envilecimiento. Pero, creedme, Miguel Angel, creedme: perecemos sin duda bajo sus golpes, porque tiene el brazo fuerte; pero él perecerá con nosotros. No ahogará la herejía, ni el espíritu de indisciplina, ni sus consecuencias; la voluntad más fuerte no podría rechazar las aguas torrenciales hacia lo alto de las pendientes que ya bajaron.

MIGUEL ÁNGEL

¡Sin embargo, mirad! En lo que concierne a Florencia, el estado de las cosas no os da la razón. ¡Otra vez son expulsados los Médicis y vuel-

ve la ciudad a su antigua religión republicana! El recuerdo de fray Jerónimo se enciende como la lámpara sagrada que arde ante los tabernáculos. Invócanse las lecciones del reformador; se recuerdan sus palabras, se restablecen sus ordenanzas, y hoy el Papa no vendrá cual antaño Alejandro a imponernos la muerte de nuestras doctrinas. ¡Harto más tiene que hacer! ¿Cómo salvarse él mismo? ¿No podríamos entendernos con el Emperador y apoyarnos en él para el mantenimiento, tan poco amenazador para él, de ese pasado que nosotros hacemos revivir?

MAQUIAVELO

Os digo que el pasado no revive jamás. Seguramente que el Papa se ve muy atormentado por el César: el César le tiene cautivo, le hace pasar hambre, le azota con brazo firme...; ¿pero no veis por qué? Es que ambos sirven a la misma causa, y el César halla a su compañero deficiente y perezoso. Cuando le haya doblegado a sus voluntades, no querrá sino lo mejor para ese pobre Pontífice; ¡la causa de ese pobre Pontífice es precisamente la suya! ¡Él preferiría ver en su lugar al Adriano VI a quien había hecho elegir, sacerdote ignaro, fanático cual él mismo, ávido de despotismo en todos sus géneros; pero ya no lo tiene; y, de grado o por fuerza, preciso le será arreglárselas con el Médicis. Por eso os traerá algún día los parientes de Clemente VII, y a fin de que

no caigan les revestirá de una autoridad que nunca disfrutó el magnífico Lorenzo; y entonces vosotros, que no sois más que unos pobres, malos, perversos, ignorantes, corrompidos, viles muñecos, unos tristes títeres de la libertad, llegaréis a ser súbditos de un príncipe lacayo y, por tanto, los más humillados de todos los miserables.

MIGUEL ÁNGEL

Habláis con aspereza, maestro Nicolás; vos mismo seréis de esas gentes a quien tan fuertemente menospreciáis.

MAQUIAVELO

No seré de ellas. La muerte me tiene cogido por el cuello y me llevará adonde no hay por qué ruborizarse. ¡Ojalá no me encuentre en el mundo futuro con un florentino! ¡Oídes gritar a esos miserables, tan ricos de voz y tan pobres de seso! ¡Miradles pasar!... Ni uno solo, entre las moléculas de la sangre que corre por sus venas, ha sentido nunca rodar un pensamiento serio; ninguno ha creído jamás resueltamente en lo que hacía. ¡No les acalora más que la emoción y la vanidad parlera!

MIGUEL ÁNGEL

Eso que decís está mal, Nicolás. Vos sufrís de cuerpo y de alma y eso os disculpa; pero, estoy seguro de ello, amáis, no obstante, a vuestra pa-

tria, a esta Florencia tan sin ventura por culpa de sus hijos, y que no por eso deja de ser una grande, una noble ciudad coronada de gloria, madre de muchos héroes, madre de artistas inmortales, y a la cual sus futuras calamidades, si es cierto que leéis exactamente el porvenir, deben haceros aún más querida.

MAQUIAVELO

Odio a esos períodos menos sonoros que engañadores. Si es cierto que Florencia ha visto salir de su seno héroes, es una madrastra: ha hecho lo imposible por aplastarlos; cuando no pudo, en cuanto el valor de ellos fué revelado a sus miradas, los atormentó, los despojó, los expulsó... Acordáos de Dante y de tantos otros. Y yo le diría a esa descocada: "¡Maldita seas, Florencia, en nombre de los héroes que has hecho salir de tus entrañas y devorado cual una alimaña salvaje!" ¡Amar a Florencia, yo! ¡La odio! Y vos debiérais hacer otro tanto, pues no una vez sola os ha constreñido a huir de sus murallas. ¡Si no hubierais tenido más que ella para cuidarse de vos, os hubieran estrangulado en vuestro propio guiso.

MIGUEL ÁNGEL

Y, sin embargo, yo le profeso amor y la serviría.

MAQUIAVELO

Nada ganaréis con eso, lo mismo que ella; pero, por otra parte, es posible que vos no perdierais tampoco gran cosa. ¡Sois Miguel Angel! Amáis a Florencia, pero es un lujo de cariño: no la necesitáis. Vuestra residencia está en Roma; y si continuara faltándoos en Roma, estaría en Venecia, en Milán, en París. Para honrar sus Estados, el César os abriría una vía amplia y triunfal. Os lo repito: sois Miguel Angel. Divertíos aquí mientras el corazón os lo pida; malgastaréis el tiempo, y mejor fuera que os ocuparais en vuestras obras maestras... Pero se dirá: "¡Cuánto amó a su país!" Esto producirá buen efecto en las páginas de vuestra historia. En cuanto a mí, yo no soy un artista cuya verdadera patria es el mundo; no soy un sabio que en todas partes puede encontrar honores y mantención; soy un mísero funcionario del más miserable de los Estados. ¡Y odio a este Estado, odio a Florencia!

MIGUEL ÁNGEL

Habéis nacido muy desgraciado, y no se os trató según vuestros merecimientos.

MAQUIAVELO

Tengo mujer, tengo hijos; son de la más añeja estirpe de Toscana... ¡Vos lo sabéis, vos: vengo de muy lejos!... ¡Y no hay pan en mi casa!

MIGUEL ÁNGEL

¡Verdad... verdad!... ¡Eso es una vergüenza!

MAQUIAVELO

Aprendí mucho: mi juventud se sepultó en los libros; por decirlo así, mamé con la leche de la infancia la sabiduría de la antigüedad... ¡Tanta prisa tuve en aprender!... ¡De qué me valió?... ¡Soy un pobre secretario, y nada más!

MIGUEL ÁNGEL

Maestro Nicolás, se os ha hecho la mayor injusticia, y comprendo la amargura de vuestro corazón.

MAQUIAVELO

¡No, no la comprendéis! Mientras era yo retenido en las últimas filas y constantemente veía retroceder el término de las más legítimas esperanzas, en todo momento sentía los codazos; me apartaban a un lado... ¡Y eran el primer bribón que llegaba, un pillastre, un burro con albarda, un hombre sin talento, sin conciencia, sin buena cuna, presuroso y que me tomaba la delantera! ¡Entretanto, me agobiaban de cumplidos: encomendábanme misiones, ora difíciles, ora peligrosas; cumplíalas bien, y a nadie le llamaban la atención; pero la ola de los lacayos me pasaba,

y otros lacayos me decían: “¡Permaneced ahí donde estáis!” Ahí he quedado toda mi vida; y creo que la humillación, el desaliento, el asco, la ira, que me han clavado las uñas en todos los rincones del corazón, me han sido aún más sensibles que la pobreza.

MIGUEL ÁNGEL

¡Ay, ay de mí! La vida es negra y mala. Y al acordarme de que yo también tuve que sufrir por la necedad y la imprudente ignorancia, ¡comprendo lo que os pasa!

MAQUIAVELO

¡No, no lo comprendéis! Cuando fray Jerónimo Savonarola vino a predicar su doctrina, era yo joven: amaba a los hombres, amaba a mi patria, amaba a Italia, creía en la posibilidad de la razón y en la de la virtud. Agoté todos mis esfuerzos para construirles nido. ¿Cuál fué el éxito de mis esperanzas? No hablemos de ellos. Pero como aun tenía yo cierto fondo de credulidad, imaginé que hombre tan hábil como el señor de Valentino podría crear un noble reino, dándole prudentes leyes y buenos ordenamientos; mandar a sus países a los extranjeros y que, en suma, ello era también cosa deseable. El señor de Valentino fracasó. En la actualidad está de moda el tratarle como al más espantoso de los monstruos, aun

cuando en materia de crueldades particulares o generales ni por sueños se le ocurrió nunca la mitad de las inutilidades sanguinarias ejecutadas por Carlos V (entre otras, el saco de Roma y el nuevo establecimiento de la Inquisición); pero es de tal guisa la inteligencia de las gentes, que para llevarse consigo los crímenes de una época necesita hacérselos cargar a cierto número de machos cabríos emisarios y, naturalmente, no elige para ello a los peores de los lobos. Toma los que menos defensa tienen, aquellos a quienes los perros han degollado y hecho pedazos; porque, ante todo, ella misma es cobarde.

MIGUEL ÁNGEL

Habláis con excesiva amargura; pero es cierto que tenéis lleno de lágrimas el corazón.

MAQUIAVELO

¡Yo no tengo a disposición mía ni una lágrima! Por el contrario, estoy absorto al ver con gusto cómo esa taifa de bribones, de locos, de tontos, de egoístas que me han mantenido en la categoría de un subalterno hambriento, ha trabajado tan bien a favor de sí misma, que la más vergonzosa esclavitud no será bien pronto sobre su cuerpo sino el harapo que cubra la más irremediable de las miserias. ¡Gloria a Dios! Esas gentes, digo, son más dignas de lástima que yo. Yo

moriré, y el mundo italiano vivirá, pero absolutamente deshonrado. Vosotros sois unos grandes hombres; hablo de vos y de vuestros amigos; pero cuando desaparezcáis, lo cual ocurrirá bien pronto, sólo quedarán vuestros copistas, y os copiarán bastante mal. Después vendrán los monos de imitación, que transformarán vuestros arranques hacia el cielo en ridículos brincos, y así concluirá todo cuanto hayáis hecho... Volvamos a casa.

MIGUEL ÁNGEL

Sí, volvámonos. Yo os daré el brazo y os llevaré a vuestro domicilio. Entre los grandes hombres de quien habláis, vos tenéis vuestro sitio, Nicolás.

MAQUIAVELO

¡De ningún modo! Yo no soy más que manipulador de ideas, y este hecho prueba que sólo he sido un soñador. Va muchísima distancia de ver lo justo a crear lo verdadero. De la misma fealdad hacéis vos una inmortal belleza, como con la más vil arcilla os es dado modelar formas encantadoras; puede perecer vuestro mundo; pero perduráis como un dios y vivís. Pero ¿y yo? Comprendí lo que era preciso intentar producir, mostré lo que era apetecible. ¿Lo han ejecutado? ¡No! ¿Qué queda mío? Un pobre hombre encorvado que va a desaparecer; y eso es todo. ¡Mejor que mejor! Entremos en casa.

MIGUEL ÁNGEL

Sí, vamos. Por mi parte, os confieso que, con esperanza o sin ella, serviré a la patria, emplearé cuanto sé en defenderla; y si ella hubiere de sucumbir, a lo menos habré cumplido yo con mi deber o lo que tal me parece.

MAQUIAVELO

No temáis dar hasta vuestra sangre: lo que realicéis en esta ocasión, como en las anteriores, os será bien pagado por la posteridad. Esta dirá: "Miguel Angel, aquel gran artista, para nada necesitó de Florencia; sacrificó esto y lo otro por ella..." ¡Marchad; vuestras coronas están dispuestas! Pero si yo fuese un necio y quisiera mezclarme en lo que pasa, me emplearían en cepillar la ropa de los grandes personajes que cada revolución saca del fango, y en el día de la derrota diríanme: "¡Viejo loco! ¿Cómo no conocisteis mejor a tus asociados?" ¡Y tendrían razón! Adiós, Miguel Angel; no espero volver a veros en este mundo.

MIGUEL ÁNGEL

Apretándole la mano.

¡Adiós!

Maquiavelo entra en su casa y cierra la puerta.

Este pobre Nicolás ve harto claro. No importa. Yo no tengo, en verdad, es cosa segura, las alas

atadas; puedo irme donde me agrade. La Fortuna, al ejercitar sus rigores en mí, al menos no me ha sometido a la voluntad de nadie. Defenderé a Florencia; y si Florencia no tiene razón, no por eso habré dejado de satisfacer un instinto de mi corazón.

P A R M A

El convento de los franciscanos. La cúpula de la iglesia.
El padre guardián; frailes; un fabriquero de la catedral;
el pintor Correggio.

EL PADRE GUARDIÁN

Tengo una cosa que decir, Allegri. Espero que no os incomodaréis; no deseo sino dirigiros palabras paternales y enteramente bien intencionadas.

EL CORREGGIO

Estad seguro de mi respeto, mi reverendo padre; sé que doy motivo a la censura de muchas maneras.

EL FABRIQUERO

Yo seré quien le hable, por cuanto mis conocimientos en pintura son muy serios y es difícil engañarme en este respecto.

EL PADRE GUARDIÁN

Sois un hombre entendido, muy entendido.

EL FABRIQUERO

Sí, pero sobre todo en pintura. Por tanto, os diré, maestro... ¿Cómo os llamáis?...

EL CORREGGIO

Me llamo Antonio Allegri; pero como soy natural de la aldea de Correggio, y a pocas millas de aquí, y en la cual habito, suelen darme el nombre de mi residencia.

EL FABRIQUERO

Preciso es que sepáis, maestro Correggio, que no sois pintor. No necesito más pruebas que esa confusión de colores con que habéis creído deber embadurnar la cúpula de esta iglesia.

EL CORREGGIO

Permitidme haceros observar, señor...

EL FABRIQUERO

Entiendo de pintura, y perded la esperanza de apearne de ello. Ahí dentro hay brazos demasia-

do cortos, piernas demasiado largas y narices de las cuales prefiero no decir nada. En cuanto al colorido...

EL PRIOR

Escuchad atento, Allegri; os las habéis con un hombre muy al corriente.

EL CORREGGIO

Escucho con atención, mi reverendo padre.

EL FABRIQUERO

En cuanto al color, diríase que habéis tenido el propósito de servirnos un plato de ranas.

Los frailes prorrumpen en carcajadas; el Correggio enrojece.

EL PRIOR

En todo caso, me permito esperar que sus sentimientos piadosos no le hubieran permitido tener semejante idea.

EL CORREGGIO

Permitidme que me retire.

EL FABRIQUERO

¿Estáis acaso descontento de mi franqueza?

EL CORREGGIO

Pues que según vos yo no soy pintor, más vale que no continúe mi trabajo y, por consiguiente, renuncio a él.

EL PRIOR

¿No continuaréis vuestro trabajo?

EL CORREGGIO

No, mi reverendo padre; podéis encomendárselo a quien os plazca.

EL PRIOR

¡Eso es un proceder inaudito!

EL FABRIQUERO

¿Sabéis que se pudiera forzaros por autoridad de la justicia a retirar vuestras inconvenientes amenazas?

EL CORREGGIO

Decid a la justicia lo que venga en gana; pero ningún medio tiene para ponerme el pincel entre los dedos.

EL PRIOR Y LOS FRAILES

Todos a la vez.

En ese caso, ¡no os pagaremos!

EL CORREGGIO

Dios me es testigo de que necesito dinero, pues en mi casa es grande la desnudez. ¡No importa! Prefiero perderlo todo y marcharme. Sólo he de recordaros que me debéis el precio de mi cuadro de Cristo en el jardín de los Olivos.

EL FABRIQUERO

Mi parecer, reverendos padres, es que paguéis en seguida a este hombre rapaz, cuyo amor al lucro no indica de ningún modo a un artista.

EL PRIOR

Maestro Allegri, esta escena me afecta en el más alto grado. ¡Jamás, jamás hubiera supuesto en vos tamaño orgullo y un carácter tan poco honorable! Cuatro escudos os daremos por vuestro cuadro, a fin de no tener con vos ninguna discusión.

EL FABRIQUERO

Este hombre va magníficamente remunerado.

EL CORREGGIO

Dadme los cuatro escudos y me voy.

EL PRIOR

Fray Honorio, llevadle con vos y contadle (en calderilla, por supuesto) la suma que exige. Siendo pena, hijo mío, muchísima pena, y, a decir verdad, tengo el alma desgarrada completamente por vuestro comportamiento.

EL CORREGGIO

Padres míos, y vos, señor: os saludo, y siento que no os convenga mi pintura.

Sale con fray Honorio.

EL FABRIQUERO

No os extrañéis de este escándalo, mis reverendos padres. Estas gentes de habilidades son seres violentos, coléricos, rabiosos, cuyo contacto es de lo más desagradable. So pretexto de que son superiores a los demás, créense por encima de todos. ¡Esto no se debe tolerar! Y en cuanto les hacéis oír alguna verdad que les desagrada, ya veis lo que ocurre.

EL PRIOR

En efecto, siempre he pensado que los hombres más ordinarios eran por muchos conceptos preferibles a los hombres...

EL FABRIQUERO

Extraordinarios... También soy de ese parecer. En todas las cosas se favorece con demasía a los artistas. Ningún trabajo nos costará encontrar, para que termine las pinturas de vuestra iglesia, algún buen muchacho, modesto, honrado y con quien pueda tratarse sin tantos remilgos. Me encargo de ello y respondo de que vuestra cúpula será más agradable, por ser ejecutada según mis ideas; porque es verdad que yo no pinto; pero entiendo perfectamente de este género de comercio.

BOLONIA

Una calle. Burgueses y artesanos, tristes y cuchicheando, están reunidos delante de una casa. Pasan dos viajeros a caballo.

PRIMER VIAJERO

¿Qué quiere esta muchedumbre? ¿Por qué esas caras mustias? ¿Qué ocurre?

VIAJERO SEGUNDO

Un accidente, sin duda. Señores, hagan el favor de dejarnos paso.

PRIMER VIAJERO

Mirad, unas mujeres llorando. Preguntémosles la causa.

VIAJERO SEGUNDO

Mi curiosidad está tan excitada como la vuestra. Ese maestro carpintero parece buena persona. Habladle.

PRIMER VIAJERO

Parando el caballo e inclinándose sobre el pescuezo.

Dispensad, señor.

EL CARPINTERO

En medio del grupo.

¿Qué se os ofrece, señor?

PRIMER VIAJERO

¿Querríais decirnos, si es permitida esta pregunta, cuál es la causa de estos grupos y por qué hay tantas personas desconsoladas?

EL CARPINTERO

¿Conocéis, sin duda, el nombre de Properzia de' Rossi?

PRIMER VIAJERO

¿Os referís a esa joven dama admirable que ha esculpido tantas hermosas estatuas y entre ellas los dos ángeles de mármol honor de la catedral de San Petronio?

EL CARPINTERO

¡Esa misma! Su renombre llena la Italia. ¡Properzia se muere!

VIAJERO SEGUNDO

¡Dios mío! ¿Qué decís? ¡Tan joven!

PRIMER VIAJERO

Nosotros somos lombardos y comprendemos el justo dolor de los boloñeses.

VIAJERO SEGUNDO

¡Dios mío! ¿De qué va a morir una mujer tan bella, tan perfecta? ¡Ella, tan brillante, tan admirada, tan feliz!

UNA MUJER

Golpeándose de un modo violento la frente con ambas manos.

¡Tan feliz, tan feliz! ¡Si precisamente porque no es feliz está muriéndose!... ¡El hombre a quien amaba la ha abandonado!

EN CASA DE PROPERZIA

Un amplio dormitorio. Las cortinas echadas ante las ventanas. Está oscuro. Properzia se halla tendida en un lecho semivelado por la obscuridad que llena el aposento; está muy pálida; sus negros cabellos inundan la almohada; tiene los brazos fuera de la cama y extendidos sobre las cubiertas; las cortinas, de damasco blanco y verde, están vueltas y anudadas alrededor de las columnas. Encima de una mesa hay redomas con medicinas, un jarro de plata, un lebrillo dorado, lienzos remojados, paños sangrientos. El padre, la madre, el marido de Properzia, un médico.

EL MARIDO

¡Háblame, querida mía!... ¿Sufres mucho?...

EL PADRE

¡Cómo! ¿No quieres decirnos ni una sola palabra? Mira, mira a tu desgraciada madre... Ahí está, ¿la ves? Morirá de pena... Bien lo sabes, ¿no es así?

EL MARIDO

Al médico.

Venid... a esta ventana...; tengo que deciros una cosa... Vamos allá...; hablemos quedo... Que nadie

nos oiga... Confesadme muy sinceramente la verdad... Soy hombre...; puedo oirlo todo... Ya sabéis que tengo valor... ¡Oh, tengo mucho valor!

Solloza.

EL MÉDICO

Vamos, vamos, calmáos, micer Luis, amigo mío.

EL MARIDO

¡Sí, vuestro amigo!... ¡Ah, ciertamente, necesito tener amigos! ¡Habladme como hace al caso! ¿Cuántos días, sí, cuántos necesitará para que yo la vea restablecida? Sí, ella, ahí... ¡Properzia!... ¡Mi Properzia!... ¿Sabéis de quien quiero hablaros?...

EL MÉDICO

¡Ay, mi pobre micer Luis!... Ya os previne...; yo he hecho todo lo posible... Ya sabéis que fray Bento está advertido, y le oigo en la escalera trayendo el santo viático.

EL MARIDO

Pero no queréis decir con eso, ¿no es así?, que...

EL MÉDICO

¡Micer Luis, hombre infeliz!... Decid adiós a vuestra mujer.

PROPERZIA

Con voz muy débil.

¿Por qué no me muero?

EL PADRE

No oigo lo que me dices, querida... ¿Te sientes mejor?...

PROPERZIA

Indiferente.

Sí.

EL MARIDO

Inclinándose hacia ella.

Sólo te pido una cosa...: que no me dejes... ¿Me oyes?

PROPERZIA

Sí.

EL MARIDO

Me permitirás amarte... Tú no me amarás, si quieres.

Properzia le mira, contempla a sus padres y la habitación, y medio se vuelve hacia la pared. Entra fray Bento y se sienta a la cabecera de la cama.

FRAY BENTO

Properzia, os he visto nacer. Os tengo el más tierno afecto... ¿Lo recordáis?

PROPERZIA

No.

FRAY BENTO

A los presentes.

Apartáos, os lo ruego; id al otro extremo del cuarto. Necesito estar a solas con mi penitente.

EL MÉDICO

Daos prisa, fray Bento; se nos va.

FRAY BENTO

Hija mía, carísima hija, mi gloriosa hija, ¡has padecido mucho!... Dime que te arrepientes...; ¡todo te será perdonado! Habla pronto, habla; en nombre de tu salud eterna..., ¡conjúrote a ello!... ¡Ah, Santísima Virgen!... ¡No va a tener tiempo...; se empañan sus ojos!...

Properzia se agita y sus manos extendidas parecen buscar algo.

Mi Properzia, hija mía, ¿no es cierto que te arrepientes?... ¿Te arrepientes?...

PROPERZIA

¡No lo sé!

Muere.

V E N E C I A

El taller de Tiziano. Cuadros concluidos o esbozados. Tiziano, viejo, con largas barbas blancas, una gorra de terciopelo negro en la cabeza, vestido con un ropón de tabí rojo, con una cadena de oro de caballero al cuello. Está sentado en un sillón; junto a él el Aretino, faz llena de fuego, viva, espiritual, noble; gran movilidad de ademanes.

EL ARETINO

Amigo mío, os he nombrado en mi última epístola al César. Hace un mes os elogí mucho en mis versos dirigidos al Papa (los cuales, entre paréntesis, no me han sido pagados lo bastante); de suerte que os volveré a alabar aún más de firme en los que voy a enviar al rey de Inglaterra, cosa que impacienta siempre a Paulo III, como se enfadaba Clemente VII cada vez que publicaba yo algún elogio de ese monarca herético. ¿Pero por qué será tan tacaña conmigo la corte de Roma? En resumen: me haríais un favor si me dierais una veintena de escudos de oro.

TIZIANO

Maravilloso oficio, maestro Pedro, es el que habéis inventado. Con tres hojas de papel sobre las cuales vertéis con vuestro estilo algunas burdas adulaciones sostenidas con media docena de embustes y enderezadas a Pedro o a Santiago, ganaréis más dinero que ningún poeta, sabio o doctor haya jamás podido recoger en treinta años de vigiliass y labores.

EL ARETINO

¿Sabéis por qué?

TIZIANO

Porque los hombres gustan de la alabanza.

EL ARETINO

Y temen la injuria. Yo arañó tan bien como acaricio; y nadie queda muy satisfecho al ver en mis hojas sueltas, ávidamente acogidas por toda Europa, su nombre enlodazado entre un montón de chismorreos cuya verdad poco me importa. Quien paga es alabado; al que no paga, lo destrozó lindamente, y los lectores creen lo mismo a pies juntillas cuanto imprimo. Pero ¿qué me daréis vos por mis últimas cartas?

TIZIANO

Diez escudos.

EL ARETINO

Me daréis veinte, micer, y no frunciréis el entrecejo, por añadidura. ¡Qué demonio, me parece que por mí tenéis bastantes buenos encargos, bastantes retratos! No os cuesto caro.

TIZIANO

¡Sea! Pero haréis el favor de decir acá y acullá que todos esos granujas que hoy hacen pinturas en Venecia no valen lo que repiten los tontos.

EL ARETINO

Supongo que, en ese caso, tendrán que salir de mi pluma los nombres del Veronés, del Tintoreto y del Bassano, rodeados de epítetos que no les hagan mucha gracia.

TIZIANO

¡Cabal! Son gentuza que ha salido de mi taller. Se han portado conmigo de la manera más indecente, y me parece miserable el verles, cual acontece, vender sus composiciones con detrimento de las mías, sólo porque me han robado ciertos conocimientos que yo no tenía intención de comunicarles. Pero, sin embargo, no se trata sobre todo de esos ignorantes.

EL ARETINO

No os ocultaré, sin embargo, que esos ignorantes hacen cosas bastante bellas; pero, no importa, diré de ellos todo lo malo que queráis, así como de ese otro cuyo nombre necesito saber.

TIZIANO

El otro es Paris Bordone. Positivamente, me veo insultado por ese vagabundo.

EL ARETINO

¿Insultado? ¿Cómo entendéis eso?

TIZIANO

¿Que cómo lo entiendo así? ¡Me llenáis de asombro! ¿No ha logrado, en fuerza de intrigas, ese tunante, ese mendigo, obtener el encargo de pintar la capilla de San Nicolás, de los frailes Menores? ¿Pensáis que aguantaré yo tal insolencia? ¡Un mal aprendiz, que no tiene dieciocho años, hacerse dar una capilla, cuando aquí estoy yo, un viejo, un hombre (me atrevo a decirlo) consumado en su arte! Quiero ser yo quien la pinte, y supongo que en Venecia nadie pretenderá disputármelo.

EL ARETINO

Pero es menester que los otros artistas tengan algunas ocasiones de lucirse y de ganarse la vida.

No os encuentro razonable, micer Tiziano. Paris Bordone es un joven, es verdad, y hasta un muchachuelo; vos sois el primer pintor del mundo, nadie lo pone en duda; pero cuando veo que, gracias a Dios, a vuestro talento y un poco a mis recomendaciones, sois con mucho el artista más rico de Italia, que hace y vuelve a hacer los retratos de todos los potentados y tiene vara alta en todas las empresas, os hallo algún tanto duro al no querer que los otros pintores ensayen su ingenio junto al vuestro.

TIZIANO

Eso es palabrería. Si yo no tuviese cuidado, tales intrigantes sin vergüenza, que a cada minuto se presentan con unos malos pinceles y tratan de abrirse paso, pronto me hubieran hecho olvidar y entonces estaría lampando de hambre. Dejad esos dicharachos con que me aburrís y sabed que mientras viva no aguantaré, si puedo, ningún competidor, ningún rival. ¿Queréis ayudarme, sí o no?

EL ARETINO

Convenid en que sois un hombre terrible y verdaderamente implacable. ¿Qué de pesares no causasteis al Giorgione? ¡De ellos ha muerto! Durante vuestra existencia, muy larga, por fortuna, habéis producido muchas obras maestras; pero no habéis hecho menos jugarretas a vuestros adver-

sarios. ¿Y quiénes son vuestros adversarios? Acabáis de decirlo: cuantos manejan el pincel en Venecia.

TIZIANO

Os daré dos dibujos a lápiz rojo; ahí están, en esa carpeta; y cada uno vale cuarenta escudos de oro, lo menos. Os los daré, digo, pero habéisme de servir a mi gusto en este asunto de Paris Bordone. Quiero que le retiren el encargo de la capilla de los frailes Menores.

EL ARETINO

¿Me daréis esos dos dibujos?

TIZIANO

Os los regalaré, y estimo que es un presente considerable.

EL ARETINO

Después de todo, no se me da un higo de que ese Paris Bordone adelante o no en su camino. No es asunto mío. Escribiré contra él y además hablaré a los procuradores.

TIZIANO

¡Negocio concluído! Poned manos a la obra en seguida. En cuanto a mí, me dirigiré al Dux, y si puedo hacer que echen a ese mozuelo presuntuoso, será negocio excelente.

EL ARETINO

Lo que más me gusta en vos es que, a vuestra edad, sois tan resuelto e impetuoso como un joven. No conviene desagradaros, y tengo pensado escribir sobre el particular un paralelo a la manera de Plutarco.

TIZIANO

¿Con quién me vais a comparar? Os lo ruego.

EL ARETINO

Con Miguel Angel.

TIZIANO

¡Buena idea! Será menester asentar eso por escrito, ya en verso, ya en prosa, y enviarlo por toda Europa; aparte de que con ello se aumente mi fama, estoy seguro de que así venderé más cuadros.

EL ARETINO

No sé si mi pensamiento es únicamente en ventaja vuestra. Conforme envejecéis vais haciéndoos más altivo y más acerbo. No conviene aproximarse a vos, señor y amigo mío; deciros algunas verdades es lo más audaz a que puedo atreverme yo, a quien tiene miedo cada cual y vos mismo como los demás. Por el contrario, Miguel

Angel, a quien ha pocos años conocí con el temperamento más taciturno y el humor más levantisco, se va haciendo cada día más dulce, y, conforme avanza en años, se inclina casi a la santidad. Otro punto me choca: mucho conozco a Miguel Angel; más también conocí a Rafael y he conocido al Bramante, al Sansovino, a Andrés del Sarto, así como oí contar bastantes veces la vida y las acciones del gran Leonardo. Todos esos hombres tenían la imaginación iluminada por máximas verdaderamente sublimes, y lo mismo ocurre con los que aun siguen viviendo. Son pintores admirables; pero también filósofos; gustan de considerar el fondo de las cuestiones más abstrusas y hablan de la belleza como amantes lo bastante dichosos para haberla visto sin velos en el seno del puro azul del cielo. Respecto a vos, nunca os vi en ningún éxtasis. Sois de seguro el pintor más admirable que el mundo ha producido, y Miguel Angel sólo os niega un puesto a su lado, alegando en vos cierta flojedad en el dibujo. Pero sois un pintor que, admitido a poseer cuanto de más exquisito manifiesta la naturaleza real y viviente, parece no haberse percatado nunca de lo que está por encima de ella, ni haber permitido a su espíritu que volase en busca de un ideal.

TIZIANO

¡Me he guardado mucho en hacerlo! Honro cual debo el mérito de los grandes artistas, cuyos

nombres acabáis de pronunciar. Han ejecutado cosas admirables, y más hubieran hecho al no haber perdido parte de su tiempo en desvaríos sin objeto. Un pintor debe pintar, y no divagar como un profesor en su cátedra. Debe pintar torsos, brazos, piernas; poner en las caras que reproduce la animación requerida, acariciar el colorido con brillantes rayos de luz, rodearlo hábilmente con las cálidas sombras que los hacen resaltar, y para conseguir los más felices resultados no necesita saber lo que ha dicho Ariosto, sino tan sólo lo que representa un modelo, a quien pagará con algunos pedazos de cobre, y necesita un taller donde penetre bien la luz.

EL ARETINO .

Rafael prefería encontrar dentro de sí mismo los tipos de sus Madonas, y su espíritu, refinado por la reflexión y lleno de imágenes, de líneas, de relieves maravillosos, entre los cuales escogía, parecíale el mejor de los guías.

TIZIANO

Yo prefiero hallar mis madonas en la calle y hacerlas respirar en el lienzo, donde transporto su imagen, toda la altivez de la vida real. Yo hago doblemente existir a las criaturas de Dios, pues las pongo tales como son, con sus movimientos, con su verdad, en el mundo de los colores y a la luz con que el verdadero sol las anima. Yo las

hago lo mismo que las veo, y en eso está precisamente mi triunfo: en verlas, en copiarlas, y no hay nada superior a esto.

EL ARETINO

Perdonadme; os equivocáis un poco. Yo os admiro, sin duda, micer Tiziano, como conviene admiraros; pero, sin embargo, no estoy de humor para negar a los artistas de Florencia y de Roma el respeto que también se les debe. Vos mismo lo sabéis: os acusan, ¡y es Miguel Angel quien lleva la palabra! Os acusan de no haber estudiado en vuestros años juveniles, antes de comenzar a pintar; y he ahí, dice, la poca solidez de dibujo, lo cual rebaja las obras de vuestro genio.

TIZIANO

Me río de esa jocosa calumnia; yo dibujo tan bien como la misma Naturaleza.

EL ARETINO

Eso es precisamente lo que los maestros os echan en cara: que dibujáis tan bien como la Naturaleza, y que no dibujáis mejor que ella. La Naturaleza indica por completo lo que ha de reproducirse para expresar lo bello. No siempre lo da; por lo común sólo presenta aproximaciones más o menos satisfactorias; abunda en ideas abortadas; sus creaciones son defectuosas por un as-

pecto cualquiera. Y aunque sólo fuese por el carácter de vulgaridad de que a ninguna cosa priva, ni aun a sus más magníficas obras maestras, no merece copiarse lo que produce, sino atender no más que a lo que propone. He aquí por qué son grandes los pintores de Florencia y de Roma: porque siempre tienen en sí el ideal que la Naturaleza aconseja, y no la realidad que suministra.

TIZIANO

No dudéis de que comprendo vuestras máximas. Yo mismo las he examinado y las he dado vueltas en muchos sentidos. Pero ¿sabéis cuán peligrosa pretensión es la de proponerse soltar la mano del único guía a que el artista puede confiarse para ir a buscar en los espacios imaginarios unos senderos adonde no os acompaña vuestro guía? Yo admiro a Rafael, admiro a Miguel Angel; pero ¡cuán fácil resalta desviarse al escuchar la pretensión de hacer como ellos hicieron! ¡Ved a sus discípulos! Esos pretensos adoradores del ideal comienzan en nuestros días a tantear en las tinieblas, y sus obras muestran ya los resultados de su insolencia. Queriendo producir mejor que la Naturaleza, por encima de la Naturaleza, nos dan abortos y seres retorcidos, a quienes falta el soplo de la vida. No dudéis de que este mal ha de ir siempre en aumento; tengo para mí que no hay medio de equivocarse haciendo lo que yo hago, y no estoy dispuesto a dejarme seducir. ¡El más

grande pintor de retratos que jamás el mundo ha conocido soy yo! Mis sucesores no tendrán más que seguir mi camino para merecer elogios.

EL ARETINO

Yo no digo que no seáis admirable.

TIZIANO

Pero me dáis a entender que soy inferior. ¡Os engañáis! Yo no cedo ante ninguno; y, precisamente, el César, y con él todos los reyes del mundo, todos los grandes señores, cubren mis lienzos de un oro bien merecido. En el fondo, micer Pedro, los cuadros que se venden y el precio en que se venden, no es preciso buscar en otra cosa la medida del mérito. Esta es la moda del tiempo, y es buena. En mi juventud hacíaase poco caso de esta verdad, y sobre todo vuestros artistas predilectos pretendían ser desinteresados. Sus discípulos y sucesores están curándose de aquella locura. Tienen en mucho aprecio a los ducados y trabajan por los ducados, como vos y como yo; apruebo su conducta.

EL ARETINO

Los ducados son bonitos y buenos; reunidos en gran número dentro de una bolsa, ejecutan la más linda música que puede acariciar al oído. Pero es grato razonar acerca de los principios. En resu-

men: en el mundo hay mayor número de gentes capaces de apreciar vuestro método que de tomar gusto al de vuestros rivales.

TIZIANO

La gloria no mete ruido sino por el número de las aclamaciones.

EL ARETINO

Miguel Angel no sería de vuestro parecer.

TIZIANO

Por eso Miguel Angel es un personaje tenebroso que jamás conoció las dulzuras de la existencia... En fin, basta ya de esto; y no dejéis de cumplirme la palabra dada, castigando la insolencia de Paris Bordone y de mis otros enemigos.

EL ARETINO

Voy a ponerme a hacerlo inmediatamente. Dadme aquella hoja de papel; me basta llenarla con unas cuantas patas de moscas y doy el triunfo o la ruina, la fama o la ignominia, la vida o la muerte, absolutamente como se me antoje. Ni siquiera necesito talento; nada tengo que ver con la verdad; no necesito otra cosa sino las orejas de asno de la necedad humana. ¿Véis aquella hoja de papel? ¡Impresa, valdrá dentro de poco dos sueldos!

BRUSELAS

1555

El palacio. El gabinete del Emperador; Carlos V, el infante don Felipe, rey de Inglaterra y de Nápoles, de pie ante su padre; éste, sentado en un sillón de cuero negro.

CARLOS V

Para lo que tengo que deciros, infante don Felipe, sentáos y cubríos.

El infante obedece.

Habiendo llegado a madurez ciertas ideas que me agitaban desde cosa de un año a esta parte, ha llegado el momento de comunicáros las. Pretendo abdicar el poder confiado por el cielo a mis manos y transmitiros mis coronas.

DON FELIPE

Vuestra majestad tiene, sin duda, concluyentes razones para una resolución tan grave.

CARLOS V

Estoy enfermo, débil, cansado. Cuando considero el modo cómo reinan o han reinado tantos monarcas, encuentro dura la tarea que me fué impuesta. Por otra parte, los hechos hablan por sí mismos. Para dar idea de lo que fué mi vida, basta recordaros qué Estados están en este momento reunidos bajo el cetro de nuestra casa. El Imperio, Flandes, la Borgoña y el Artois, los Reinos de España, conservan en un mismo haz a Nápoles, el Milanesado, la Cerdeña; por vuestro casamiento con la reina María, he agregado la Inglaterra a esta presa inmensa; mi pabellón ondea sobre las fortalezas de Africa, y el continente infinito de las Nuevas Indias obedece sin resistencia a mis leyes. Para mantener, consolidar y hacer que avance tan enorme máquina, mi vida no ha sido más que un continuo viaje. He ido nueve veces a Alemania, seis veces a mis dominios españoles, cuatro veces a Francia, siete veces a Italia, diez veces a los Países Bajos, dos veces a Inglaterra, otras tantas a Africa; y once veces mis naves me han hecho cruzar los espacios del mar, no tan tempestuosos, empero, como las olas de esos interminables negocios que he tenido que vigilar constantemente. Os lo repito: estoy fatigado, y vais a ir a ocupar mi puesto.

DON FELIPE

¡No permita Dios que yo discuta mi obediencia! Estoy harto convencido de la solidez de las voluntades del César para someterle la menor objeción.

CARLOS V

Tenéis razón al tomar como vuestra regla la santa, la grande, la omnipotente obediencia. Vais a exigirla en lo sucesivo a los demás, por lo cual es muy justo y loable el oírlos invocarla en este momento. Habéis visto los dos verdaderos polos del eje alrededor del cual debe girar el mundo, y si tengo algún mérito que reivindicar ante el Juez eterno cuando me presente a su tribunal, es el de haber facilitado los movimientos del mundo sobre estos dos polos; todo debe ser en adelante mando y sumisión. Aún queda inmenso trabajo para asentar el dominio de ambos principios y hacer que en torno reine el silencio más absoluto; pero mucho he conseguido ya. Cuando me encargué de conducir pueblos (la Historia debe decíroslo) todo era desorden, y sobre los países cristianos desplegaban su anarquía insensatos privilegios, usos y costumbres: los nobles daban órdenes, los ciudadanos rehusaban cumplirlas; los campesinos, ¡los mismos villanos! en sus aldeas hablaban y pretendían emitir y sostener sus pareceres. Italia, más indisciplinada que los demás pueblos, en-

greída con su ciencia y la belleza de sus trabajos, gritaba, producía gran estrépito; dando los nombres más retumbantes a las locuras más absurdas, hablaba de verdad, de justicia, libertad, y amenazaba hasta a la institución misma de la Santa Iglesia. Alemania, más grosera, más tenaz que su perversa y brillante hermana, la ganó en velocidad: con los abominables libelos de sus sabios, preparó el monstruo del luteranismo. En este momento, D. Felipe, la cristiandad tuvo, naturalmente, que buscar su apoyo en los sucesores de San Pedro. Pero, por desgracia, allí se desplegaba más particularmente el exceso del mal. El mismo Papado se apartaba de la fe, se complacía en las invenciones más dañinas del espíritu moderno. Por tanto, no extrañaréis que Francisco I como Enrique VIII hayan visto estallar en sus reinos las abominaciones calvinistas y luteranas; como León X y Clemente VII, sufrieron su influencia deletérea; dejáronse llevar, a lo menos por un instante de ideas, en apariencia ventajosas, pero en realidad no menos mortales para la monarquía que para la religión. Cuando comprendieron el peligro, echaronse atrás, aunque harto tarde: sus Estados se hallaban ya invadidos. Respecto a mí, ni un solo día estuve seducido; y desde el primer minuto en que el mal se manifestó, mi juicio fué seguro y lo he combatido por medio de los más enérgicos antídotos. Ya sabéis cómo, ensayando en primer término los medios más rápidos, quise salvar a la Iglesia por ella misma: puse a Adriano en la cá-

tedra de los apóstoles. Murió casi al momento de su entronización; y los cardenales, saturados de todas las embriagueces del voluptuoso infierno que poseía a Italia, ya no quisieron ensayar una necesaria disciplina. Para contrarrestar mis esfuerzos arrojáronme un Clemente VII, peor que su primo. En tan grave coyuntura, no me detuve ante ninguna consideración: constreñí al Papa a ser Papa y seguir su camino; levanté la espada del Imperio contra el báculo, y di a Clemente en la cabeza. Tomé a Roma, establecí un señor en Florencia, expulsé para siempre a Francia del Milanesado; finalmente, maté a Italia. Miradlo bien, don Felipe, y veréis que con este último acto he facilitado singularmente vuestra tarea. Reina el silencio ahora en la Península entera. Proseguid mi obra. Acordáos que cambiar su carácter es a la vez comprometer la seguridad de vuestras coronas y la salvación de vuestra alma.

DON FELIPE

He escuchado a vuestra majestad con la más religiosa atención. Puedo responderos que sobre el punto principal, el inflexible mantenimiento de la obediencia, pocos reproches tendré que hacerme hasta el fin de mi vida. Sin duda me encomendáis una tarea facilitada por la sumisión de Italia; pero lo que aprecio sobre todo son las dos principales creaciones de vuestro reinado: la Inquisición engrandecida y la formación de los padres de Je-

sús. Por medio de estos instrumentos, empapados en el más rígido espíritu de obediencia, y de quienes tengo el propósito de valerme mucho, me será posible continuar salvando después de vos a la Iglesia, sin contar con la Iglesia, y aniquilar la herejía política tanto como la herejía religiosa. En adelante, ya no es nada Italia: España es todo. No tiene otro rival que Francia; y como la lucha, acaudillada por vos contra esta potencia, es de día en día más encarnizada, será menester que o sucumba España o sucumba Francia. Yo no llevaré una vida de soberano más dulce de lo que la vuestra ha sido.

CARLOS V

El trabajo devorará vuestros días, como devoró los míos. Pero uno y otro no somos más que servidores de la cruz y del cetro, y, desde muchos puntos de vista, monjes de una orden religiosa, cuyos miembros son poco numerosos; pero como su finalidad es particularmente grande, excepcionalmente pesada tiene que ser su regla. Los monjes, como vos y como yo, cuyo monasterio es un palacio, cuya celda es una cámara resplandeciente de oro y pinturas, cuyo hábito es una armadura de acero unas veces, un manto de terciopelo otras, esos monjes viven y vivirán en medio de pretendidas suntuosidades, como viven sobre paja sus pobres hermanos de los conventos. Lo que nos rodea no es más que paja para vos y para mí; el

asceticismo de nuestro pensamiento reduce a lo más ínfimo de la nada los aparentes goces de la tierra. Esos goces, esos miserables goces, esos esplendores, esos vergonzosos esplendores, esas elegancias, esas ignominiosas elegancias, los había colocado Italia más altos que jamás los viera ningún país, ningún siglo. Yo he puesto el pie sobre la Italia; una vez más, lo mismo haréis vos con todo lo que se le asemeje o tornársele quisiere. No vive tan harto el mundo de pan como de disciplina. No dejéis caer nunca en olvido esta verdad, en lo que a vuestros vasallos atañe.

DON FELIPE

Con sonrisa triste.

Las alegrías pecaminosas no son de mi deber, como, a lo que creo, tampoco están en mi temperamento. Suplico a vuestra majestad tenga confianza en mi firme propósito de remitir para el tiempo de la vida inmortal, que se trata de merecer todo cuanto pudiera parecerse a la más leve diversión de mi espíritu.

CARLOS V

Dejadme a solas; necesito recogerme. Mañana se reúnen los Estados de Flandes, y ante ellos he decidido manifestar mis designios públicos. Marchaos, don Felipe.

Don Felipe saluda y se retira.

R O M A

El taller de los Zuccheri. Taddeo y Federico Zuccheri; Girolamo Siciolante, Orazio Sammacchini; otros jóvenes pintores. Todos trabajan con extrema actividad, unos manejando la brocha sobre lienzos inmensos, otros pintando decoraciones, montadas en armazones de madera, o terminando cuadros de diversos tamaños.

FEDERICO

A mí se me da un ardite ni de la naturaleza ni de lo ideal; cuando uno se divierte en eso se muere de hambre. Lo importante es formarse un estilo propio; y cuando tengáis esa manera, entonces ¡pintad aprisa y mucho! Así ganaréis dinero y reputación.

TADDEO

Llevad esta figura; ya está dispuesta. A propósito, ¿sabéis cómo anda el Baroccio y Durante del Nero en la fachada de palacio que les encomendó el cardenal Farnesio?

SAMMACCHINI

Debe de andar muy adelantada, si no está concluída. Trabajan como esclavos; en ocho días ter-

minaron cuatro figuras desnudas de veinticinco pies de alto.

FEDERICO

¡Ved cuán bravos artistas! ¡Mucho y pronto; todo está en esta máxima! ¡Cuán brillante ha llegado a ser el papel que los pintores valientes, los escultores hábiles y los arquitectos intrépidos pueden representar en el mundo! Ya no se mira más que a nosotros: nadie cuida, como en otro tiempo, de política ni religión; sólo importan las artes. He oído decir a mi padre que en sus tiempos Italia estaba siempre en llamas; batíanse por una futesa; cada cual tenía mil intereses en qué preocuparse. Hoy, gracias al Emperador, gracias al orden admirable que sus ejércitos ha establecido, se vive con tranquilidad, se gana dinero y no hay nada que desear.

TADDEO

¡A fe mía, hartas cosas deseaba yo cuando me empleaba Giovampero de Calabria en molerle los colores, y su mujer me molía como si fuera yeso, dejándome morir de hambre.

FEDERICO

Hay que empezar por algunas molestias; pero eso no es motivo para que un gran artista se desaliente. Hoy hay mil maneras, desconocidas en otras épocas, para salir de apuros. Unos en-

tran en casa de un cardenal o de un señor como pintores domésticos, y visten bien y comen a la mesa de los pajes; otros van a Francia, a Alemania, a España, y ejecutan para los bárbaros cosas que se les pagan a precios locos; en fin, cuando se ha adquirido un poco de renombre, no hay buen burgués que no se crea obligado a caer de hinojos ante vosotros para obtener una obra maestra. Testigo nuestro bravo maestro de postas, Mattinolo, que te ha hecho pintar a ti, Taddeo, la fachada de su nueva casa al claroscuro; y bien sabe Dios que los tres asuntos que le has representado de la historia de Mercurio no se los has dado por poca cosa.

SICIOLANTE

Lo que decís, maestro es la pura verdad; pero fijaos también en ciertas cosas desagradables que hace pocos años no se conocían.

FEDERICO

¿Cuáles? Haz el favor.

SICIOLANTE

Antes los extranjeros nos compraban nuestros cuadros y nos llevaban consigo para que decorásemos sus edificios. En la actualidad, esos salvajes han aprendido a pintar, y véis por las calles de Roma a franceses, flamencos y españoles que nos quitan nuestros parroquianos.

SAMMACCHINI

Y también les damos a menudo cuchilladas a esos intrusos; pero, no obstante, aumenta su número y esto acabará por perjudicarnos, es verdad.

TADDEO

La culpa la tienen el Papa y los señores. Olvidan el respeto debido al gran estilo, y quieren novedades. Un cardenal os dice muy orondo: "Venid a mi casa y veréis allí un cuadro único, admirable asunto, ejecución llena de fuego. Es un mono a caballo en un unicornio y dando bocados a un melocotón. El autor es un flamenco recién venido." En seguida acuden los imbéciles a casa del flamenco, y durante seis meses no se quiere más que monos, unicornios y melocotones.

Entra el arquitecto Francesco di San Gallo.

SAN GALLO

Buenos días, maestro Taddeo. Federico, te saluda.

TADDEO

Buenos días, maestro. Parece que estáis bueno, y me alegro mucho de ello.

FEDERICO

Pero ¿qué te pasa? Frunces el entrecejo. ¿Estás de mal humor?

SAN GALLO

Con menos motivo pudiera estarse. El vejestorio de Buonarotti no me deja día bueno. Como ese loco tuvo talento en otros días, no quieren percatarse de que ya no anda bien de la cabeza, y no hace sino cometer tonterías.

FEDERICO

Es una vergüenza el verlo aún, con sus años, disputar el terreno a los artistas jóvenes. ¡Debieran enterrar a ese Miguel Angel!

SAN GALLO

Todavía tendrá tiempo para echar a perder la cúpula de San Pedro. Por más que se lo prevengo al Papa y a los cardenales, no encuentro un hombre bastante animoso para atreverse con esa antigua reputación en jirones.

FEDERICO

¡Le temen! ¡Es tan despótico e insolente! ¡Y qué entendimiento tan corto y obtuso! He querido hacerle comprender mi nuevo método de di-

bujo que ha de hacer accesible el arte a todas las inteligencias, y ha hecho gala de reírse de él. Lo cierto es que no se halla en estado de comprender nada.

SICIOLANTE

Deberían quitarnos de en medio a estos rancios. Tal vez supieran hacer algo en sus tiempos. Pero la verdadera grandeza, la verdadera delicadeza, lo fino y pulido de las cosas, ¡eso no lo sospecharon jamás!

SAN GALLO

¡Es incontestable! ¡Ese pícaro Buonarotti es un tirano, lo sostengo! Ciertamente, repite que desde hace diecisiete años trabaja en la cúpula de San Pedro. ¡Como si eso fuese una razón!

FEDERICO

Eso es razón para que le destituya a escape. ¡Que deje el puesto a los jóvenes, apremiados por crearse una fortuna y una reputación! Debieran prohibirle tocar en adelante un pincel, un cincel o un compás.

Entra Pirro Ligorio, arquitecto.

PIRRO LIGORIO

¡Tenéis razón! Buonarotti ha vuelto a la infancia. Acabaremos por convencer de ello a todo

el mundo, a pesar del Vasari, a pesar del Salviati, a pesar de todos los viejos carcamales que nos quedan aún de su secta. Tengo un negocio que proponeros. El cardenal me envía en busca de Federico para enseñarle unos cuadros flamencos que intenta comprar.

SICIOLANTE

¿Lo oís? ¡Qué bobada! ¡Llévese la peste a vuestro cardenal. ¿Acaso no hay artistas en Italia?

PIRRO LIGORIO

¿Qué queréis? Es la enfermedad de la época. Se trata de cuatro cuadros de Wilhelm Key; tres de Antonio Moor, de Utrech, y una tabla de Martín de Vos, de Amberes. Os diré, para consolaros, que un señor de Alemania ha mandado aquí a su intendente. Yo he visto a este hombre digno: tiene el encargo de procurar cuarenta lienzos, de todos tamaños, a su señor. Pagará bien. ¿Estáis enterados?

TODOS LOS ARTISTAS

¡Bravo, Ligorio! Ciertamente, lo estamos.

PIRRO LIGORIO

En marcha, Federico. Yo arreglaré el negocio de todos vosotros esta misma tarde con el honrado tudesco.

Una sala en el palacio Colonna. Doña Victoria, marquesa de Pescara, vestida de luto, está leyendo junto a una mesita de ébano, sobre la cual hay una lámpara de plata. Dos damas de honor y una dueña, con grandes cofias, hacen labores de aguja en el fondo del aposento. Hay fuego encendido en la chimenea, y los leños chisporrotean entre las llamas.

Entra un gentilhombre de servicio.

EL GENTILHOMBRE

Señora, el señor Miguel Angel sube en este momento la escalera.

LA MARQUESA

Está bien; alumbradle.

Se levanta y se dirige a recibir a Miguel Angel, quien aparece en lo alto de la escalera, precedido por pajes con la librea de Ávalos y antorchas en la mano.

Buenas noches, amigo mío. ¿Cómo os encontráis con esta noche algún tanto fría?

MIGUEL ÁNGEL

Beso la mano a vuestra excelencia. Me hallo mejor de lo que pudiera esperarse en un viejo.

LA MARQUESA

Espero que no habréis venido solo.

MIGUEL ÁNGEL

No; desde que me habéis prohibido ir a mis anchas y sin que me acompañen, ya no lo hago. Antonio me ha alumbrado con su linterna hasta la puerta del palacio, y aquí he encontrado a vuestras gentes, que me han tratado como a un gran señor.

LA MARQUESA

Venid a ponerlos aquí, junto a la chimenea... Mirad..., en este sillón... Catalina, no os mováis... Yo quiero servir a Miguel Angel. ¡Bien! Acercad los pies al fuego.

MIGUEL ÁNGEL

Sentado.

Os dejo hacer, señora marquesa, os dejo hacer... Un alma como la vuestra está en la cumbre de la grandeza, y esa cumbre es la bondad.

LA MARQUESA

Sonriéndose.

Eso que decís fuera cierto si se tratara de ser útil a los pobres, y, como nuestro Divino Salvador, de lavar los pies polvorientos de algunos mendigos. ¡Pero servir a Miguel Angel!... Eso no es humillarse.

MIGUEL ÁNGEL

Al oíros, ¿quién no creyera otra cosa muy diferente de la verdad? Abrid los ojos, marquesa. ¿Qué véis? Un ser agobiado por la edad, invadido por todos los achaques de la vejez, alargando, no sin trabajo, sus dedos flacos y temblones al través de la llama... ¿Qué más véis? Escasos cabellos, canas sobre una frente que adquiere los tonos del marfil; mejillas ajadas y flácidas, ojos que ya no expresan lo que el corazón siente. ¡Véis una ruina, marquesa; una ruina humana, la más deplorable, la más irremediable de todas las ruinas!

LA MARQUESA

Al hablar así hacéis un cuadro y lo hacéis tan brioso como vuestro pensamiento. Ese anciano a quien pretendéis humillar a mis ojos en todo el anonadamiento de su debilidad, elévase, por el contrario, y se exalta por lo fecundo mismo de vuestro espíritu... Pero, no, os equivocáis; no es

un cuadro lo que yo contemplo, sino la realidad; y nada imagino que pueda competir con ella en majestad y encantos.

MIGUEL ÁNGEL

¡Sí! ¡Contempláis esta doble invalidez de la materia disuelta y el alma inmortal, que muy presto la rechazará para huir al seno de la Divinidad infinita.

LA MARQUESA

Paréceme ver junto a mí, en presencia mía, dentro del círculo abarcado por mis miradas, una de esas estrellas que Dante hace ascender en tan pequeño número hasta el orbe reservado de su esplendente paraíso; una de esas estrellas de vivos fulgores que, por más próximas al triángulo eterno, toman de la luz de éste su esplendor. No sois viejo, Miguel Angel; existís y existiréis siempre; como jamás dejará de ser aquella parte más etérea, más activa, más influyente de las inteligencias humanas guías seguras e irrefragables del mundo.

MIGUEL ÁNGEL

¡Bien pronto abandonaré la tierra, sí! En mí fermenta la savia interior y rompe la gastada corteza del árbol; el germen hiende la cubierta que le contiene la semilla, a su madurez llegada; se hincha para salir de la pulpa que se deseca. He

vivido aquí harto largo tiempo, y ruego a mi Señor que llame a su siervo.

LA MARQUESA

¿Estáis cansado de vivir?

MIGUEL ÁNGEL

Por el contrario, estoy ávido de ello. Quisiera sacudir lejos de los miembros de mi naturaleza real esos lazos de carne que les oprimen. Tengo sed de la libertad completa de mi ser; tengo hambre de aquello que adivino; tengo premura por contemplar aquello que comprendo. Si durante mi estancia en el mundo he atisbado alguna cosa y podido expresar una parte de las verdades que siento, ¿qué no podría realizar yo una vez que los muros de estériles peñascos que me rodean se hayan desplomado para siempre en las profundidades de la pretérito? ¡No, no; lo que siento venir no es la muerte, es la vida; la vida, de la cual sólo las sombras pueden aquí bajo percibirse, y que bien pronto voy a poseer toda entera!

LA MARQUESA

Pienso como vos. Somos dos seres muy diferentes, amigo mío; vos sois Miguel Angel; yo no soy más que una mujer comprensiva, lo bastante comprensiva para medir la distancia que separa mi simpatía de vuestra indomable actividad. Vos ha-

béis hecho mucho para el mundo; y, creyendo amasar la arcilla de vuestras estatuas, habéis, en efecto, impuesto a la inteligencia universal nuevas formas y expresiones que ésta nunca tuvo. Yo, ¿qué he hecho? Amé mucho a aquél que ya no existe... Os he querido mucho a vos mismo. Y eso es todo.

MIGUEL ÁNGEL

Pues vos habéis producido tanto como yo, precisamente otro tanto. Todo el tiempo que don Fernando de Ávalos permaneció entre nosotros, mostrando a Italia, mostrando a los soldados, a los sabios, a los pueblos ese noble y altivo continente, que brillaba todo él con la grandeza de su nombre, el fulgor de su nacimiento, la claridad de sus virtudes, los rayos de su genio guerrero... Todo ese largo tiempo que el cielo nos dejó a ese Fernando de Avalos, el incomparable marqués de Pescara, vuestro noble esposo, le amasteis y fuisteis en su amor tan gloriosamente feliz, como a una mujer nacida de mujer le es dado sentirse feliz, saber que es dichosa. Creedme: ésta era una noble ocupación; y las virtudes que los estremecimientos de tal amor desarrollaban gradualmente en vos misma, trocábanse, ciertamente, en la obra maestra del valor humano.

LA MARQUESA

Lo he meditado, y creo que os engañáis. Por elevada que sea la abnegación y puro el afecto

e incontrastable el amor, mientras el corazón está satisfecho se recoge, goza de sí mismo y no respira más que dentro de un círculo y una atmósfera estrechos en definitiva y poco accesibles a lo que él no sea. Desde que me he quedado sola comprendo hasta qué punto la felicidad empequeñece. ¿Es necesario confesarlo? ¡Tal vez el conocimiento de esta verdad es lo que vierte en mi dolor más consuelo! No he amado menos, desde que ya no lo poseo, a aquel a quien yo amaba. Pero la pena y la soledad me aconsejaron esfuerzos que he hallado más bellos que los méritos fáciles cuyas imágenes podía abrazar con tan poco esfuerzo; y las dificultades mismas por que entonces atravesé, obligándome a redoblar mis fuerzas, acaso han hecho de mí lo que jamás habría logrado hacer la dicha sin límite.

MIGUEL ÁNGEL

Que el hombre trabaje únicamente en él, o que difundiendo su actividad sobre la materia inerte le comunique movimiento y le infunda un soplo de vida, la obra es análoga: propone ejemplos a sus semejantes. Y puede con verdad, si se piensa en lo igual de los resultados, decirse que los más virtuosos de los hombres son los Polignoto, los Zeusis, los Policleto, los Fidias, mientras que los más perfeccionados de los artistas son tan grandes misioneros como los filósofos de los santos. De consiguiente, si por mi parte he conseguido pro-

ducir algún bien en este mundo, no me neguéis, marquesa, la gloria de compararme a vos y dejadme esperar que en la vida eterna podremos remontarnos con alas parecidas hacia una igualdad perfecta de recompensas.

LA MARQUESA

Así sea, Miguel Angel, y nunca jamás me vea separada de un alma que durante años ya tan numerosos me ha hecho comprender con una ojeada más segura tantas grandes y augustas verdades; ciertamente, esto es el favor más inmenso que puedo solicitar del cielo. Una revelación poderosa y muy querida me ha llamado la atención en vos desde hace largo tiempo. ¿Puedo decíroslo?

MIGUEL ÁNGEL

Hablad, os lo ruego.

LA MARQUESA

Suele asegurarse, por lo común, que la vejez es gruñona y descontentadiza, que todo a sus ojos se cubre de una nube sombría, y que el más dulce humor se agría con los años. Exactamente lo contrario es lo que a vos os ha ocurrido. Os conocí tético, impaciente, irritable. De tal modo estabais poseído de vuestros propios pensamientos, que el genio ajeno era para vos letra muerta.

Os vi no comprender sino a vos mismo. A medida que en torno de vuestra inteligencia se han acumulado las nieves de la vejez, todo ha cambiado: parece que, al revés de los demás hombres, habéis conquistado muy tarde la plenitud, la frescura de la vida, lo claro, preciso y exacto del golpe de vista y el verdadero conocimiento de vos mismo y de los demás.

MIGUEL ÁNGEL

Así es, en efecto. Confieso que el cielo, al nacer, habíame dotado de una energía desproporcionada con mi temperamento. Adivinaba más bien que veía y veía más lejos de donde me era dado llegar. Espantábame todo cuanto aparecía en torno mío. Miedo tenía de que mis hartas fuerzas quedasen aún más desparramadas, y me ceñía con cólera e ingrata obstinación a concentrar mis miradas en aquella meta sacra que temía no alcanzar. Sin embargo, sentía redoblar-se juntamente mis esperanzas de conseguir el triunfo y mi temor de fracasar, al percatarme de que cada paso, por penoso, duro y fatigoso que pudiera ser, íbame aproximando. Pasada mi vida entre el trabajo y la exasperación de los esfuerzos, quise coger a la naturaleza por todas sus anfractuosidades a la vez, y escalé sus cimas agarrándome con las manos, con las puntas de los pies, con las rodillas, con todo el cuerpo, a los puntos de apoyo que se me presentaban. Fuí escultor,

pintor, poeta, arquitecto, ingeniero, anatómico; tallé colosos en piedra, cincelé figurillas en marfil; hube de trazar las murallas de Florencia y de Roma, establecer bastiones, desenfilas frentes, medir contraescarpas; y no lejos del edificio cuyas paredes he decorado con la revelación del Juicio Final, conseguí alzar hacia lo más alto de la atmósfera la inmensa cúpula del príncipe de los apóstoles. En resumen: si no realicé todo cuanto quise, lo cierto es que algo he hecho. Días hubo en que me vi tan en alto y aun más de lo que pude soñar ni apetecer. Honraronme los papas, los reyes, el emperador. Los artistas me han proclamado el primero de ellos. Y no he tenido nada que pedir ni a mí mismo, que sabía lo que podía hacer, ni al mundo, que me daba más de lo que yo de él podía esperar. Entonces, mientras trabajaba, descansó mi corazón; disipáronse la duda y el temor de perder el camino. Tuve reposo para mirar, para apreciar, para aprobar, para amar. La irritación y la impaciencia han cesado de impelerme al viento desde su incertidumbre; y, bien o mal, he llegado a ser el hombre que ahora soy, que para nacer necesitaba muchos años y que se encuentra joven en la vejez.

LA MARQUESA

Pláceme en vos, Miguel Angel, que, preocupado siempre con la marcha miserable que para en adelante lleva el genio de los contemporáneos,

no os produzca ya escándalo ni aversión el punto de decadencia en que le veis.

MIGUEL ÁNGEL

Me inspira honda y tierna lástima. Este mundo que contemplo es un compañero con quien anduve largo camino, y que, al revés de mí, se ha cansado, ha perdido su vigor, tropieza y va a caer al borde del camino, mientras que yo siento que la esperanza de la vida en que voy a entrar me excita y me embriaga con la más adorable de las esperanzas. En la mañana del siglo, cuando partimos juntos, mi compañero de viaje estaba floreciente de juventud, exuberante de salud, y todas las esperanzas atizaban la lumbre de las miradas orgullosas que dirigía al horizonte. Al paso que yo dudaba, mi compañero no dudaba de nada (le debo hacer esta justicia): joven, impetuoso, echado a perder por los siglos feroces y perversos de cuyas manos escapaba, su primer pensamiento fué el de repudiar sus ejemplos; y completamente enamorado del arte, cuyos encantos vislumbraba, lo primero en que, sin embargo, pensó fué en la religión y la virtud. He conocido al fraile Savonarola, señora, y jamás se ha borrado en mi memoria el aspecto de aquella fisonomía augusta; viví de sus lecciones. Sea que nos exigiese demasiado, sea que la pobre Italia hubiera presumido demasiado de sus fuerzas y la fantasía no guardase en ella proporción con la

rectitud, salió Italia de sus manos y cayó en la del vicio. Pero sentíase a sí misma, tenía conciencia de su superioridad sobre el resto del mundo. Despreciaba a los otros países y empleaba para sus propios fines los recursos de ellos; admirábanla éstos y ella lo sabía. Comprendía que era grande, y sólo soñaba serlo más cada vez. Sus artistas... ¡vos sabéis lo que han sido! Ahora, todo acabó, apagóse el fuego. Ya no existe Italia. Los que nosotros despreciábamos se hacen amos nuestros. Los artistas han perecido. Yo soy el último superviviente de la sagrada falanje. Los que llevan hoy el mismo glorioso nombre que nosotros llevábamos, no son más que unos mercaderes y no desprovistos de impudencia. ¡Era preciso morir bien, y nosotros morimos mal, tristemente! ¡Qué importa! Hubo almas bellas, almas gloriosas en esta Italia, hoy esclava y prosternada. ¡No siento el haber vivido!

LA MARQUESA

¡Ay, yo no puedo despreocuparme como vos! Sufro por aquellas cosas gloriosas que nos han abandonado o que nos dicen adiós. Me parece que después de haber estado iluminados por claridades, nuestros pasos vacilantes avanzan entre tinieblas.

MIGUEL ÁNGEL

Grandes cosas dejamos tras de nosotros, y grandes ejemplos... La tierra es más rica de lo que

era antes de nuestra venida... Lo que va desapareciendo no desaparecerá del todo... Los campos pueden descansar y permanecer algún tiempo en barbecho: la semilla está en los surcos. Puede extenderse la niebla y cubrirse el cielo gris y mustio de nubarrones y de lluvias. El sol está allá arriba... ¿Quién sabe lo que volverá?

LA MARQUESA

Parecéis fatigado, amigo mío. Se os dobla la cabeza...

MIGUEL ÁNGEL

Sí, estoy rendido... Voy a dejaros... Tengo ochenta y nueve años, y toda emoción me fatiga un poco; esta noche hemos hablado de cosas muy serias... ¡Adiós!...

LA MARQUESA

Hasta mañana, ¿no es eso?

MIGUEL ÁNGEL

Sí, hasta mañana... Si aun estoy en este mundo.. Y si no lo estoy... ¡Hasta otra vista, señora!

Se levanta. La marquesa le sostiene y le aprieta la mano.

LA MARQUESA

Apoyaos en mi brazo... Quiero conduciros hasta el pie de la escalera.

MIGUEL ÁNGEL

Consiento en ese honor... Acepto esta ternura...
Páreceme que hoy puedo quererla... ¡Voy a decir
ros unas postreras palabras!...

LA MARQUESA

¿Cómo, amigo mío?

MIGUEL ÁNGEL

¡A vos, a quien tanto amo, os bendigo desde
el fondo de mi alma!... ¡Adiós!

Besa la mano de la marquesa
y se va.

FIN DE LA QUINTA Y ÚLTIMA PARTE

INDICES

INDICE DEL TOMO PRIMERO

PRIMERA PARTE: SAVONAROLA

Págs.

Bolonia (1492)	7
Milán (1494)	17
Florençia	29
Plasencia	37
Roma	44
Cerca de Florençia	52
Florençia	55
Venecia	87
Florençia	90
Los Apeninos	100
La batalla	106
Entre los aliados	103
Florençia	111
En la plaza	121
Roma	129
Venecia	141
Florençia	147
Roma	156
Florençia	159
Florençia	164

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

SEGUNDA PARTE: CÉSAR BORJA

	<u>Págs.</u>
Cesena (1502)	7
Sinigaglia	25
Cesena	43
Sinigaglia	48
Cesena	51
Sinigaglia	57
Ferrara	74
Una aldea de la Romaña	83
Milán	92
Roma	103
El Vaticano	109
La viña del cardenal Corneto	111
La plaza del pueblo	116
Un palacio de los Orsini	118
La casa del cardenal Corneto	120
El Vaticano	132
Florenia	135
Nápoles	143
Roma	149
En España	155

INDICE DEL TOMO TERCERO

TERCERA PARTE: JULIO CÉSAR

Julio II (1503)	7
Venecia	14
Bolonia	21
Roma	30
Ante Bolonia	55
En Bolonia	61
Delante de Bolonia	65
En Bolonia	78
El palacio	81
Roma	86
La Mirándola	95

Milán	97
Delante de la Mirándola	101
Roma	104
Rávena	107
Brescia	115
Un convento de religiosas	120
Florenia	122
Barberino	126
Venecia	129
Ferrara	132
Roma	142

INDICE DEL TOMO CUARTO Y ULTIMO

CUARTA PARTE: LEÓN X

Roma	7
En el monte Pincio	25
Milán	40
Roma	55
El taller de Miguel Angel	82
La plaza Navona	96
Ferrara	102
Brujas	105

QUINTA PARTE: MIGUEL ANGEL

Delante de Roma	117
En las murallas	133
El castillo de Santángelo	136
Una calle	146
Florenia	151
En la esquina de una calle	156
Parma	173
Bolonia	180
En casa de Properzia	183
Venecia	187
Bruselas	200
Roma	207
1560	214

Biblioteca Pública de Soria



71262245 DR 8538

ESPASA-CALPE, S. A.

BILBAO

MADRID BARCELONA

Ríos Rosas, 24 Cortes, 579

DR
853

El Renacimiento

Núms. 1.021 - 1.020